E. CHADAU

LAS AVES DE ESPAÑA

7
10

M. 14466
f/10

BIBLIOTECA DE «LA CONCORDIA»

R/274

LAS AVES DE RAPIÑA

NOVELA ORIGINAL DE

E. CHARDALL

TRADUCCION DE

Angel R. Chaves

MONTERREY
Librería Anticuaria
de Galicia
G. Aranda, 18-Tel. 16843
VIGO

BIBLIOTECA
VIGO
PENZOL

VIGO
IMPRENTA DE LA CONCORDIA
Plaza del Sol, 3
—
1900

R-14449

Esta traducción es propiedad de la Agencia Almodóvar, y nadie podrá reimprimirla sin su autorización.

PRIMERA PARTE

I

El lazo

La primera semana de Enero del año de gracia de 1865 tocaba á fin.

Entre nueve y diez de la noche un viento glacial que soplaba en los boulevares, apagaba las bujías encerradas en globos de papel con que los vendedores ambulantes pretendían en vano, y no sin grandes trabajos, iluminar las mercancías expuestas en sus tenderetes.

Con aquel tiempo, el comercio como es consiguiente iba mal. Los compradores se hacían notar por su ausencia y los simples transeuntes, que por cierto no abundaban tampoco, pasaban como relámpagos por delante de las narices amoratadas de los negociantes en polichinelas, naranjas de Malta y confitería de poco precio.

En presencia de disposiciones tan hostiles á toda idea de lucro, los más listos, en vez de tratar de reanimar las muribundas bujías, dejaban que el viento las apagara por completo, comenzando á cerrar sus cajones de madera, y como el ejemplo se impone siempre, los otros, imitando su conducta, acababan por cerrar los suyos, y bien pronto, á pesar de lo poco avanzado de la hora, la larga línea de los boulevares, más entristecidos por la doble fila de barracas, quedó punto menos que desierta

En aquel momento, un carruaje tirado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero sin librea, dió la vuelta á la esquina del boulevard de San Martin y enfilando al del Temple, penetró en el Beaumarchais.

El coche, cuyos cristales iban herméticamente cerrados, le ocupaban dos hombres.

El de la derecha, que parecia ser el dueño del vehículo, tenía una de esas fisonomías que no parecen indicar edad ninguna. Por lo que permitía ver el cuello de pieles de su paletot, subido hasta las orejas, sólo podía decirse de él que era absolutamente imberbe en todo el rostro, excepción hecha del labio superior, en el cual, unos cuantos pelos rubios, muy afilados á fuerza de pomada húngara, representaban, no muy á conciencia, el papel de bigote.

Pero aquella ausencia casi completa de barba no podía pasar por prueba indiscutible de juventud, puesto que no sólo el conjunto, sino ciertas arrugas que surcaban la frente y cercaban los ojos, hacían desechar la idea de una edad juvenil.

Su figura corpulenta, un tanto inclinada á la obesidad, cuya parte superior parecía ser la de un adolescente, y cuya parte inferior revelaba haber pasado de los comedios de la vida, carecía por completo de distinción, pero en compensación de ello no se confundía con lo vulgar.

Su compañero era un tipo completamente opuesto. Magnífica muestra de lo que puede hacer la naturaleza cuando se complace en colmar á una de sus criaturas con

vagaba por las calles de París. El aldeano, que vivía aislado con la niña, hoy ya una joven, lanzada de su improvisado hogar por los herederos de su protector, ha venido á París.

—¿Y crees, querido amigo, que será fácil dar con ella? ¿Se encuentra con tanta facilidad á una joven en París? Aquí lo que se pierde no vuelve á hallarse. El cazador de África, ese Bernard, ha creido sin duda que ha inventado la pólvora, trayendo á París para buscar á falta del difunto, otro aldeano que pudiera reconocerle. O ha de pasar diez años corriendo inútilmente las calles de París, ó muy solícita ha de estar la casualidad para servirle.

—La casualidad tiene sus rarezas.

—Por eso he sido el primero en aconsejar á Octavio la separación del militar y del aldeano, haciéndole ver que la idea era suya. Ahora que el asunto está terminado y que el aldeano ha desaparecido ¿que más deseas?

—Por de pronto —dijo el barón —el aldeano no es más que un aldeano. Bernard puede tomar mañana el tren é ir á buscar otro. Supongamos que le hagamos desaparecer también y que volvemos á empezar... creo que no tendremos la pretensión de quitar de enmedio á todos los aldeanos de Borgoña.

—Vas perdiendo ingenio, querido —dijo —Decaes visiblemente ¿Para qué se ha de volver á empezar? Te he dicho que el aldeano secuestrado es ejemplar único en su género y que no puede ser reemplazado El general Moncharmont es ciego y las cartas que recibe de Bernard se las hace leer á Octavio, su sobrino predilecto. Octavio va á verle todos los dias por mi consejo. ¿No es justo que se tome algo de su fortuna el pobre mozo? Octavio ha leido, pues, á su tio la carta de Bernard y en ella se detallan todos los méritos del aldeano Mathusin. El primero y más esencial para nosotros se encierra en estas frase: «El aldeano que recogió á la que yo creo hija de mi general vivía tan retirado con ella, en una casa de un guarda situada en el fondo del bosque, que un solo hombre en todo el país se acuerda

de la jóven que fué á Paris hace tres años, lo bastante para estar seguro de reconocerla. Es el que va conmigo.» ¿Comprendes ahora? - dijo la actriz.

—Perfectamente. Importa la captura á todo precio. Pero ¿y después?

—¿Después? El general convencido de la imposibilidad de ver coronadas por el éxito sus esperanzas desistirá de su empeño, á lo que no contribuirán poco los consejos de Octavto, á quien para dar una prueba palpable de su afecto no negará un pequeño adelanto á cuenta de los cinco millones de su herencia. Octavio no tardará en necesitar dinero y él hará por tomar mayores sumas. ¿Creo que me entiendes?

El barón, sumido en las profundidades de su silla, con el cigarro entre los labios, no daba otras señales de vida que la aspiración del tabaco que llevaba á cabo con la regularidad de un cronómetro.

Aquello si no era una desaprobación categórica, tampoco era muestra de bien marcado entusiasmo.

—¿No dices nada? ¿No caes á mis piés para felicitarme por mi obra?—preguntó la actriz con impaciencia.

—¿Qué diablos quieres que te diga?—replicó el barón.—Hay algo de bueno en lo que expones. Pero correr tras de una cosa no es tenerla en la mano, y la fortuna del general está colocada de modo que para alcanzarla debe ser un poco expuesto. Por el pronto no me hablas más que de Octavio y el general tiene otro sobrino, el conde de Prebois, Luciano, un señor á quien he visto dos ó tres veces en el círculo, y que no acaba de agradarme.

—¿No le conoces? Yo solo sé por Octavio, que es un sér un poco original que no frecuenta ni quiere frecuentar el trato de las mujeres de moda. Jamás ha puesto los pies en el escenario de un teatro y se recoge temprano como cualquier honrado tendero ¡Está hecha su apología! Un buho con quien me parece que no debemos contar para nada. Por mi consejo, Octavio ha hecho que el general le cierre su puerta haciéndole creer que Luciano sólo

atisba su herencia Hoy están ya como el perro y el gato.

—¡Buen golpe! —dijo el barón haciendo una señal de asentimiento, La jugada está bien dispuesta A otra cosa

—¿Hay algo más? Escúchame bien. Si el general, que en quince años no se ha cansado de buscar á su hija, no se diere por vencido con este último fracaso y se obstinara en seguirla buscando ¿qué camino habíamos de seguir? Ese generalote es capaz de todo y puede no dejar pasar sobrino alguno por encima de la remota esperanza de volver á hablar de su hija.

Carmen, á quien el barón creía haber anonadado con aquel argumento sin réplica, respondió haciendo un gracioso mohín:

—El caso está previsto. Esta cabeza tiene dentro algo que haría perder la paciencia á un congreso de diplomáticos. Si Taillerand viviera todavía y tuviera que habérselas conmigo, creo que me tendría miedo. Lo más razonable de cuanto has expuesto esta noche es lo que acabas de decir, porque es posible. Después de todo, si se obstina ¿por qué no hemos de devolver su hija? ¿Crees que yo no tengo corazón? Muchos individuos tienen la insolencia de decir que le tengo demasiado tierno. ¿Crees que tengo interés en retrasar más tiempo á ese bravo anciano el placer de estrechar contra su pecho á la hija que perdió? Se la devolveré, querido, se la devolveré.

—¡No esperaba tal cosa! —exclamó el barón estufecto.

—¿Vuelves á la imbecilidad? Verdaderamente—prosiguió Carmen —creo que es tiempo de ponerte en cura.

Y poniéndose de pié colocó su mano afectuosamente en los hombros del barón, diciéndole:

—Se la devolveré, te lo repito. Pero no la auténtica, sino otra, hechura mía, de mi pura invención, y que aleccionada por mí no hará más que servirnos. Tranquilízate.

El barón comprendiendo todo el alcance del proyecto, dió un salto en su sillón y arrebatado de entusiasmo cayó á los piés de la figuranta.

—Carmen,—exclamó—eres inmensamente grande. Que rías verme á tus pies y aquí me tienes dispuesto á besar una á una tus zapatillas.

Pero de pronto se levantó exclamando mientras se daba una palmada en la frente.

—¡Diablo! Olvidaba lo que tú también pareces olvidar. Octavio será el que herede y no nosotros.

Carmen hizo un movimiento intraducible y murmuró:

—¿Es decir, que te sientes con fuerzas para devorarlo?

—Mucho es; pero veremos.

Y tomando su aire más grave y comedido, añadió:

—Veamos. Nada de tonterías, ni nos entreguemos á alegrías prematuras. ¿Estás seguro de que nuestro aldeano burguiñón ha desaparecido?

—No tengo completa certeza, pero lo sabré dentro de una hora en la Maison d'Or, donde cenó con vosotros.

—¿Te ha invitado Octavio?—preguntó la figuranta asombrada.

—Ha hecho más aún, me ha rogado que no deje pasar un solo jueves sin que vaya á presentarle mis respetos. Gracias á él podemos sostener una amistad íntima.

Y lanzó una burlona carcajada que compartió con él Carmen.

—¡Soberbio!—dijo ésta última.—Esto me reconcilia contigo.

—Hasta luego, pues.

—¿Vas á partir?

—No me quedan ya más que cinco minutos para salir á escena.

Y dejó la chimenea contra la que se apoyaba y dió un paso hacia adelante.

Pero retrocediendo y cambiando en un segundo su rostro, que tomó un aire duro y feroz:

—Ya ves que soy para tí—dijo—lo que no soy ni he sido jamás para nadie. Para tí no tengo secretos. Pero si me engañases, te sabría castigar. Guárdate de ello!

—¡Loca! —dijo el barón tranquilizándola con una sonrisa.

Ella volvió á recobrar su jovialidad y se dejó guiar por el barón hasta la puerta.

Este, cuando volvió á entrar en la estancia, se detuvo y quedó unos instantes meditabundo y silencioso.

—Es una mina esta mujer; sabría sacar oro de una piedra. Sería mucha necedad en mí engañarla.

Y tomando su pardesús, encendió otro cigarro y salió á su vez, dirigiéndose hacia el boulevard.

Pero apenas había dado diez pasos en él, se detuvo indeciso.

—¿Qué mosca le habrá picado esta noche? ¿A qué vendrán esas amenazas? Es verdad que las merezco, y sin embargo la otra me crispa los nervios con sus lágrimas y sus reproches. He debido romper con ella hace más de diez meses y hace cinco lo menos que estaría consolado. Tendría que ver que por culpa de esa necia, Carmen me volviese la espalda, hoy sobre todo, con tan magnífico negocio en perspectiva. Tengo todavía una hora de que disponer y en lugar de perder el tiempo, le aprovecharé en dar un corte á esta enojosa cuenta. Los proyectos concebidos y realizados al pronto son los que salen mejor.

Y girando sobre sus talones, subio por la calle Dronot, no sin asegurarse muchas veces de que no era seguido, é internándose en el faubourg Montmartre, doblo la esquina de la calle Cadet.

Allí levantó la cabeza y vió á una de las ventanas del quinto piso de una de las primeras casas, la silueta de una mujer que con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, miraba evidentemente al faubourg sin cuidarse de lo avanzado de la hora ni del frío de la noche.

—¡Hé aquí una que me ama de veras! —murmuro el barón con sonrisa de orgullosa satisfacción.

Aquellas palabras eran su retrato.

El barón de Marán era orgulloso, vano, fatuo y necio; pero en cambio estaba dotado de una hermosura irreprochable.

Los demás defectos ya los iremos viendo en el transcurso de esta narración.

La mujer que le esperaba de pechos á la ventana, apenas le vió salió al descansillo de la escalera para verle subir, y cuando le tuvo cerca saltó á él y se precipitó en sus brazos sin curarse para nada de la frialdad con que el objeto de aquella ternura recibia las muestras de su interés.

Cuando estuvieron dentro de la habitación, ella le tomó pasionalmente ambas manos y le dijo con voz alegre y apasionada:

—No sabía si vendrías, pero un dulce presentimiento me decía que no había de esperarte en vano.

Y le arrastró dulcemente á su gabinetillo amueblado con todo el gusto con que sueña una obrera alojada por su cuenta.

Una vieja que tenía toda la apariencia de esas asistentes que se dedican al servicio de las mujeres de dudosa conducta, leía apoyada en la mesa comedor, y á la luz de una bujía, un grueso y grasiento volumen.

—Podeis ir á acostaros—le dijo la jóven al pasar por su lado.

Y sola ya en el gabinetito con el barón, se apresuró á cerrar la puerta, volviendo á él con el amor y la felicidad retratados en los ojos.

—¿Qué tienes?—le preguntó de repente con inquietud, notando por primera vez la fisonomía severa é intranquila del barón.

Este á pesar de su aplomo, permaneció un momento sin responder.

La situación le parecía cada vez más difícil y no sabía como abordar el punto culminante de su visita.

Casi sintió haber ido allí. Podia haber roto de otra manera.

Sin embargo, como los cobardes, á quienes la fuerza de las circunstancias obliga á ser valientes, saltó por todos los preliminares y repuso brutalmente:

—Thais, tratemos de ser razonables. Trata de suprimir unas lágrimas que no conducirían á nada Nuestra situación no puede prolongarse y no hay amistades, por sólidas que sean, que hayan de ser eternamente.

La joven retrocedió como si hubiera recibido una puñalada en el corazón y cayó en la primera silla.

—¿Qué es lo que dices, Dios mio? ¿Qué dices? —exclamó con espanto.

—Una cosa que debía suceder más tarde ó más temprano Todo acaba en el mundo. Nuestras relaciones han durado tres años y hora es de que concluyan.

La joven escuchaba aquellas terribles palabras como si no acertara á descifrar su sentido.

El barón, aunque un poco turbado por aquel silencio, que no le daba lugar á réplica alguna, dejándole todo lo escabroso de la situación, continuó con protectora bondad:

—No por eso hemos de ser malos amigos, hija mía; tenlo por seguro. Me creeré muy dichoso si llega la ocasión de probártelo. El día que necesites de mi ayuda, en cualquier ocasión que te haga falta una veintena de luises los encontrarás en mi casa.

—La joven se levantó como quien despierta de un sueño é irguiéndose con dignidad delante del barón dijo con mal reprimida cólera:

—¿Qué os he hecho para que vengais á hablarme así? ¿No he sibo buena y amante para con vos? ¿No me he sometido á vuestros menores caprichos? ¿Qué teneis que reprochar en mí? Cnando me sacásteis de casa de mis padres, hace tres años, era una niña, y sin embargo he sido prudente, no he amado á nadie más que á vos. Me dijisteis que os siguiera y os seguí, porque me jurásteis que me amaríais siempre.

—¿Y creíais que tal cosa podría durar por los siglos de los siglos?—interrumpió el barón riendo con cinismo.

—Ni en eso, ni en nada pensaba,—exclamó la joven—Obedezco á los impulsos de mi corazón y á vuestro man-

dato. Desde aquella época ¿que he sido para vos? ¿qué habéis sido para mí? ¿Me habéis visto en esos tres años levantar los ojos delante de otro hombre? ¿No me habeis encontrado aquí todos los días y á todas horas, sin tener más horizonte que el que á vos os place trazarme?

Sus so lozos hasta allí comprimidos, estallaron, ahogando sus últimas palabras.

El barón hizo un movimiento de impaciencia y hundió sus manos en los bolsillos del gaban.

—No se trata de nada de eso,—dijo secamente. No tengo de qué quejarme y no me quejo. Quiero solamente hacerte comprender, querida mía, que surjen en la vida ciertos incidentes, ciertas necesidades que nos imponen el rudo deber de romper relaciones como las nuestras.

—¿Pero que será de mí si me abandonais?—sollozó la pobre niña.—¿Dónde queréis que vaya ahora? ¿Puedo acaso volver á casa de mi padre, un hombre honrado por más que sea un pobre obrero? Si me hubiera encontrado desde que me arrebatasteis de su lado me hubiera dado la muerte Hoy mismo me mataría si osara arrojarme á sus piés, y haría bien.

—¿Y vuestra madre?—aventuró el barón.—Me la habéis pintado muchas veces como una mujer dulce y buena.

—¡Mi madre!—exclamó Thais que al oir aquel dulce nombre se exaltó más y más.—¡Mi madre! Ella sí me perdonaría Me ama tanto! Estoy segura de que el placer de verme le haría olvidar mis faltas Pero jamás me atreveré á ponerme delante de sus ojos. Preferiria mil veces morir.

—No representemos un melodrama! Thais, eso ha pasado de moda—replicó el barón con cólera. - He hecho mal en venir. He querido proceder contigo con sobrada galantería, porque creía verte razonable; pero veo que premias mi cortesía con una escena que me crispa los nervios por lo mismo que la he visto representar veinte veces. Me retiro, querida mía, y puesto que no quieres volver al hogar de tus padres, lo que sería el partido más

prudente que pudieras tomar, no tengo más que una cosa que decirte.

—¿Qué?

—Que tu desesperación es exagerada. Una muchacha tan linda como tú no debe apurarse por tan poco. Bien pronto serás consolada.

—¡Oh, sí!—exclamó la pobre niña con sonrisa amarga. —Se debe acabar como se ha empezado. Hasta aquí he sido honrada á pesar de la falta á que me habeis arrastrado; pero es preciso seguir adelante. ¿No es eso lo que quereis decirme?

Y ocultó la frente entre sus manos llena de vergüenza y de indignación.

—¡Me avergüenzo de haberos amado!—exclamó con acento sombrío.—¡Salid, salid de aquí!.. pero antes oidme.

La joven dió un paso hacia el barón que retrocedió ante la expresión de la mirada y ante la imponente calma que se pintaba en su rostro.

—Habeis quérido hacer de mí una mujer perdida y lo seré. Habeis degradado mi alma haciéndola comprender todos los abismos del vicio y descenderé á ellos. He puesto los pies en el lago; me dejaré hundir. Todo en mi lo habeis destruído, hasta mi nombre. Me llamaba Athenaida Bernier y habeis hecho de mi una Thais sin más apellido que ese nombre de guerra. Conservaré ese nombre... Ahora desgraciado de vos si algún día os pone la suerte en mi camino. ¡Adios!

Y le señaló la puerta con un ademán terrible de desprecio y de odio.

El barón se encogió de hombros.

—¡Querida!—replicó sin alterarse.—Cuando nos volvamos á encontrar seremos los mejores amigos del mundo. Hasta más ver.

Cuando el barón salió, la vieja que había dejado la lectura y escuchado el diálogo, entró en la estancia.

La joven, falta ya de fuerzas, se apoyaba en su mueble.

—Querida mía—dijo á su oído la vieja—vuestro barón

me ha hecha el efecto de un granuja y no creo en su título de noble más que en la existencia del preste Juan. No os apureis. El vacío que deja un miserable como ese con sus cien miserables francos mensuales es fácil de llenar!

Thais la asió violentamente del brazo.

—¿Sabéis dónde hay baile esta noche? Decidme á donde puedo ir. Vos debeis conocer esas cosas de que tantas veces me habéis hablado. ¡Quiero ir esta noche! ¿Me oís?

—Así os quiero ver,—exclamó la vieja. Por suerte ni teneis que salir de la casa. En el entresuelo, madame Saint-Henry, una mujer del más alto tono, reune esta noche su mejor sociedad. Allí se bebe ponche y se juega al lansquenet á todo trapo. Secaos esos lindos ojos, tratad de recobrar vuestra belleza y apuesto mi parte de paraiso contra una onza de café á que vais á hacer morir de amor á todos los hombres y de envidia á todas las damas.

Thais se enjugó los ojos y entró en su tocador.

V

Una indigestión de macarrones

A media noche, uno de los más elegantes salones de la Maisón d'Or estaba profusamente ilumiuado por una gran cantidad de bujías cuyos rayos se quebraban en los ángulos de cristal y de plata de un rico servicio de 12 cubiertos que esperaban á los convidados.

Dos personas acababan de entrar en la sala y se desembarazaban de sus abrigos, que el ardiente calor de una chimenea incandescente hacía inútiles.

Una de aquellas personas era el joven Octavio de Moncharmont y la otra Carmen, la figurante de la Opera.

Octavio, una vez despojado de su gabán de pieles y de su clac, apareció con el traje de un perfecto elegante, y Carmen, que había abandouado su traje de teatro y los afeites propios de la escena, se mostraba con su rostro de todos los dias y casi tal como lo habia hecho la naturaleza, salvo algunos toques de carmin que realzaban el brillo de sus lábios y de los polvos de arroz que hacían resaltar la blancura mate de su tez .

Un elegante traje de calle, hecho con tanta distinción como buen gusto, completaba sus encantos.

En el sitio que debia ocupar en aquella mesa en que estaba acostumbrada á representar el papel de ama de casa, se veia un magnífico ramo de camelias blancas cercadas de violetas de Parma.

Carmen le tomó, lo miró y tendiendo su mano en son de gracias á Octavio, murmurando:

—¡Es encantador!

El elegante besó cortesmente la mano de la actriz.

—Muy feliz me considero—respondió—si le hallais de vuestro gusto. Así estareis mejor dispuesta á perdonar la audacia que he tenido invitando á cenar esta noche con nosotros á algunas personas ajenas á nuestra sociedad y que os son desconocidas.

Carmen guardó silencio, contentándose con mirarle con aire de interrogación:

—Tres presentaciones tengo que haceros. La primera persona que os he de presentar, creo que os conoce algo y vos me habeis demostrado conocerlo muy bien; es el barón de Marán.

—¿Al que os he dirigido esta noche?—interrumpió la actriz.—¿He hecho mal en ello? ¿Os ha servido?

—Mucho mejor de lo que esperaba. Es el hombre más amable y complaciente del mundo.

—Ya me contareis eso después. Volvamos á nuestras presentaciones. La primera es la del barón de Marán. ¿Le habeis invitado?

—¿Os disgusta?

—De ningún modo. Le he visto algunas veces y no me ha desagradado. Además he oido hablar muchas veces de él á una amiga de quien quizá no os acordais, Dinah.

—¡Ah! si,—dijo Octavio con visible satisfacción.—El barón me ha dicho que no podíais conocer ciertas particularidades de su vida más que por esa joven. Es decir que me aceptais ese?

Carmen hizo un mohin de vacilación y luego respondió:

—Pasemos por ese, que no puede tener consecuencias. Veamos el segundo.

—Mi primo Luciano de Prebois.

La actriz lanzó un grito de asombro al que se mezcló cierto espanto perfetamente representado.

—Vuestro primo,—dijo -ese *correcto* caballero que os ha hablado de mi de una manera tan horrible, que no me saluda cuando le encuentro y que ha tenido la infamia de querer apropiarse en detrimento vuestro la herencia de su tio el general... ¡Oh! Estais loco, Octavio!

Octavio sacudió la cabeza y retorció el asomo de bigote de su labio superior con malicia.

—Tengo mi plan, querida mia,—repuso.—Os le diré al punto, y estoy seguro de que vos, que sois previsora y sagaz, le aprobaréis.

—Mucho lo dudo. En fin, veremos. ¿Y el tercero?—preguntó Carmen.

—El tercero... no creo que exista oposición alguna de vuestra parte. Está en Paris hace un mes apenas y sale mañana para Rusia. Ya veis que no tiene más consecuencias que el barón de Marán. Conozco vuestros gustos, querida amiga, y participo de ellos. Sé que no os place aumentar el número de vuestros íntimos y no os traería convidado alguno que hubiera de hacer larga estancia en Paris. Pero éste, en el momento de partir, me ha pedido el favor de que os presente á él para poder llevar á San Petersburgo el recuerdo de la sirena de la Opera. Son sus propias palabras, y no he podido rehusar.

—¿Es un ruso?

—Y de la primera nobleza de allí. El príncipe Tolitoi, coronel de uno de los regimientos de cosacos del Volga.

—¿Rico?

—Como son los rusos, cuando lo son, capaces de comprar y pagar al contado un barrio de Paris.

—¿Y se va? ¿Sin duda no ha encontrado persona alguna capaz de retenerle?

—Tiene un verdadero amor, una novela, una pasión inocente. La desesperación de no poder hacerse amar le hace

volver á Rusia, donde cuenta hacerse matar formando parte del ejército del Cáucaso.

—¡Es un alegre y regocijado boyardo!—exclamó la joven.

—Lejos de molestarme, creo que ha de divertirme. Le haremos contar sus historias y beberemos á la salud de sus amores. Pero debe de ser triste como un dia lluvioso vuestro amigo el ruso.

—No, es precisamente muy alegre.

—Un verdadero témpano del Neva. Trataremos de derretirle. Ahora que vuestros tres presentados están aceptados, hablemos de nuestros asuntos. Tenemos tiempo á lo que creo. ¿Para qué hora habeis encargado la cena?

—Para la una.

—Bien. Hablemos un poco, entonces, mientras estamos solos, pues de un momento á otro pueden venir nuestros amigos. ¿Sabeis que me habeis asustado esta tarde, cuando me habeis confesado que estábais á punto de perder toda esperanza sobre la herencia de vuestro tio? Es preciso que me tranquiliceis en dos palabras. ¿Estáis vos mismo seguro?

—Un poco más. Gracias al barón que se ha encargado de procurarme el instrumento que necesitábamos, espero deshacerme de ese malhadado aldeano, traído expresamente por el hombre de confianza del general para encontrar á su hija. ¿No es ese el consejo que me habeis dado?

—No había otra cosa que hacer por el pronto.

—Confieso solamente—repuso Octavio—que no me sería desagradable para acabarme de tranquilizar, saber de un modo formal que la empresa ha salido bien, pues todavía no lo sé más que por la persona del barón. Un enviado del hombre de quese ha servido, debe venir aquí esta noche para tranquilizarnos.

—Esperemos, pues, antes de cantar victoria—dijo Carmen—y si os parece volvamos á la idea que habeis tenido de invitar á cenar con nosotros á vuestro primo Luciano de Prevois.

El elegante tomó un aire satisfecho.

—¿Sabeis dónde he encontrado á Luciano? En la plaza de la Bastilla, querida mia, á diez pasos del individuo á quien el barón encargaba nuestro golpe de mano y diez minutos antes de la llegada al mismo sitio del antiguo cazador de Africa, de mi tio y de su compañero.

La figuranta hizo un movimiento de espanto que por esta vez no tenía nada de fingido.

—¿Qué hacía allí?—preguntó más como si hablara consigo misma que si dirigiera la interrogación á su interlocutor.

—Precisamente eso mismo me he preguntado yo. Es una cosa singular la coincidencia de nuestros pensamientos ¿Qué hacía allí? me he dicho. ¿Iría á espiar mis acciones? ¿Me habría seguido? ¿Sospecharía mis proyectos?

—¿Dónde vive vuestro primo?—preguntó bruscamente la actriz.

Calle de Gorot de Mauroy.

—Y se encontraba en el barrio de la Bastilla á las diez de la noche—dijo reflexionando.

—¿No hay motivo para sospechar en tal encuentro algo más que casualidad? La certeza que tenía de que Luciano no podia conocer la llegada á Paris del Soldado de Africa me tranquilizó sin embargo un tanto. El general no ha recibido la noticia hasta hoy y Luciano no le ha visto desde hace ocho dias. Al encontrarle es cuando me ocurrió la idea de traérosle esta noche. Lo que yo no pueda arrancarle, pensé, Carmen lo sabrá adivinar si le conviene.

—Habeis hecho bien, Octavio. Es buena idea,—dijo Carmen con asombro.—Tranquilizaos, esta noche en la cena sale de su propia boca lo que puede haber de temible para vos y para vuestros proyectos en su extraña presencia á esa hora en tales lugares. Pero ante todo dejadme daros un consejo. Desde mañana es preciso que vuestro tio cierre completa y definitivamente su puerta á vuestro primo. ¿Me comprendeis?

—Muy bien.

– El resto corre de mi cuenta. A una condición, sin embargo. ¿Tendreis celos?

—¿De Luciano?—respondió el elegante no pudiendo reprimir un gesto de contrariedad:

—Demasiado sabeis que todo lo que pudiese excitar vuestras sospechas, no seria, sin embargo, más que en cosas hechas en interés vuestro—insistió Cármen con dignidad.

—Permitidme, querida amiga, que acabe—interrumpió Octavio no muy satisfecho del giro que tomaba la conversación.—Después de haberme ocurrido el pensamiento de traeros á Luciano he tenido otro. A instancia mia y con su amabilidad acostumbrada, el baron, que se reunía á mí en el momento en que Luciano me dejaba, ha lanzado sobre sus huellas un sabueso de primer orden que no le perderá de vista y que nos dará esta noche misma exacta cuenta de sus menores pasos y de sus menos notables gestos, ¿Qué pensais de ello?

La figuranta le miró con un asombro tan real, que cualquier otro lo habría tomado por insulto.

—¡Ah os felicito por vuestra idea!—exclamó.—Está perfectamente imaginada.

—Así lo creo—dijo Octavio estirándose el chaleco con cierta petulancia.

En aquel momento sonaron en la puerta dos discretos golpes, y la cabeza de un mozo del restaurant apareció entre las dos hojas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Octavio.

—Un muchacho que asegura ser esperado por el señor barón de Marán.

—¿Vuestro sabueso, sin duda?—dijo vivamente Carmen.

—Hacedle entrar—mandó el joven.

La cabeza del mozo se retiró, siendo reemplazada muy en breve por la figura de cuerpo entero del moscardón.

A la vista de la figuranta y del elegante que estaba sentada á su lado, el pilluelo se quitó la gorra, se echó á tras con la mano el rebelde mechón de cabello que se

obstinaba en taparle los ojos, y quedóse inmóvil de espaldas á la puerta que se había cerrado detrás de él, murmuró:

—Perdonadme... Es al señor baron de Marán al que busco.

—El barón no ha llegado aún, bravo mozo,—dijo Octavio haciéndole señas para que se acercase, pero en su ausencia puedes desempeñar tu comisión como si estuviese aquí. ¿Que es lo que tienes que decirle?

Moscardón volvió á levantarse el mechón de cabellos.

—No es posible, mi respectable señor—respondió con aplomo.—Desde el momento en que sé que ni vos, ni la señora, sois el señor barón de Marán, no tengo nada que hacer aquí.

—¡Cómo, granuja!—exclamó el joven ofendido.

—No veo la razón de que me insulteis—interrumpió el pilluelo sin cortarse.—Cada uno sabe lo que debe á su oficio y para nosotros una comisión, cualquiera que sea, es sagrada. Un encargo no tiene más que un camino. ¿Qué diríais si por ejemplo una carta dirigida á vuestra querida se la llevaran á vuestra esposa?

—Vamos—repuso Octavio con impaciencia.

—¿No vienes de la Bastilla?

—Es posible.

—¿No eres tú el encargado de seguir á un hombre que entraba en la calle de Charenton á cosa de las diez y media?

—También es posible.

—Ya ves que estoy perfectamente al corriente, y que puedes hablar.

—Eso último no es ya tan posible. ¿Me habeis vos encomendado el asunto? Seguramente que no, puesto que vos no sois el señor barón de Marán. Entonces...

—El muchacho tiene razón,—dijo Carmen friamente.

—Razón. Pero, querida amiga, ¿no veis que me muero de impaciencia por saber el resultado?

—Y yo también,—pensó la figuranta.

Pero dirigiéndose al joven murmuró con aire imperativo y de modo que el pilluelo no pudiese oirle:

—¡Callaos?

Después volviéndose al Moscardón, que durante este aparte se habia vuelto á encasquetar la gorra dando algunos pasos hacia la puerta, añadió.

—Podeis esperar al barón, amigo mio, que no tardará en llegar. Pero como no le podeis aguardar en este salón que va á llenarse de gente en breve, entrad aquí.

Y abriendo la puerta de un gabinetito que servía de apéndice á la sala se lo mostró al granujilla.

—Puedo esperar en la calle, señora, respondió éste.

—Pero no con tanta comodidad. En la calle tendríais frio y aquí no. Venid.

Hay en la voz y en el gesto de algunas mujeres un prestigio al cual los hombres escapan con mucha dificultad.

Carmen era de esas mujeres que debía una gran parte de sus éxitos más á aquella fascinación que á su belleza efectiva.

El Moscardón, el escéptico pilluelo del empedrado de París fué víctima de ella sin darse cuenta y entró en el gabinete seguido de la dama de teatro, diciendo para si:

—¿Querrá seducirme y hacerme hablar valiéndose de su belleza? Seguramente no. De todos modos, mejor estaré aqui que en medio de la calle.

Pero su desconfianza no se justificó.

La actriz se contenta con indicarle una butaca y ofrecerle una bandeja de pastas que puso sobre el mármol de de la chimenea y con decirle:

—Sentaos bravo mozo, y para que se os haga menos largo el tiempo, roed esas golosinas. Cuando el barón llegue se os llamará.

Y saliendo del gabinete, le dejó solo.

—¿Qué os ha dicho?—preguntó Octavio á Carmen cuando volvió á aparecer.

—Nada—respondió.—No le he hecho pregunta alguna.

Soy algo conocedora de las fisonomías y conozco que hubiera perdido el tiempo. Es preciso esperar al barón.

—¿Y si tarda ó no viene?—exclamó el elegante con una expresión de desesperación y de cólera que en su semblante imberbe tomaba aspectos cómicos. - Después de tener al alcalce de mi maao á un animal que sabe lo que más me interesa en el mundo, no le puedo arrancar una sola palabra. Mi suplicio es digno de Tántalo. Carmen, vos que teneis expedientes para todo, dadme uno para hacer hablar á ese pilluelo.

Carmen señaló á la puerta del salón, que se abría para dar paso al barón de Marán.

—Ahí teneis el medio.

Octavio lanzó un grito de alegría y se precipitó al encuentro del barón con una vivacidad que evitó á la actriz lo enojoso de su presencia.

—¡Ya está aquí! – exclamó asiéndose del brazo del barón y señalándole el Gabinete.

—El emisario enviado de la Bastilla. Todavia no sé nada, porque no quiere dar cuenta de su comisión, mejor dicho, de sus comisiones, más que á vos en persona.

—Lo comprendo –dije el barón.—Venid conmigo.

Y saludando á Cármen con delicadeza entró en el gabinete.

El Moscardón había permanecido en el puesto que le asignó la actriz y había hecho verdadero honor á los postres y á los macarrones. El plato estaba vacío.

Al ver al baron le reconoció al punto.

—Calle!—dijo con su descaro habitual. ¿Sois vos el barón de Marán?

—Sí, ya ves que puedes hablar. ¿Qué te ha encargado para mí?

—El que me envía me ha encargado que no diga nada á nadie más que á vos.

—Ven entonces.

El barón le llevó al hueco de una ventana, donde el pilluelo no dijo á su oído más que esta palabra:

—¡Doble Seis!

Octavio, clavado en su sitio, pero con los ojos desmesuradamente abiertos, devoraba al barón y al chicuelo.

El primero fué á él, le tomó la mano y le dijo estrechándosela.

—¡Es cosa hecha?

Después, dirigiéndose al granujilla, añadió:

—En cuanto á la segunda comisión, soy yo quien se la ha dada y te autorizo á que des cuenta de ella al señor.

—Eso no me importa,—respondió el chiquillo con indiferencia.

—Querido amigo—dijo el barón acercándose á Octavio y hablando en voz baja,—os dejo. Lo que vais á oir ahora sólo á vos os interesa, y no quiero inmiscuirme en vuestros asuntos.

—Barón, sois un amigo completo—respondió el elegante bajo el peso de tantas bondades.—Gracias. Reemplazarme algunos momentos recibiendo á los amigos. Soy vuestro antes de cinco minutos.

El barón salió.

Carmen le esperaba en la puerta.

—¡Está hecho!—la dijo á su vez más con el movimiento de los labios que con la voz.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de la actriz.

—Te escucho—dijo Octavio al pillue'o—y te encargo que no olvides nada. ¿Dónde ha ido desde que dejó la plaza de la Bastilla el individuo á quien estabas encargado de seguir.

Ya sabemos que el Moscardón habia tomado su partido y que su mentira le era menos costosa que hacer traición á un amigo.

Dispuesto estaba á inventar no una sino una docena si era preciso, pero antes de que tuviera tiempo de abrir la boca, Carmen apareció en la puerta del gabinete.

—¡Como—dijo—ese pobre muchacho se ha comido una fuente de postres y de macarrones sin beber! Debe estarse ahogando.

—Algo hay de eso—contestó el chiquillo.—Estas golosinas empalagan mucho.

Carmen tomó con sus manos nacaradas una botella de Champagne destinada sin duda á otros paladares que al del Moscardón, y haciendo saltar el corcho, le ofreció una copa llena.

—Bebe, hijo mío.

—¡En seguida!—murmuró éste.—Por una legión de diablos que no lo habia bebido nunca; pero está bueno.

—Apura la copa.

—A vuestra salud y á la de la compañia,

Y después de apurar el contenido se levantó el rebelde mechón de cabellos exclamando:

—Sale un picorcillo por la nariz que es un contento! Es soberbio. Si no fuera por temor á molestaros, os pediria otra copa.

Cármen obedeció á la indicación.

Octavio la dejaba hacer con asombro.

Evidentemente, no comprendía una palabra de aquel extraño modo de obrar.

Sin embargo, la confianza que le inspiraba Cármen le cerraba la boca, relegándole á un papel puramente pasivo.

—Ahora que ya estareis más fresco, podeis desempeñar vuestra comisión.

—A fé mia que ya no me acordaba de tal cosa—exclamó el Moscardón.

El champagne, ese vino tan dulce en la apariencia y tan bullicioso en realidad, empezaba á subírsele á la cabeza, trastornando un poco sus ideas.

Sin embargo, tenía todavía conciencia de su voluntad y ésta le mandaba no decir nada que pudiera perjudicar á Luciano.

—Pues bien, si no quereis pagarme me doy por satisfecho—murmuró—porque no he podido hacer nada. El sujeto á quien me ha hecho seguir vuestro amigo, no era hombre, era una sanguijuela que se me escurrió apenas llegado á la esquina de Charentón. Después le busqué en

vano. Sin duda tiene la propiedad de evaporarse cuando le viene en mientes.

Octavio dejó escapar un grito de desesperación y furioso lanzó un juramento más propio de un carretero que de quien se preciaba de tanta corrección de maneras.

Cármen entretanto, sin abandonar un punto su sonrisa, no había perdido con su mirada encantadora uno solo de los movimientos de la movible fisonomía del granuja.

Después de todo—dijo con acento insinuante—vos sois amable y no lo extrañaréis. ¿No os dignaréis gratificarme con un buen cigarro? Vos los debéis fumar excelentes y no sé por qué esta noche siento deseos de fumar algo extraordinario. Yo creo que el vino me ha hecho algún efecto.

Octavio no entendió ó fingió no entender la súplica.

Pero Cármen, sacándole de su distracción, le dijo:

—Amigo mio, dad un cigarro á este buen mozo.

El elegante buscó su petaca y ofreció un Cabañas al Moscardón que exclamó al verle:

—¡Un habano auténtico! Ya se ve que sois un caballero de la más alta principalidad. Gracias, alteza. Voy á correrla hoy.

—Os dejais la copa llena—le dijo con distracción la figuranta.

—¡Calle, es verdad! Creía habérmela echado al coleto; pero una equivocación cualquiera la tiene.

Y bebiéndose un trago, murmuró:

—¡Buenas noches!

Carmen le dejó llegar hasta la puerta, pero una vez en ella le llamó.

—Estais perfectamente seguro de no tener nada que decir con respecto á la persona que os mandaron seguir esta noche?—le preguntó.

El Moscardón se volvió con ciertas dificultades de equilibrio.

El champagne hacía rápidos progresos.

—¿Qué persona? ¡Ah! sí; el de la calle de... No, no tengo que decir nada.

—¿No habeis podido averiguar siquiera su nombre? ¿No sabeis que se llama Luciano?

—¿Le conoceis? —exclamó el pilluelo estupefacto.—¡Oh! pues si le conoceis ¿por qué me preguntáis si le conozco yo? ¿Que si le conozco? Es vecino mío, y cuando nos encontramos nos damos los buenos días. No es orgulloso y me trata como si fuera un igual suyo. Y eso que pinta unos retratos. . ¡Oh! ahora comería otro par de camarones... Vuestro champagne dá un apetito feroz y una gran alegría.

Volviendo sobre sus propios pasos cayó sobre una silla delante de otro plato de golosinas que Carmen colocó delante de él, mientras hacía saltar el tapón de otra botella.

—¿Es decir que sois vecino de Luciano?—siguió Cármen.

—¡Vecino! es una manera de hablar—replicó el Moscardón con la boca llena.—Yo me dedico á coger colillas de cigarros y alzo las portezuelas de los coches. Tengo un rincón amueblado entre unas tablas, lo cual no me cuesta un cuarto. Luciano ya es otra cosa! Vive como un señor en un quinto piso de la misma casa en que vive Margarita.

—¡Margarita? ¿Qué dice ese imbécil? —gruñó Octavio.

Cármen le mandó que se callara con un ademán imperativo, temiendo una palabra imprudente que lo echara todo á perder.

Pero sin pensarlo el elegante, dió un golpe maestro.

El Moscardón al oirle se había levantado indignado, furioso en medio de su embriaguez.

—¡Oh! hablar aquí de Margarita es una profanación —pensó.—Margarita es la mujer más buena y más honrada del mundo—dijo en voz alta.—Si no fuera así, M Luciano no estaría enamorado de ella.

—¿Luciano enamorado?—replicó Octavio aturdido.

Cármen le estrechó nerviosamente la mano para imponerle silencio.

—Dudar de la honra de Margarita es una infamia!—si-

guió el Moscardón cada vez más poseido de la cólera que le ahogaba.—Está en casa de una familia honrada. Obreros pero corazones de oro. Los pobres viejos tuvieron la desgracia de que se les escapara su hija y por no dejarse morir de pena recogieron á Margarita. La pobre muchacha llegaba de la aldea sin un sueldo en el bolsillo... Yo la ví cuando llegó... yo estaba allí y no hace tanto tiempo para que no me acuerde. ¡No hace mas que tres años! Me acuerdo de su historia que nos contó al llegar, como si fuera ayer.

—¡Tres años! —volvió á exclamar Octavio á su pesar y como hablando consigo mismo —¡Una aldeana!

—Una aldeana, sí,—continuó el muchacho haciendo un mohin insultante.—¿Qué queríais que fuera, una duquesa? Es todo lo que sabía de sí, puesto que era una chiquilla cuando el viejo que la encontró se la llevó á su casa en la Borgoña ó en la Champaña, no importa donde. Lo que es seguro es que hay algo en su porte y en sus maneras que hace suponer que no es su nacimiento tan humilde como parece. Huele á gran señora á una legua.

Y metiéndose un macarrón entero en la boca, prosiguió sin darse tiempo á tragarlo

—¡Una niña perdida puede ser muchas cosas! Lo probable es que sea hija de padres ricos: los hijos de los pobres no se pierden, por lo mismo que no tienen criados que cuiden de ellos. ¡Por el diablo, que vuelvo á tener sed!

—Bebe—dijo Cármen, que unas veces le tuteaba y otras no.

El chiquillo tomó la copa con las dos manos y se la llevó á la boca.

Vencido por la embriaguez, una embriaguez tanto más temible cuanto que era la primera vez que se entregaba á ella, giró sobre si mismo, y dejando caer la copa que fué á romperse en la alfombra, cayó pesadamente sobre la silla que le había servido de asiento.

Octavio se inclinó sobre él y le sacudió con violencia.

—¿Dónde vive esa muchacha, esa Margarita?—le preguntó rechinando los dientes.—¡Habla miserable, habla!

—No os dirá ya más. Pero ya sabeis bastante por hoy, dejadle—murmuró Carmen.

Y tocando al timbre, dijo al camarero que acudió al llamamiento:

—Caged á ese muchacho y colocadlo en el canapé. Ahí dormirá mejor que en el suelo.

Cuando el criado salió, el elegante y la actriz se miraron un momento en silencio.

—¡Es ella! Es la hija del general!—murmuró Octavio con voz ahogada.

—Es lo que debía suceder—contestó Carmen con la mayor tranquilidad.—Por lo mismo que no lo podíamos prever, era preciso esperarlo.

—Todo está perdido.

Carmen hizo un mohin, que para el hubiera estado medianamente versado en los secretos de la mímica hubiera querido decir:

—Sois un imbécil, querido.

El elegante lo entendió á medias.

—Sin duda—murmuró como para justificar su movimiento de desesperación.—Luciano la conoce, la ama y no tiene que decir más que una palabra á nuestro tío para que todos los planes se vengan al suelo.

—Si Luciano, vuestro digno primo, supiera la palabra que debiera decir, la habría ya dicho. El solo peligro que existe es que pueda averiguarlo.

—¿Y qué debemos hacer?

—Alejar lo antes posible á Luciano de esa mujer consiguiendo que no vuelva á verla.

—El más impensado azar puede descubrirlo todo.

—Entonces sería cuando todo estaría perdido. La mejor inspiración que habeis tenido en vuestra vida es haber invitado á cenar con nosotros esta noche á Luciano. No temo más que una cosa, que no acceda á venir.

—Aquí está ya—dijo el elegante aplicado el oído á la

puerta del salon, en el que ya estaba servida la cena Acababa de oir su voz.

—Entonces todo está salvado. Yo me encargo de él. Vamos á cenar—dijo la actriz empujando la puerta con resolución y entrando tranquila y sonriente en la sala.

VI

El Demi-monde

Todas las cenas que empiezan se parecen, hasta las que acaban de modo muy diferente.

El comienzo de todo banquete reviste siempre ciertos caracteres de frialdad que no se disipa más que cuando los vinos empiezan á circular desatando lenguas y dando cierta movilidad á las ideas.

Más de un cuarto de hora trascurrió sin que se oyera otro sonido que el chocar de los cuchillos y de las copas de cristal de Bohemia chocando entre sí con la mayor corrección y compostura.

Algunas palabras lanzadas timidamente, interrumpían apenas el taciturno mutismo de los comensales. Cada cual parecía no ocuparse más que de sí.

Luciano de Prebois, después de haber estrechado cordialmente la mano de su primo Octavio, había saludado galantemente á Carmen que le había acogido con la más dulce de sus sonrisas y le había asignado en la mesa un puesto á su derecha.

El príncipe ruso, joven y elegante, gran señor, de frente espaciosa, de mirada franca y altiva á la par, y de aire eminentemente aristocrático, estaba colocado á la iz-

quierda de la actriz.

Esta abrigaba ciertos proyectos con respecto á uno y á otro.

Además de ellos había una docena de invitados, casi todos, excepción hecha de Luciano y del príncipe, pertenecientes á esa clase incolora é ignominada que se vé siempre pegada á esa clase de mujeres que constituye el demimonde.

Unos momentos antes de sentarse á la mesa, y aprovechando uno de esos períodos de confusión que preceden siempre á las comidas, Carmen, apoyándose en el brazo de Octavio, murmuró á su oído:

—Es necesario que diga dos palabras al barón. Distraed á vuestro primo Luciano y tratad de que no nos oiga, tanto más cuanto que de quien vamos á ocuparnos es de él.

Dicho esto, hizo una señal al barón, el cual, comprendiéndolo al punto, describió una elipse á traves de los convidados, con el aspecto satisfecho de quien aprovecha la ocasión que se le presenta de acercarse á una mujer hermosa y dijo bajo á la actriz:

—Os escucho.

Ella dirigió una mirada al parecer indiferente en torno suyo; pero dedicada en realidad á cerciorarse de que nadie podia oirlos y murmuró casi imperceptiblemente:

—Es preciso que el conde de Prebois no salga de aquí esta noche sin un duelo pendiente para mañana.

—¡Bah!—exclamó el barón.

—Haced otro movimiento como el que acabais de hacer y no habrá nadie que deje de sospechar que hablamos de algo más que de cosas indiferentes.

Y como si hubiera oido á su interlocutor el más gracioso de los despropósitos, rompió á reir de modo que todos pudieran oirla.

—Es preciso,—siguió siempre fingiendo reir—que en ese duelo sea herido ó muerto. La gravedad de la herida es lo de menos con tal que no pueda salir en tres ó cuatro semanas del lecho. ¿Comprendes?

—¡Diablo!

—¿Qué?

—Se dice que Luciano es un tirador de primera y que tiene la mano dura.

—¿No tienes tú acaso igual reputación?

—Sin duda; pero el medio es un poco fuerte.

—¿No quieres tu parte en los cinco millones del tio?

—Por sabido se calla.

—Entonces justo es que pongas algo en el negocio.

Pero...

Es preciso.

Al decir esto se apartó el barón siempre con la risa en los labios.

—Señoras,—exclamó dirigiéndose á la parte femenina de su auditorio—os abandono al barón y os permito que os le repartais á los postres... Si el reparto se hiciera difícil le rifaremos. El señor barón pretende que nosotros no conozcamos el amor y es preciso probarle que se equivoca.

Un grito de indignación acogió aquellas palabras.

Cármen, levantando las manos, restableció el silencio como por encanto.

—¡Las ostras nos esperan—exclamó! —Después nos ocuparemos de amor.

Y tomando sitio en la mesa dió el ejemplo que no tardó en ser seguido.

En el primer momento nadie pensó más que en atacar á las ostras y al Sauterne.

Octavio de Moncharmont, repuesto ya del espanto y la desesperación que le había causado la sorprendente noticia que el pilluelo había dejado escapar en los albores de su borrachera, dejó, como siempre lo hacía, el cuidado de pensar por él á Carmen y deponiendo toda preocupación enojosa, se dedicó á hacer los honores de la casa.

A juzgar por el denuedo con que arremetía con el Sauterne, motivos sobrados había para sospechar que la

levantarse de la mesa habría quedado no poca parte de su juicio en el fondo su copa.

El príncipe ruso, sobrio en todo, hablaba poco, comía con medida y bebía menos. Sus labios apenas se humedeeían en su copa siempre llena.

Fuera que como hombre bien aleccionado no quisiera imponer á una reunión alegre el espectáculo de una fisonocía triste, sea que al aceptar su puesto en aquel concurso hubiera depuesto voluntariamente sus secretas penas, lo cierto es que nada en él daba testimonio de una tristeza nacida de aquellos amores desgraciados de que había hablado Octavio á la actriz.

Observando á los hombres y mirando y escuchando á las mujeres con la indiferente confianza de un espectador que no pretende tomar parte en la representación, se contentaba con sonreir con delicadeza á cada expresión un poco escéntrica, escapada del vocabulario especial de aquellas damas.

El mismo Luciano de Prebois, como había dicho á su primo Moncharmont, no era un Catón ni pretendía pasar por tal.

Previsor y amable, lo era casi con preferencia con Cármen; pero con esa amabilidad digna del hombre que se respeta y que quiere hacerse respetar.

Esperaba la alegría general para tomar parte en ella y entretanto saboreaba tranquilamente sus ostras.

De tiempo en tiempo, su apacible tranquilidad parecía alterarse un poco y una ligera nube de tristeza pasaba sobre su frente.

Era que su pensamiento, escapado de aquel lujoso saloncillo de la Mainsón d'Or, retrocedía al interior modesto del hogar del tallista y un secreto disgusto le hacía reprocharse el haber ido á aquella reunión.

En cuanto al barón de Marán, á quien la casualidad ó quizá la previsión de Cármen, había colocado frente á frente de Luciano, parecía altamente preocupado.

Las breves frases que le había dicho la actriz al poner-

se á la mesa le habían producido impresión en extremo desagradable, y á pesar de todo el dominio que tenía sobre sí, ni le era dado disimular la naturaleza de aquella impresión.

Para distraerse en lo posible de las negruras de su pensamiento, por distintas causas que Octavio de Moncharmont bebía con el mismo encarnizamiento que él.

La conversación se animaba poco á poco. Las interpelaciones lanzadas de un extremo á otro de la mesa comenzaban á cruzarse en todos sentidos, y los rasgos de extravagancia y de descoco se ponían á la orden del día.

Cármen creyó llegado el momento y levantándose de pronto, dió un golpe con el mango del cuchillo sobre la mesa y exclamó engrosando la voz.

—¡Stop!

Un silencio relativo la permitió continuar:

—Hijos míos, se ha cometido un gran escándalo; se nos ha hecho una grave ofensa. Se ha pretendido que nosotras no conocemos el amor, nosotras que somos sus fervientes sacerdotisas. Es preciso confundir al calumniador y hacerle rodar sobre la mesa.

—Cuando no haya nada sobre ella—objetó una boca llena.

—Propongo, pues, y decreto,—prosiguió Cármen en tono presidencial,—que cada cual, ó todos á la vez, según convenga, declare lo que entiende por esa dulce palabra que se llama amor, esto dicho con toda la verdad posibles levantando una mano al techo y llevándose la otra al corazón, como representan á Guillermo Tell.

—¡Bravo!—exclamaron todos.

Cármen se inclinó hacia Luciano, y lanzándole su más agradables sonrisas y su mirada más dulce, añadió:

—Espero que no nos dejareis atrás y que direis á vuestra vez lo que entendeis por amor.

—El amor se siente, pero no se comenta,—contestó Luciano resuelto á permanecer á su defensiva.

Cármen se volvió al otro lado.

—Y vos, príncipe,—dijo dirigiéndose al ruso—¿os negaréis á decirnos que se entiende por amor en las orillas del Neva ó del Don?

—El amor es el mismo en todos los países, señora.—replicó con seriedad el príncipe—Creo, sin embargo, que se le encuentra y se le siente con más facilidad que en ninguna parte en Francia.

—¿Pero sabeis lo que es?

—Creo saberlo.

—¿Desde hace mucho?

—Desde hace poco.

—¡Ah! Una historia. ¡O! á mí me enloquecen las historias de amor. ¿Me la contaréis, no es cierto? Os dejo el último turno.

El ruso sonrió tristemente sin responder.

Aquella sonrisa lo mismo podía ser un signo de aquiescencia que una negativa.

—Empecemos,—dijo Cármen.—Moncharmont, mi querido amigo. En vuestra calidad de dueño de casa, debéis dar el ejemplo. ¿Cómo entendeis el amor?

Octavio, que saboreaba en aquel momento un helado de ananas, se contentó con levantar la cabeza.

—Perfectamente—dijo la actriz.—Vuestro silencio es de una elocuencia adorable Sólo os pido permiso de traducción al idioma vulgar.

—Amigos míos, el amor de Moncharmont se compone de galantina, perdices trufadas, pechugas de ave, salmón frío y ostras de Ostende.

—Con acompañamiento numeroso y distinguido de Chambertin, Sauterne y Champagne—interrumpió una rubia alta y esbelta, que respondía al nombre de Rosa.

—¡Hurra por Moncharmont!—exclamó la alegre reunión.

—Pasemos á otro estómago no menos apasionado—dijo Cármen.—A tu vez, Rosa, ¿qué es lo que tu entiendes por amor?

—*¿Qué es el amor, mi madre?*

comenzó Rosa exhumando para las circunstancias el primer verso de una canción de moda diez años antes.—Me preguntais qué es el amor á mí que he nacido en él como Desponilly ha nacido en su caballeriza.

Diciendo esto señalaba Rosa á su vecino, ginete feróz que no se quitaba las espuelas ni dejaba la fusta más que para acostarse.

—El amor—continuó Rosa, que no se detuvo más que para dar tiempo á la carcajada general que provocaron sus palabras—el amor, corderos míos, es un landeau de Binder, un aderezo de Janisset y un hotel en la calle Leorni, con todas las dependecias y menesteres, como hablan los notarios.

—¿Sabes tú comó hablan los notarios?—dijo una nueva interlocutora.

—¡He conocido dos, querida mía, y es mala gente! Los heredé, uno de Magnete y otro de Estrella, que los habían echado á perder. El uno está en Bélgica y el otro no sé dónde. A vuestras órdenes, Desponilly, si quereis casaros conmigo. A Dios gracias me sobran dientes para comerme vuestros caballos y vuestras monturas.

—¡Otro!—gritó Cármen.

Diez voces rompieron á hablar á la vez.

—El amor,—decía un jovenzuelo de diez y ocho años agradablemente entretenido en comerse por anticipado la herencia de sus padres con una madura pecadora de treinta y cinco, cuya especialidad era lanzar á los primerizos—es un alma que responda á la mía.

—El amor,—gritó un viejo clubman, arruinado en las nueve décimas partes de su fortuna,—es una viuda de cuarenta y cinco á sesenta y tres años, fea hasta la saciedad y millonaria como Creso.

—El amor es un jockey que no se preocupa de las mujeres hasta haber ganado una carrera—gritaba Desponilly deseoso de tomar venganza de los sarcasmos de su Rosa.

—Vos no sois más que un palafrenero—exclamó ésta á manera de réplica.

—¡Silencio,—gritó Carmen.—Hablais de manera tan poco correcta, que vais á dar una triste idea de la nación francesa, de la que somos los mejores ejemplares, á un señor que viene expresamente de San Petersburgo para conocerla.

—¿El señor es ruso?—preguntó vivamente la rubia Rosa.

—¡Y príncipe, querida mía!

—Pido permiso entonces para retractarme. El amor, como lo entiendo ahora, es el tierno interés de un príncipe ruso joven, gallardo y poseedor de diamantes de tamaño de nueces. Esta es mi opinión.

El príncipe, que había seguido la mirada de la joven, desprendió de su corbata un magnífico alfiler y colocándole sobre un plato de postres que se hallaba delante de él, se le ofreció sonriendo:

—A falta del interés que no puedo ofreceros y que no tendría gran valor puesto que mañana salgo de Francia y dentro de un mes habré muerto—dijo con perfecta calma y con la más sincera convicción,—permitidme, señora mía, rogaros que acepteis esta joya á título de recuerdo.

—Sois encantador, príncipe—exclamó Rosa en el colmo de la alegría—Sois un ruso, un verdadero ruso.

—Amiga mía, vuestra conducta es incalificable—murmuró el jóven de las espuelas con tono de cólera.—Comprenderéis sobradamente que desde ahora quedan rotas las relaciones entre nosotros.

Rosa lanzó una franca carcajada.

—¡Silencio!—repitió Carmen.—Aquí se toleran los casamientos, pero los divorcios están prohibidos. Rosa, abraza á Desponilly, nuestro pudor te autoriza á ello. Vos, Desponilly, ofrecereis mañana á Rosa, y ella se apresurará á aceptarlo, un aderezo de ópalos que le regais hace tres semanas. El fallo es irrevocable. Y ahora que ha quedado firmada la paz y se ha hecho justicia, escuchadme unos momentos. Todos habeis dado vuestra definición más ó menos acertada del amor; pero no me habeis pedido la mía. Sin embargo, yo quiero darla. Héla aquí: El amor

es un juego en el que se encuentra todo lo que se quiere, menos lo que se busca. ¿Lo entendeis? Os juro que yo tampoco lo entiendo. Pero la frase es de un poeta amigo mío, que me la ha vendido por dos luises, y como el oficio del autor es tener ingenio, debe ser ingeniosa .. ¿Qué pensais de ello?—añadió dirigiéndose directamente á Luciano

—Que es la única frase un poco sensata de cuantas he oído á este propósito, señora—respondió Luciano;—pero según mi parecer, carece de precisión. Se puede encontrar en el amor lo que se busca en él, es decir, la mútua felicidad cuando se convierte en una abnegación completa por ambas partes y en una profunda estimación.

El barón de Marán, colocado enfrente de Luciano y que hasta allí no había abierto la boca más que para comer ó para beber, levantó súbitamente la cabeza al oir la voz del joven y le dijo con un tono de familiaridad casi protectora, que de parte de un hombre á quien no estimaba gran cosa, hizo subir una llamarada de cólera al semblante de Luciano:

—¡Querido amigo! Vuestra definición es propia de un joven honrado y habla muy alto en pró de vuestros principios de una pureza que admiro sin compartirla, falta, si no de rectitud, de sentido practico. ¿Dónde encontrarías hoy un hombre rico que hiciera caso omiso de su fortuna y de su posición para ir á ofrecer su corazón y su mano á una muchacha sin dote como se hace en las operetas cómicas? ¿Dónde encontrarías hoy una muchacha pobre que se olvidara tan por completo de su interés hasta el punto de rechazar por delicadeza una posición que la haría rica de la noche á la mañana?

Hay ciertas situaciones que se imponen naturalmente á la atención general sin causa apreciable.

Desde antes que surjan se las presiente: están en el aire y se divisa que las provoca una corriente eléctrica en el momento menos pensado.

El barón había pronunciado aquel apósirofe con el tono más pacífico del mundo; no había nada de agresivo

en él y, sin embargo, desde las primeras palabras todas las conversaciones cesaron de un golpe y todos los oídos quedaron atentos.

Luciano, mejor que nadie, comprendió desde el primer instante que tenía que habérselas con un enemigo, pero sin sospechar el complot, que se tramaba contra él, creyó más bien que su animosidad era la sorda cólera de un hombre que en más de una ocasión se había visto despreciado ó desdeñado.

Escuchó, pues, con la mas perfecta calma al campeon de la actriz y cuando hubo terminado respondió dejando caer sobre él una mirada más insultante que una bofetada.

—Señor mio, teneis razón y el equivocado soy yo. Mi definición es falta de sentido práctico. Los dos corazones de que hablaba no pueden existir, puesto que vos negais su existencia. Os tengo por mucho más perito que yo en la materia de experiencia práctica.

—Perdonadme, señor conde; —contestó el barón con un ligero temblor de voz;—pero me parece que hay en el fondo de vuestras frases algo de ambíguo ó de reticente que me obliga á exigir una satisfacción.

En el salón se hubiera oido el vuelo de una mosca.

Los ojos azules de Cármen tuvieron una irradiación de alegría que disimuló tras de su pañuelo.

El negocio marchaba á pedir de boca; pero la intervención de una persona en quien nadie podía pensar, vino á calmar de pronto el curso de las cosas.

Octavio de Moncharmont tenía todos los vicios de aquella juventud ociosa, ávida de lujo y de placeres, con que copia servilmente en nuestra edad, los tiempos de la antigua Roma en el período de su decadencia; tenía sed de oro para arrojarle á manos llenas á los pies de las cortesanas y en los tapetes de las mesas de juego de los círculos y en manos de una mujer como Cármen, que sabía hacer de él un ciego instrumento; podía, si no cometer por sí mismo, dejar hacer en su nombre las acciones mas

reprochables para apropiarse la fortuna ó la herencia de su pariente; pero á despecho de todos aquellos vicios, le quedaban en las venas algunas gotas de sangre pura y generosa de sus antepasados

Absorto en apariencia, embargado al parecer por la laboriosa digestión de su copiosa cena, no se había enterado con perfecta lucidez de cerebro, de la intención agresiva que ocultaba el tono amistoso de las palabras del barón, pero se sintió admirado.

Apenas hubo pues, acabado el barón cuando sin dejar á Luciano tiempo para responder, le tocó en el hombro diciéndole con sequedad:

—Barón, lamento lo que sucede, pero debeis fijaros en que sois vos quien le ha provocado. Mi primo de Prebois no os debe explicación alguna, y yo os ruego que tampoco intenteis un paso análogo por vuestra parte. Si persistís en pedirle cuenta de sus palabras, que no son más que una respuesta cortés á una provocación sin motivo, usaré de mi derecho de prioridad y como yo soy quien os ha reunido aquí, os pediré ante todo, cuenta de esa provocación que consideraré como una ofensa personal.

El barón se había puesto lívido y Carmen se mordía los labios hasta hacerse sangre, murmurando para sí:

—¡No hay nada más imbécil que este hombre!

—¡Gracias, Octavio!—dijo Luciano sin perder su aplomo;—pero en realidad no hay nada aquí que valga la pena de ser rectificado. Este caballero debe saber perfectamente que no puede ofenderme y estoy seguro que no ha tenido ni por un instante intención de ello.

El barón hizo un brusco movimiento para ponerse de pié; pero una mirada de Carmen le dejó clavado en su puesto.

Después de la declaración formal que acababa de hacer Octavio, no podía dudarse del resultado del conflicto.

Un duelo entre el barón y él hubiera sido un verdadero desastre.

La voz grave y penetrante del príncipe ruso rompió el silencio glacial que siguió á aquella escena.

—Señores—dijo—el punto de partida de esta discusión es de tal modo fútil, que os pido permiso para poneros de acuerdo, dada mi opinión personal sobre el objeto que os separa. El señor tiene plena razon—añadió volviéndose á Luciano, que le dió las gracias con un movimiento de cabeza—cuando afirmaba que se puede y se debe encontrar la dicha en el amor, cuando ese amor se funda en la renuncia absoluta por ambas partes á las ventajas todas de la posición y de la fortena; y el señor—dijo designando al baron—se equivocaba grandemente al negar la posibilidad de encontrar un hombre y una mujer capaces de tal abnegación.

Y dirigiendo una amable sonrisa á Carmen, siguió:

—Deseábais oir una historia de amor, señora, y os voy á complacer contándoos la mía. Si no es muy alegre no me culpeis por ello. Tengo veintiseis años y el grado de general en el ejército ruso; estoy ligado por mi familia y por mis relaciones con la más alta nobleza de Rusia, y mi fortuna, de la que no conozco la cifra exacta, es tal, que por locuras ¡que hiciera no me sería posible consumir la renta.

—¡Soberbio!—interrumpió Rosa con admiración.

—Con todas esas circunstancias he encontrado en uno de los más apartados barrios de París una joven que trabajaba para vivir y que para ganar unos miserables sueldos pasa los días enteros en su triste almacén de costura, donde durante doce horas sufre las impertinencias del primer comprador, hasta que por la noche vuelve á casa de su padre, un pobre obrero tallista que para poder subvenir á sus necesidades trabaja hasta media noche. Creo que son las posiciones opuestas que..... Pues bien, después de un mes, no he dejado transcurrir un día sin hacer brillar á sus ojos las seducciones más irresistibles para otra que ella, haciéndole soñar con el lujo, con una fortuna inmensa y hasta ofreciéndole mi mano.

—¡No sois lerdo!—exclamó Rosa —El cebo es excelente; pero si ella hubiese aceptado la última parte de la oferta, se hubiera encontrado chasqueada.

—Un hombre como yo no ofrece más que lo que está dispuesto á cumplir—contestó el príncipe con seriedad.—Si fuese mía la corona de todas las Rusias, la colocaría con júbilo en su cabeza, pero tengo la seguridad de que la rechazaría—añadió con amargura.

—Mal gusto tiene vuestra joven desvalida Yo aceptaría mucho menos si hubiese quien me lo ofreciese. ¿Me comprendeis, Desponilly?

—Lo ha rechazado todo—siguió el príncipe sin fijarse en la interrupción que quizá no había oído;—y lo ha rechazado con nobleza, con sencilla y sin falsa modestia, por una razón que vale más que todas; porque no me ama.

—¡Es una mujer excepcional! Debíamos pedirle un mechoncito de cabello como reliquia.

—Callate, Rosa, no nos dejas oir,—dijo Cármen con impaciencia.—Príncipe, acabad vuestra historia.

El joven ruso se pasó la mano por la frente para hacer desaparecer las gotas de sudor que la cubrían.

—El fin de mi historia, señora? Héla aquí: Amo á esa joven como un loco, la amo hasta morir y moriré. Mañana es el último día que paso en Paris, y mañana intentaré el último y supremo esfuerzo. La diré cuánto la amo y si me rechaza me daré la muerte. Si por piedad ó por amor consiente, antes de un mes será princesa de Toltoi; si se niega, parto á San Petersburgo, pido una comisión para el Cáucaso y antes de un mes habré muerto.

—La cosa es triste como un drama sentimental. Yo no dejo morir á nadie así,—dijo la incorregible Rosa al oído de Desponilly.

Luciano había escuchado al príncipe sin interrumpirle; pero latiéndole el corazón en términos de parecer querérsele salir del pecho.

Cuando el ruso hubo terminado, dejó su sitio, pero

por detrás de Cármen y con su semblante pálido como un cadáver murmuró:

—Príncipe, ¿quereis concederme dos minutos?

—Estoy á vuestras órdenes, señor conde—respondió el príncipe sorprendido, y levantándose á su vez.

Leciano le llevó al mismo rincón en que antes de la cena Cármen había conversado con el barón, y en voz baja y contenida, pero que fué no obstante oida por todos, le dijo:

—¡Os negaríais á confiarme el nombre de la joven de que acabais de hablar.

—¡Qué interés podeis tener en saberle!—preguntó el príncipe.

—Ya lo veis. Hay más; la amo como vos, con locura y hasta el punto de sacrificar mi vida por ella si fuera preciso.

—¿Y ella os ama?

—No lo sé... Pero lo espero, lo sospecho.

A esta respuesta precisa, incisiva y fria como un golpe de estilete que hubiera desecho al cosaco, la fisonomía del príncipe perdió por un momento su nobleza digna y severa y se revistió de una máscara de ferocidad salvaje. El Tártaro sustituía al gran señor ruso á medio civilizar.

Sin embargo, tal trasformación duró solo un instante.

Un heróico esfuerzo de voluntad volvió la calma á sus facciones contraídas.

—¿Qué teneis, pues, que decirme, señor conde?—preguntó con altivez.

—Que mañana saldreis de París, sin volverla á ver—respondió Luciano con firmeza.

—¿Y si me niego á ello?

—Me obligareis á forzar vuestra voluntad.

—La suerte de uno de los dos es lo que han dicho esas palabras, caballero—respondió el príncipe.—Dentro de una hora será de día—añadió—el tiempo necesario para tomar armas y elegir sitio. ¿Quereis que no nos separemos y que terminemos en seguida este asunto?

Luciano se inclinó.

—Iba á proponerlo. Sin gran trabajo encontraremos testigos aquí mismo.

El príncipe eligió dos jóvenes á quienes había conocido en el círcuto y Luciano á su primo Octavio y á Desponilly.

Poco después los seis hombres salieron.

—Esta es una cena que termina como un tercer acto del *Ambigú*—dijo Rosa. — No me queda ni un solo hombre que me ofrezca el brazo. Vámonos, pues, á acostar. Es divertido vuestro príncipe ruso. Buenas noches, amigas mías.

Todas las damas se eclipsaron.

Carmen y el barón quedaron solos.

—El diablo nos favorece—dijo la actriz,—Mucho le debemos, puesto que sin su intervención, las cosas no iban muy bien. Habías errado el golpe con Luciano y te ví en traza de tener que ba tirte con Octavio. ¡Es una suerte que esos dos imbéciles se hallen enamorados de esa Margarita!

—¿Y quién es esa joven?

—¡Ah? es verdad que no conoces esa historia que no deja de ser interesante. Te la contaré mañana antes de ir al teatro. Con tal de que el príncipe mate ó hiera á Luciano, no podemos quejarnos. Es igual; pero hubiera preferido que hubieras sido tú el adversario de Luciano.

—Yo en cambio prefiero que sea el ruso. Por lo demás, tranquilízate, esos hombres del Norte á donde ponen el ojo ponen la bala. Luciano está en buenas manos.

Cármen se dió de pronto una palmada en la frente.

Se acababa de acordar del pilluelo que había quedado embriagado en su canapé del gabinete y corrió á buscarle.

Pero el gabinete estaba vacío.

El Moscardón había desaparecida.

VII

La niña perdida

El general conde Moncharmont ocupaba un gran hotel de construcción moderna en los comedios de la calle de Amsterdan y á la altura de la de Berlín.

A primera vista, y contemplándolo desde la calle, el hotel parecía de ordinario deshabitado.

Lo mismo en invierno que en verano, desde hacía muchos años, las altas ventanas de las habitaciones principales permanecían herméticamente cerradas, dejando ver á través de los cristales las doradas barras que sujetaban las colgaduras.

Las puertas no se abrían más que para dar paso al carruaje del general que salía de dos á cuatro veces á dar un paseo solitario.

Hacía, sin embargo, algunos días que un movimiento inusitado se notaba en el hotel.

Una mañana todas las ventanas se habían abierto y un verdadero ejército de tapiceros había invadido el olvidado recinto, con esa actividad que solo se encuentra en París cuando se paga bien.

Aquella morada tan triste y tan sombría se había transformado de repente, como si la varita mágica de una

hada la hubiera tocado mágicamente y se veía revestida súbitamente de un aspecto de juventud y de fiesta como no se había visto jamás.

Era que el corazón del general, desde hacía tanto tiempo tan sombrío y triste, había recobrado un punto de esperanza y aquel soplo había bastado para embellecer la morada en que había de vivir aquella niña tanto tiempo buscada... fuera cualquiera el tiempo en que pareciera.

Ya conocemos por algunas frases cínicas escapadas á Cármen, la actriz de la Opera, en su primera entrevista con el barón de Marán en la calle Drondt, una parte de la dolorosa historia de aquella niña perdida en pleno día en las calles de París por el descuido de una criada, y preciso nos será ahora completarla, para lo cual necesitaremos pocas palabras.

En 1850 el general tenía cincuenta y un años y mandaba una brigada en Africa en los confines de la Argelia.

Recientemente elevado á aquel grado, había dejado en Paris á la condesa con su hija, encantadora niña de dos años y medio, en la cual el general y su esposa habían concentrado todas sus dichas presentes y futuras.

Una de esas templadas tardes de Abril que son, sobre todo en Paris, las más dulces y agradables del año, la condesa mandó enganchar uno de sus carruajes y con la niña y la niñera se dirigió á las Tullerías.

Después de dar algunas vueltas por la gran avenida, la niña encontró á otras de su misma edad y tan alegremente comenzó á participar de sus juegos, que Mad. de Moncharmont, satisfecha de verla tan contenta no quiso privarla del placer de que disfrutaba, y le dijo á la niñera:

—Marieta, os dejo el carruaje. Tengo que hacer algunas compras; pero iré á pié. A las cuatro volved á casa, que á esa hora iré yo.

Y tomando á su hija, la estrechó contra su seno.

Era el último beso que la niña debía recibir de su madre.

Al llegar al extremo de la Avenida de la Paz en que

habia dejado el carruaje, dió al cochero una órden parecida á la que acababa de dar á la criada.

¿Qué pasó entónces en el jardin?

Cuando las cuatro iban á dar en el reloj del palacio, la niñera se acercó al carruaje pálida, temblorosa, con la mirada extraviada y el rostro trastornado por el terror, gritando con voz ahogada:

—¡La señorita! ¡La señorita se ha perdido!

El lacayo se lanzó en busca de la niña, el cochero mismo abandonó sus caballos y siguieron á la niñera que recorría el jardin como una loca.

En un momento todos los presentes los guardas del jardin y hasta los agentes de seguridad se pusieron en movimiento.

Se buscó entre los macizos, se registró en todas partes, las pesquisas se extendieron á las calles adyacentes, pero todo fué en vano.

A las siete, cuando las sombras de la noche cubrían ya la poblacion, la niña no había parecido.

La niñera misma, obstinada en buscarla, había desaparecido también.

Solo el cochero y el lacayo se decidieron á volver al hotel con el carruaje vacío.

En vano sería querer describir la desesperación de la condesa.

Presa de terribles ataques de nervios, pasó la noche en tal estado de agitación, que los médicos, que hubo necesidad de llamar, temieron por su vida.

Alas ocho de la mañana, sin embargo, aunque en un estado lamentable, hizo enganchar su carruaje y se hizo llevar al despacho del prefecto de policía.

El magistrado, conmovido, la prometió hacer cuanto estuviera en su mano y dió al propio tiempo las órdenes más apremiantes para la busca de la niña y de la niñera, cuya culpable negligencia era la primera causa de la desgracia.

A esta última se la encontró aquel mismo día, espirante en uno de los hospitales.

Casi completamente trastornada su razón, no se había atrevido á volver al hotel y había intentado suicidarse por medio de asfixia en una habitación que al efecto había tomado en una fonda.

Aquella misma noche murió.

En cuanto á la niña imposible fué dar con ella.

Por espantosa que fuera la noticia de aquella desgracia para el general Moncharmont, idólatra de su hija, no podía ocultársele.

La condesa, envejecida en diez días, hubiera querido ir á llevársela ella misma para ayudarle á soportar mejor el choque y llorar con él, pero á pesar del mal éxito de sus investigaciones, la desgraciada madre no podía resolverse á renunciar á toda esperanza.

Contaba con una casualidad, con un milagro y continuando sus investigaciones no se resolvía á salir de París.

Envió, pues, al general un hombre de confianza encargado de prepararle verbalmente para el golpe que iba á recibir, y le entregó una carta en que su corazón de madre desahogaba todo su dolor.

El mensagero, detenido á cada instante por las dificultades y peligros del camino, obligado con frecuencia para no comprometer inútilmente su vida y el éxito de su misión, á esperar la salida de bagajes protegidos por tropas, tardó cerca de dos meses en llegar al cuartel general de Moncharmont.

Llegó al día siguiente de un empeñado encuentro con una tribu rebelde y un oficial le hizo saber que el general, el héroe de la víspera, gravemente herido por la explosión de una mina que le había abierto el cráneo y abrasado el rostro, acababa de salir para Argel.

No había por tanto que pensar en desempeñar, por lo menos en mucho tiempo, una misión que podía comprometer seriamente la vida del general, y sólo tres meses

después, éste, ya fuera de peligro, recibió la visita del enviado de su esposa.

La herida del general se había cerrado ya y no ofrecía peligro, pero era todo lo que la ciencia había podido hacer por él.

La más triste, la más espantosa de las reliquias le quedaba. Sus ojos quemados por la explosión, no debían volver á ver la luz del sol.

El desgraciado padre recibió el nuevo golpe que venía á herirle, con un estoicismo siniestro.

Solo una palabra se escapó de su corazón destrozado:

—¡Hija mia!

Después se informó del estado de su mujer.

—¿La condesa ha muerto?—preguntó.

El mensajero trató de tranquilizarle respecto á este punto; pero él se limitó á contestar con voz sorda:

—¡Morirá! La desesperación acabará por matarla. Las perderé á las dos.

Dos horas después se embarcaba para Francia.

Al llegar á París encontró á la condesa moribunda.

Desde hacía cuarenta y ocho horas estaba sin movimiento y sin voz.

El soplo de vida que quedaba en ella sólo se hacía perceptible por el ligero temblor de sus labios.

Esperaba á su marido para morir.

Cuando le sintió á su lado, levantó su cabeza debilitada. trató de esbozar una sonrisa y tomando su mano que estrechó con una convulsión suprema, murmuró:

—Búscala con más éxito que yo.

Después cayó pesadamente sobre las almohadas.

Estaba muerta.

La sombría profecía del general se había cumplido. Había perdido á las dos.

A partir de aquel instante, la vida del bravo militar no tuvo más que un objeto: cumplir el último voto de su esposa.

A buscar y encontrar á su hija se dedicaron todos los esfuerzos de su inteligencia y de su energía.

Su inmensa fortuna le facilitaba los medios de acción.

En medio de sus grandes y dolorosos infortunios, la suerte había hecho que trajese consigo desde Africa á un soldado, antiguo sargento de cazadores, á quien en una escaramuza había tenido ocasión de librar de una muerte cierta, cargando él solo sobre media docena de árabes que se disponían, según su monstruosa costumbre, á cortar los pies y la cabeza del sargento que había caído herido entre sus manos.

El general había recibido en premio de su generosa acción un golpe de yatagan en un hombro.

Bernardo, el cazador, conservaba, como él decía, aquella herida en el corazón y debía conservarla siempre.

Su afecto al general tenía algo de la fidelidad y sumisión del perro á su amo.

El general para Bernando era su Dios.

Cuando el general hablaba, su palabra era sagrada y no admitía exámen ni discusión.

Si le hubiera dicho que abofeteara al gobernador de Argelia, Bernardo, sin preguntarse la causa de tal capricho, sin preocuparse para nada de las funestas consecuencias que para él hubiera tenido tal sumisión, hubiera ido á abofetear al gobernador á la cabeza de su estado mayor.

Cuando el general había dejado la Argelia, Bernando, que acababa de recibir su licencia, pidió permiso para seguirle, y el general, indiferente ya á todo, le había contestado, quizá sin conciencia de lo que decía:

—Si lo quieres, sígueme.

Bernando no preguntó más y le siguió.

En Africa, Bernardo, que no veía en el general más que su oficial superior, no se inquietaba por nada de lo perteneciente á su persona y ni sabía si era soltero, casado ó viudo, rico ó pobre.

Pero una vez en Paris, y en el hotel de la calle de

Amsterdan, cuando no hacía más que dos horas que conocia los detalles de la terrible desgracia del que amaba como á Dios mismo, él fué el primero que se atrevió á hablar al general de su hija.

—Mi general—le dijo—desde el momento en que la niña no está más que perdida, es posible encontrarla, y por la vírgen de Auray, Bernando os la encontrará. La Francia no es tan grande y si es preciso haré jornadas tan grandes como la del Atlas. Si conviene daré la vuelta á pié á todo el territorio francés. Decidme por qué rincón quereis que dé comienzo y hoy mismo me pongo en camino.

El general estrechó la mano del soldado y aquellos dos hombrés, unidos por un nuevo lazo, pusieron manos á la obra.

Quince años sin obtener resultado alguno no bastaron á desanimarlos.

El general tenía en su ayuda la última y suprema voluntad de su esposa unida á su amor de padre.

Bernando su adhesión de perro por el general y su terquedad de bretón.

Tanta perseverancia merecía ser por fin recompensada por el éxito y aunque éste estuviera todavía muy distante, ya era mucho haber descubierto una huella al fin de la cual pudiera hallarse algo más sólido

Extendiendo más y más en el círculo de sus exploraciones, Bernando, después de haber recorrido todo París, los arrabales y los departamentos más próximos, había encontrado por fin en una aldea de la Borgoña, al otro lado Auserre, las huellas de una niña perdida hacía quince años.

Un aldeano de paso en Paris había encontrado á una criatura de poco más de dos años en una calle cuyo nombre ignoraba, deshecha en lágrimas.

Obligado á partir, y no sabiendo qué hacer en tales circunstancias, se llevó consigo á la niña, apresurándose á su llegada al pueblo á hacer una declaración en forma legal ante el alcalde.

El digno funcionario, un alcalde como hay muchos, se había contentado con dar fe de lo declarado, y creyendo haber cumplido con ello los deberes de su alto ministerio, se había ido á cuidar de sus viñas, sin volverse á acordar de lo ocurrido.

La declaración, que Bernando había visto en los archivos municipales, parecía, en efecto, referirse á la hija de su general. El día indicado por el aldeano era el mismo en que aquélla se había perdido; la forma y el color de los vestidos eran los mismos y no había detalle alguno que no confirmara la identidad de la persona.

Desgraciadamente, el aldeano había muerto hacía algunos años; á su muerte los herederos habían echado á la calle aquella muchacha que no era para ellos más que una extraña y todo lo que Bernardo pudo saber es que alguno había oído decir á la niña que se iba á París, donde trabajando esperaba ganarse la vida.

Con esto ya era bastante; Bernardo volvió á tomar en seguida el camino de París y corrió á contar al general todo cuanto sabía.

Por primera vez después de quince años, el general tuvo un momento de alegría seguido de una profunda impresión de tristeza.

La hija estaba en París, cerca de él, y la esperanza de encontrarla se convertía casi en una certeza.

—Pero ¿cómo había venido? ¿Qué habría sido de ella en aquel antro de lujo y de vicios, donde el que no es rico está expuesto á ser un miserable?

¡Quién sabe si falta de pan pasaría por delante de la puerta de su padre desfallecida de hambre!

—Lo principal es encontrarla, mi general—dijo Bernardo, que cuando la tengais á vuestro lado ya se la mantendrá dignamente.

¿Pero como encontrarla? ¿Cómo reconocerla sin haberla visto nunca?

—Y sin poderla ver—contestó el general con terrible amargura pensando en su ceguera.

—No por eso hay que perder las esperanzas, mi general, —replicó Bernardo.—Yo buscaré en la aldea algún individuo macho ó hembra que la haya conocido, y como en tres años escasos que hace que falta de allí no ha podido cambiar mucho, me le traeré aquí y él la reconocerá.

Hecho este razonamiente Bernardo, partió y de allí á pocos días escribió al general una carta que éste se hizo leer por Octavio.

En ella anunciaba su vuelta con un hombre que guiado por él se comprometía á reconocer á la niña.

El resto lo sabemos ya.

Desde la nueva marcha del soldado, el general, galvanizado por la idea de volver *á ver* á su hija había hecho renovar el moviliario de su hotel de la Maisón más rica y más suntuosa para recibirla dignamente.

Después había esperado.

En el momento en que penetramos en el hotel de Moncharmont, esto es, el día siguiente á la noche de la cena dada por Octavio en la Maisón d'Or, el general, sentado en su estancia al lado de una chimenea en que se consumia un buen fuego, parecía presa, ora de un completo abatimiento, ora de una sobreexcitación febril.

Unas veces quedaba sumido en su silla, con la cabeza baja y las manos caídas, mientras otras se levantaba precipitadamente, hacía sonar su repetición como si no quisiera convencerse de la lentitud del tiempo y con una seguridad que demostraba que á falta de vista tenía un conocimiento completo de todos los muebles, recorría la estancia á pasos precipitados.

El día comenzaba á brillar. Los primeros fulgores de un frío día de invierno comenzaban á filtrarse á través de los espesos cortinajes de las ventanas y hacían palidecer la luz de dos bujías que ardían sobre la chimenea.

El general dejó bruscamente el sillón, se dirigió derechamente á una ventana, la abrió de par en par y después de bañar su blanca cabeza en la fria brisa de la mañana,

volvió á recobrar su asiento y á caer en su ensimismamiento.

Aquella mañana esperaba á Bernando; le esperaba desde la víspera, y á pesar de la exactitud militar del viejo soldado, no venía.

Sólo un accidente desgraciado podía detenerle

Por eso la inquietud de Moncharmont no conocía límites.

Además del afecto real que sentía hácia el cazador de Africa, aquel hombre era el único que podía ayudarle á encontrar á su hija.

El lecho no estaba deshecho, demostrando que el general no se habia acostado en toda la noche.

Dos horas transcurrieron.

El general oyó dar las nueve.

—Bernando debe de haber muerto—se dijo;—si estuviero vivo ya estaría aquí.

Cuando pronunciaba mentalmente estas palabras, el portier que cubría la puerta de la estancia se levantó con dulzura y un criado apareció con una tarjeta que presentó respetuosamente á su amo en una bandeja de plata, diciendo:

—Una tarjeta para el señor conde.

—Léemela, Juan—dijo el general, que había reconocido al criado por la voz.

Este se inclinó y leyó:

—Jaffier, oficial del servicio de seguridad.

—¿Qué puede querer ese hombre?—preguntó el general sorprendido de tal visita.

—Dice que tiene que hablar al señor conde,—repuso el criado.

Hazle entrar enseguida—murmuró el conde adelantándose hácia la puerta.

Un jóven de bastante buen aspecto apareció en la puerta apenas el criado hubo desaparecido.

—Perdonad, señor conde—dijo—que venga á molestaros. Se trata de un indivíduo que ha sido detenido esta

noche en la plaza de la Bastilla y que en un acceso de in concebible cólera ha derribado cuatro barracas de saltimbanques que ha encontrado á su paso. Detenido en la prevención más próxima y conducido esta mañana á presencia del comisario de policía, ha dicho que vos responderíais de él Dice llamarse Bernardo y haber servido á vuestras órdenes en Africa.

El general había escuchado con tal agitación aquel sumario relato, que dos ó tres veces había tratado de interrumpirle; pero el joven, convencido de que hablaba bien y deseoso de llegar hasta el fin, había continuado sin inmutarse.

—Caballero,—exclamó el general—el hombre á quien han detenido vuestros agentes, no se ha separado de mi lado hace veinte años, y respondo de él como de mí mismo. No comprendo nada del delito de que se le acusa y que parece haber cometido. En eso hay algo extraordinario que sólo él puede explicar: pero lo que puedo aseguraros es que Bernardo es el más honrado, el más leal y el hombre mejor que conozco Aunque tenga que ver en persona al prefecto de policía, al ministro mismo, no permanecerá cinco minutos más detenido. Juan, que enganchen enseguida, y mientras disponen el carruaje, vísteme.

—Suplico al señor conde que no se moleste—contestó el oficial de seguridad—El paso que he venido á dar aquí debe probaros que sólo de complaceros tratamos En el momento en que reclamais nuestro detenido, no hay nada más qde hablar.

—Podeis creer que os quedo eternamente reconocido—repuso el general. Para que vayais más de prisa, mi coche os conducirá y él traerá á Bernardo.

El joven, en extremo satisfecho de prestar un servicio á un personaje de la importancia del general Moncharmont, saludó y salió.

Tres cuartos de hora después el coche traía á Bernardo.

Al entrar en casa del general, el antiguo cazador de

Africa traía un aire feroz, capaz de hacer retroceder á una docena de árabes.

Su bigote estaba erizado como las puas de un puerco-espín y sus ojos echaban chispas.

—¿Al fin estás aquí? ¿Qué te ha sucedido, amigo mio? ¿Por qué no viniste ayer como habías anunciado?

—Mi general,—respondió Bernardo con voz sombría y permaneciendo cuadrado ante su amo como si estuviera en una revista de inspección,—en vez de recibirme de ese modo y de llamarme vuestro amigo, haríais mejor en buscar una pistola y romperme la cabeza de un tiro como á un perro rabioso.

—¿Qué necedades son las que dices? —exclamó el general con impaciencia.—¿Qué te ha sucedido?

—Lo que ha sucedido, mi general, es que soy la más despreciable de las bestias, un imbécil, un majadero. Ayer, como os había anunciado, llegué á la estación en el tren de las diez y media con el hombre que necesitamos. Por no haber coches en la estación le quise traer á pie hasta aquí...

—¿Has traido á ese hombre que ha visto, que conoce á mi hija?... ¿Dónde está?

—Eso es lo doloroso del caso. ¿Dónde está? Qué sé yo. Ese aldeano tiene la culpa de todo Al atravesar la plaza de la Bastilla, completamente llena de barracas de saltimbanquis, que á cualquiera confunden, el idiota del burguiñón se acercó sin duda para ver más de cerca una de ellas, y una mujer seca y huesosa como un beduino, le coje por la blusa y le dice: «¡Pasad, pasad! Por dos míseros sueldos podreis leer en el porvenir » Al oir esto no hay quien detenga al aldeano. Paga, entra en la barraca y yo para no perderle de vista quiero seguirle; pero la maldita bruja cierra la cortina delante de mis narices, diciendo. «Los misterios de la cámara de consultas no pueden ser oídos más que por una sola persona. Esperad á vuestro amigo. Todo será cuestión de cinco minutos.» Aguardo diez, me canso ya y entro en la barraca como la bala

de un obus. La bruja se ocupaba tranquilamente en dar vueltas á un guisote que olía á cebolla que apestaba. Pregunto por mi hombre, me dice que hace un siglo que ha salido; la replicó que yo no me he movido de la puerta y me hace ver que la barraca tiene otra salida y que por ella se ha ido hombre. La indignación no me deja seguir escuchándola, la zarandeo preguntándola por mi acompañante, cae sobre un cofre dando ahullidos de loba hambrienta, acude en su ayuda un hombre que se arroja sobre mí. Mi general sabe que mis puños son sólidos, y sin el auxílio de los agentes de seguridad que acudieron á los gritos lo hubiera pasado mal. Un exsargento de cazadores de Africa ha dormido en la prevención como el último granuja... pero esto es lo de menos; lo principal es que, por mi torpeza, el hombre de quien lo esperábamos todo ha desaparecido.

Como se vé, Doble-Seis lo había hecho todo bien. No solo había llevado á cabo el escamoteo del aldeano con la mayor limpioza; sino que había conseguido impedir á Bernardo buscarle, todo ello sin que la fuerza pública hubiera podido sospechar el juego.

Preciso es convenir en que Carmen y el barón tenían en él un precioso auxiliar.

De toda la larga historia contada por el soldado, el general no había entendido más que las últimas palabras; pero al oirlas su cabeza había vuelto á caer con abatimiento sobre su pecho.

Sin embargo, después de unos breves momentos volvió á alzarla, y volviéndose á Bernardo, como si le hubiese sido dado verle, le dijo:

—El mal es menor de lo que parece, amigo mio. Ese aldeano que no conoce á nadie en París, habrá tenido que pasar la noche en cualquier fonda ó casa de dormir y tales establecimientos están bajo la inmediata vigilancia de la policía. Si ese hombre se acuerda de mi nombre ó de mis señas, se hará conducir aquí; si no, la policía descubrirá su paradero, antes de veinticuatro horas. Vas á

venir conmigo á la oficina del prefecto de policía, que no me negará su ayuda. Todo el mal será, á todo correr, unos días perdidos y quien ha aguardado quince años me parece que puede esperar unas horas.

—¡Ah! mi general. Vos me tranquilizais. Creed que esta mañana me daban ganas de saltarme la tapa de los sesos.

M. de Moncharmont y Bernardo ignoraban que el asilo no elegido pero si ocupado por el burgiñón no era, ni mucho menos, un establecimiento reconocido por la policía, sino una jaula á la sazón vacante en la casa de fieras ambulante del polaco,

No era probable, pues, que los agentes de la autoridad revolviendo los registros de las casas de dormir y de las fondas dieran con él.

El general se despojó con presteza de su bata y con la ayuda del antíguo sargento procedió á vestirse rápidamente.

—Háblame de mi hija, Bernardo,—le dijo mientras se vestía.—¿Ese hombre que la conoce, que ha visto á la niña, qué te ha dicho de ella? ¿Es hermosa? ¿Es buena?

—Linda como un ramo de flores, y buena como un ángel, mi general.

El rostro siempre triste del viejo se iluminó.

—Solo que como el pobre hombre que la recogió no sabía su nombre, la bautizó á su modo llamándola Margarita —prosiguió Bernardo.

—Vamos—dijo—condúceme. Ahora ya tengo más que esperanza, tengo casi la certeza de encontrarla muy pronto.

El ayuda de cámara abrió en aquel momento la puerta y anunció:

—Señor conde, acabo de hacer entrar en la sala á una joven á quien segun dice había mandado llamar el señor.

—¡Ah, si, es cierto! Lo había olvidado. En todo había pensado menos en la ropa blanca de mi hija. Pero puedes creer que no me descuido y he hecho avisar á un almacen para que me provea de todo lo necesario.

—Juan—dijo dirigiéndose al ayuda de cámara - decid á

esa joven que tenga la bondad de esperar unos momentos. Antes de media hora estaré de vuelta.

La joven á quien Juan acababa de anunciar no era otra que la pobre huérfana recogida por la familia Bernier.

El padre y la hija, sin sospechar uno ni otro los lazos que le unían, iban á verse en presencia uno del otro.

La casualidad habia hecho en un instante lo que las más activas pesquisas llevadas á cabo en quince años no habían podido lograr.

VIII

Un príncipe cosaco

Al salir de la Maisón d'Or, Luciano y el pricipe Tolstoi, seguidos de sus testigos, habían subido los unos al landeau de Octavio de Moncharmont y los otros en la berlina del príncipe; haciéndose conducir á casa de Devisme, donde los testigos habían elegido las armas.

Desde allí se dirigieron al bosque de Bolonia.

Nos parece ocioso hacer aquí la descripción de un duelo, descripción de que tanto se ha usado y hasta abusado.

Todos los duelos entre gentes de honor se parecen.

Del verificado entre Luciano de Prebois y el príncipe Tolstoi, sólo consignaremos un detalle.

En el momento en que los dos adversarios colocados frente á frente iban á recibir de sus padrinos las espadas con que debían combatir, el príncipe hizo á los suyos una señal para que aguardasen, y tomando familiarmente del brazo á Luciano, le llamó aparte.

—Señor conde, —le dijo —en un duelo leal y entre gente como nosotros, las probalidades me parecen iguales Puedo ser muerto por vos. Si tal sucede, quiero que vos seais mi

único ejecutor testamentario. Espero que no me negareis tal favor.

Luciano sorprendido no contestó.

—En previsión de no poder volver á Rusia—siguió el príncipe—y para evitar que un acontecimiento cualquiera, como por ejemplo mi matrimonio celebrado en Francia sin el consentimiento del czar me privara de mi fortuna, que según las leyes de mi país sería confiscada, he realizado cuanto he podido de mis bienes y tengo unos veinte millones colocados en los Bancos de Francia é Ingalaterra.

Diciendo esto abrió una voluminosa cartera y sacó de ella un paquete sellado con lacre negro..

—Todos los títulos están incluídos en este paquete que encierra asimismo mi testamento. Este último no contiene más que una cláusula. Lego toda mi fortuna á Margarita. Si muero, vos la hareis llegar á sus manos.

Luciano estrechó calurosamente la mano del príncipe!

—Si tengo la desgracia de mataros, os juro que vuestros deseos serán fiel y puntualmente cumplidos.

—Está bien,—contestó el principe—ahora cumplamos nuestro deber.

Los cuatro testigos esperaban con impaciencia el fin de aquel extraño diálogo entre dos próximos á darse muerte.

Cuando el príncipe llegó á ellos dijo:

—Caballeros, el señor conde se encarga de cumplir mi postrera voluntad y yo declaro que si me mata le autorizo á tomar de mi cadáver esta cartera para que haga de ella el uso que crea más conveniente.

Los testigos se inclinaron en señal de asentimiento.

El principe llamó entonces con una señal á los dos lacayos sentados en la trasera de su coche, dos kalmucos de talla colosal, y les dijo en ruso algunas palabras breves é imperativas.

—Estos hombres son dos osos punto menos que salvajes —añadió dirigiéndose á Luciano—y muerto ó vivo no dejarían poner la mano á nadie sobre su amo sin haber re-

cibido órden terminante. Ahora, señor conde, soy vuestro.

Las espadas se cruzaron.

Algunos minutos después, Luciano caia á tierra con el pecho atravesado de parte á parte.

Al verle caer, el príncipe arrojó su espada y se adelantó precipitadamente para sostenerle pero ya estaba en los brazos de Moncharmont y de Desponill, que trataban de levantarle.

Al reconocer al príncipe, Luciano hizo un esfuerzo para tenderle su mano y quiso hablar, pero una oleada de sangre que acudió á la garganta le quitó la respiración y le hizo perder el sentido.

—Señores—dijo el príncipe—mi carruaje es mayor y más cómodo que el de Moncharmont para llevar al herido.

—¿A donde le llevamos?—Dijo Desponilly.

—¿Dónde habita el señor conde?—preguntó el príncipe.

—En la calle Godos—respondió Octavio.

—Está demasiado lejos. La herida es desgraciadamente grave y un largo trayecto podria serle fatal. Vos creo que vivís más lejos aún, Mr. de Moncharmont; pero vuestro tío el general tiene su hotel al extremo de este mismo barrio. Siguiendo el boulevard exterior tenemos un camino por el cual marchará el carruaje sin sacudida alguna. Es preciso llevarle á casa del general.

Al oir las palabras del príncipe, Octavio ya en extremo conmovido por la sangrienta escena de que acababa de ser testigo, dejó traslucir una emoción mayor todavía.

—No sé,—dijo con visible embarazo—si mi tío que vive solo, y completamente retraído del mundo, recibirá bien nuestra visita:

El príncipe le miró con asombro no exento de indignación.

—No tengo el honor de conocer personalmente al general—dijo—pero en el poco tiempo que llevo en Paris he oído hablar de él en tales términos, que no vacilo en creer que seremos perfectamente recibidos y que en medio del

dolor de ver á su sobrino tan peligrosamente herido, celebrará volverle á ver y que se le confíe á sus cuidados.

—Permitidme que no sea de vuestro parecer, príncipe,—replicó Octavio, que se acordaba de la recomendación de Carmen.

—Es preciso tomar un partido—exclamó Desponilly con impaciencia.

—El mío está tomado—dijo el príncipe. Voy yo mismo á conducir al conde de Preb is á casa de su tío Si, contra todo lo que espero, el general pareciera contrariado de recibirle, le llevaré á mi casa.

A una señal el coche avanzó y los dos kalmucos, obedeciendo la mirada de su amo, levantaron con sus hercúleos brazos el cuerpo inanimado de Luciano y con las más minuciosas y delicadas precauciones le depositaron en los almohadones del fondo del carruaje.

El príncipe, y después de haber dado gracias con la más exquisita cortesía á sus testigos, subió á su vez se sentó solícitamente al lado del herido colocando la cabeza de éste en sus rodillas y dijo á Octavio:

—No subís vos, caballero?

No era posible retroceder.

Octavio puso á disposición de Desponilly y de los otros testigos su propio carruaje y tomó asiento en el del príncipe, que á una orden de éste comenzó á marchar lenta y suavemente.

Las diez daban, cuando la triste comitiva, después de haber doblado la esquina de la calle de Amsterdam, llegó ante el hotel de Moncharmont, en el momento en que la puerta se abría para dejar salir al carruaje del general.

Octavio, obligado á obrar á pesar suyo, echó vivamente pié á tierra, y puso al corriente al general en breves palabras de lo que ocurría.

Fuera desconfianza, fuera curiosidad de saber con más presteza la respuesta de M de Moncharmont, el príncipe se habia apeado también y permanecía detrás de Octavio, viéndolo y oyéndolo todo.

La primera frase del general fué un verdadero grito del corazón.

—¡Luciano herido! ¡Luciano moribundo!—exclamó.—¡Y le traes del Bosque de Bolonia! Mucho es el trayecto cuando se tiene una estocada en el pecho... Has hecho bien en traerle aqui, Bernardo, amigo mío,—añadió volviéndose al antiguo sargento que también se había apresurado á acercarse.—Más tarde haremos nuestra escursión á la prefectura. Ahora lo más urgente es prestar nuestro auxilio á Luciano. Avisa al primer médico que encuentres, mientras viene el mío, Octavio, hijo mío, lo que acabas de hacer por tu primo prueba tu buen corazón.

Bernardo depués de haber hecho retroceder los caballos del general que obstruían el paso, mandó avanzar el coche en que iba el herido.

Al volver los ojos, el primer objeto que vió fué una especie de pilluelo de unos quince años que trataba de empinarse sobre un poyo de piedra para ver lo que había en el interior del carruaje.

—¿Qué es lo que haces aquí?—dijo el antiguo sargento cogiéndolo por el calzón y poniéndolo en tierra.

—¿Y quién sois vos para interrogarme así?—exclamó el granujilla, que una vez en terreno firme se volvió indignado.

Pero apenas levantó los ojos hacia su adversario lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Calle!—exclamó.—Parece que os han soltado! ¡No ha sido mala suerte! Si hubiera sido yo, tenía para unos cuantos días. Buena habeis dejado la nariz á la pobre Giraía. Lo menos en una semana le va á costar trabajo sonarse.

—¿Cómo sabes todo eso?—preguntó Bernardo con asombro.

—¡Diablo! No he de saberlo si he sido uno de los testigos presenciales! ¿Y el hombre que perdisteis, ha sido habido?

El antiguo sargento, asaltado por una súbita idea, se

llevó al chicuelo al otro lado de la calle á una tienda de vino que había casi frente al hotel, diciéndole:

—Entra y que te sirvan una botella de vino del mejor de la cueva. Yo pago. Antes de cinco minutos estaré aquí.

El muchacho volvió la cabeza para asegurarse de si desde la tienda se podría ver la puerta del hotel, y como la posición le pareciera aceptable, entró.

Bernando volvió al trote al hotel.

El carruaje había penetrado en el zaguán, y el herido habia sido trasportado á una habitación del piso bajo.

El médico no había llegado aún.

—Bernardo,—dijo el general, que había reconocido á su fiel soldado,—yo no puedo ver á ese pobre muchacho y juzgar de su estado. Tú has recibido sobrados heridos para poder juzgar por tí mismo. Mirale.

Bernardo abrió con precaución los vestidos de Luciano, y viendo que la sangre coagulada cerraba la boca de la herida, la tanteó habi mente.

Un delgado hilo rosáceo apareció en los labios de la herida, pero la sangre no corría.

—¡Cien mil bombas!—exclamó el soldado—el pobre mozo se ahoga! Antes de diez minutos habrá muerto.

Y sin que se pudiera adivinar lo que iba á hacer, se inclinó sobre el pecho del jóven, apoyó su boca en la herida y aspiró con fuerza.

La sangre corrió entónces con abundancia, aliviando inmediatamente á Luciano.

—Ahora, mi general,—dijo sencillamente Bernardo—respondo de su vida hasta la llegada del médico, y, ó mucho me engaño ó creo que M. Luciano escapará de esta.

Después, acercándose al conde de Moncharmont le dijo al oido:

—Tal vez podamos dispensarnos de ir á contar el negocio de ayer al prefecto de policia. Tengo abajo un sujeto que quizás sepa lo bastante para ilustrarnos respecto á tal punto. Desearía que me concediérais licencia por un par de horas, el tiempo de hacerle confesar.

El príncipe Tolstoi, que hasta entónces había permanecido separado del grupo, siguió con interés con la vista al antiguo sargento y llamando aparte á Octavio, le dijo:

—Mi presencia aquí es irregular, no habiendo sido presentado al general

Octavio hizo un movimiento, pero el príncipe le detuvo.

—Lo prefiero así. Creo obedecer á un sentimiento de delicadeza dejándole ignorar la presencia en esta casa del que ha herido á su sobrino, á quien parece profesar sincero cariño Os agradeceré que no le informeis de ello ni ahora ni más tarde.

Y saludando con cortés frialdad á Octavio, miró con lástima al general inclinado á la sazón sobre el pecho de Luciano y volvió á su coche

Dejaremos al general Moncharmont y á Octavio á la cabecera del herido y seguiremos al príncipe, á quien los caballos arrastraban rapidamente hacia su casa.

En ella le esperaba una carta de Carmen concebida en estos términos:

«Debía estar enojada con vos.

»Confesaros locamente enamorado de otra mujer en mi presencia, es un desacato á mi orgullo.

»En amor es corriente la máxima: El que no está conmigo está contra mí.

»Pero soy buena en el fondo y respeto todo lo que es un verdadero sentimiento.

»Vuestra pasión por esa Margarita, á quien no conozco, es de lo más extraño que he visto en su género.

»Por eso, lejos de guardaros rencor, me siento inclinada á compadeceros y á ayudaros.

»Permitidme que os lo diga sin tratar de herir vuestro amor propio de extranjero No conoceis á los franceses, querido príncipe, y mucho menos á los parisienses.

»Teneis de vuestra parte todas las probabilidades ne

cesarias para triunfar, y si no lo conseguís, la culpa será exclusivamente vuestra.

»Lo poco que nos habeis dicho anoche lo prueba de una manera irrefutable.

»¿Queréis que trate de probároslo?

»¿Queréis que os señale la piedra que no habéis visto y que os ha hecho tropezar?

«Mirar hacia atrás cuando se quiere avanzar es perder el tiempo. Para llegar es preciso tender la mirada adelante.

»Estais decidido? Sería hacerle una injuria á vuestro amor dudarlo un instante.

»No vaciléis un solo minuto y venid, que yo pongo al servicio de vuestro amor mi ingenio de mujer, mi experiencia de actriz y mi vivo deseo de seros útil.

»Venid y os mostraré el camino, un camino seguro al fin del cual hallareis el amor y la posesión de Margarita.

»CARMEN.»

Después de haberse enterado de tan singular epístola, el príncipe reflexionó un gran rato.

Su delicadeza y su amor sostenían una lucha terrible.

El último le obligaba á aceptar de cualquier mano los medios de hacerse amar.

La primera le inducía á rechazar, como indigno de él y de su mismo amor, un auxilio procedente de una mujer de la especie de Carmen.

Pero, como lo había previsto sin duda la actriz, el amor pudo más y venció todos sus escrúpulos.

Decidido al fin, llamó á su ayuda de cámara, cambió de traje mientras se enganchaba otro carruaje y se dirigió á casa de Carmen.

Esta, demasiado conocedora del corazón humano, esperaba con seguridad la visita y sin perder sus resabios de actriz, se había puesto un traje apropiado á la situación.

Consistía en un sencillo vestido de seda negro de cuerpo liso y alto, adornado de algunos lazos de tafetán azul, que daba á su fisonomía una expresión seria y fría

que no recordaba para nada la expresión alegre y viva de la actriz.

Quería evidentemente inspirar á su visitante cierta confianza y para ello había dejado á un lado todo lo que pudiese revelar tal pretensión.

En una palabra, renunciando al papel de Melibec parecía haber adoptado algo del de Celestina.

Al escribir al príncipe, no sabía nada todavía del resultado de su duelo con Luciano, pero tenía sobrada confianza en su estrella y obraba dando por supuesto el triunfo del príncipe.

En cuanto á los medios que quería emplear para hacer desaparecer á Margarita de su camino, el príncipe mismo se los había sugerido y con él era con quien contaba.

Ahora vamos á ver su obra.

Lo primero que empezó por hacer fué no recibir al príncipe en su estancia, donde todo respiraba con voluptuosidad calculada; ni menos en su tocador, más voluptuoso aún.

Perezosamente reclinada en su silla colocada al lado de la chimenea de su extensa sala iluminada por cuatro ventanas, le dijo con cariñosa expresión apenas le vió entrar:

—No creía que viniérais. He debido daros bien triste idea de la fijeza de mis ideas; pero la grandeza de vuestra pasión me ha seducido y bajo el influjo de esa impresión os he escrito.

—¡Franqueza por franqueza! señora—respondió el príncipe.—Si esperábais que no viniera, siento en verdad haber venido Como vos, he obedecido á un primer impulso; pero ahora no me parece generoso ni leal abusar de la situación del conde de Prebois, gravemente herido por mi mano é incapaz de defenderse y defender á la mujer á quien ama.

Carmen no fué dueña de disimular en el primer momento su alegría.

Todo salía á pedir de boca. Luciano, gravemente herido, la dejaba el campo libre.

—¿Ha tenido, pues, lugar ese desgraciado duelo? —exclamó fingiendo espanto —M. de Moncharmont debe sentir mucho lo ocurrido á Luciano. ¿Cómo es que no le ha visto todavía?

El príncipe la dirigió una mirada profunda.

—¿De qué Moncharmont hablais? —preguntó.

—De Octavio ¿qué duda cabe? No conozco á otro Moncharmont.

—Si es así, os respondo de que M Octavio de Moncharmont no me ha parecido muy afectado por la mala suerte de su primo, y si no ha venido á veros es porque ha sido detenido á la cabecera del herido por su tío el general de Moncharmont.

Carmen dió un salto en su asiento.

—¡Su tio!—dijo—¡Octavio está en casa del general y Luciano ha sido llevado allí! Esa idea habrá sido de Octavio.

—Perdonadme, señora—replicó el príncipe sin separar su mirada escrutadora de la actriz—la idea ha sido mía. Por mi iniciativa y por mi expresa voluntad y á pesar de la visible repugnancia de M Octavio de Moncharmont, el herido, cuyo grave estado no permitía recorrer un trayecto más largo, ha sido conducido á casa de su tio el general.

—¡Ah! perfectamente hecho—dijo Carmen completamente repuesta —Habeis tenido un gran pensamiento. Luciano estará mejor cuidado en casa del general que en la suya. Por lo demás es de esperar que su herida no sea peligrosa.

El principe se inclinó.

—Lo espero así y lo deseo de todo corazón—dijo.

Hubo una breve pausa al cabo de la cual se levantó como para despedirse.

Carmen, evidentemente turbada, no sabía cómo volver la conversación al punto de partida.

Apesar de todo su aplomo y de toda su astucia, se sentía dominada y anonadada moralmente.

Tuvo un momento la idea de retroceder en sus propósitos y de dejarle marchar. Pero revolviéndose enseguida contra lo que llamaba su debilidad, y contando para el porvenir con los recursos de su astucia que jamás le había faltado, levantó los ojos y le dijo:

—¿Es decir que estais decidido á rehusar mi ayuda?

—No decíais que sentíais haberla ofrecido?—repuso friamente el príncipe.

La figuranta tomó resueltamente su partido y quemó sus naves.

—Príncipe—dijo de pronto.—Queréis que renunciemos á jugar á los propósitos y que hablemos con seriedad?

—Con mil amores—contestó el ruso.—Os lo he dicho hace un momento: franqueza por franqueza. Con tal de que seais franca, lo seré yo á mi vez.

—¿Por qué creeis que no lo he sido hasta aquí?

El príncipe se contentó con sonreir y no replicó.

La actriz vió aquella sonrisa y comprendió su sentido.

—Hé aquí un ruso,—pensó—más duro de vencer que todos los franceses que conozco.

Y en voz alta añadió:

—Pues bien; para resumir. ¿Queréis estar antes de un mes en posesión de Margarita?

—¿Podéis hacer tal cosa?—preguntó el ruso extremeciéndose.

—Puedo, si vos queréis.

—¡Si, lo quiero!

—Entonces podeis darlo por hecho, con la sola condición de seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—Exponédmelas.

—La primera renunciar á vuestra marcha. La segunda no tratar de volver á ver á esa jóven hasta que yo os lo diga.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—No es mucho.

Y rasgando una hoja del libro de memorias de su cartera escribió en ella algunas líneas y las firmó

—Me habeis tachado—dijo—con sobrada justicia de no conocer á los franceses y sobre todo á los parisienses. Voy á probaros que no ignoro cuales son las exigencias de una vida como lo vuestra, y que no se me oculta que no es únicamente por el placer de servirme por lo que me habeis ofrecido vuestra ayuda. Aquí teneis un bono de cien mil francos que os será pagado á su presentación en casa de Rothschild. Que rehuseis ó no, ese dinero os pertenecerá como remuneración de vuestro interés y de vuestro cuidado. Si conseguis lo ofrecido, cuadruplicaré esa suma.

Carmen cogió el billete al vuelo con una sonrisa que aquella vez no tenía nada de fingida.

—¡Oh, principe! Vuestra generosidad es verdaderamente regia.

Pero toda la espansión de su alegría se detuvo y su sonrisa se borró ante la mirada dura y casi amenazadora del ruso.

—Yo recompenso con largueza, pero castigo con mano dura. Tengo la fuerza y el poder. Escuchadme bien. La joven á quien amo es pura como la Virgen de las Rusias, la madre de todos nuestros dolores y de todas nuestras alegrías. No es una querida lo que quiero en ella; es una esposa. Ignoro, y no quiero saber, los medios con que contais para lograr vuestro objeto, pero acordaos de que ninguno de ellos debe ateutar á su pureza ni á su honor, y que toda violencia, sea de la especie que quiera, debe ser desechada. No es su posesión lo que anhelo principalmente, es su amor, ó por lo menos su afecto. El día en que, gracias á vos, me diga con entera libertad, esta es mi mano, sereis para mí mi mejor amiga. Pero si por vuestra culpa sus ojos se llenan de lágrimas, si turturais en lo más mínimo su alma ó su cuerpo, sus tormentos serán una sombra sólo de los reservados para vos y vuestros ojos no se secarán de tanto llanto.

—¡Me dais miedo!—exclamó Carmen riendo.—Pero, en verdad, príncipe, no sé cómo podréis disponer de semejantes torturas. El tormento está abulido en Francia.

—En Francia, sí; pero yo os llevaría á Rusia—contestó seriamente el príncipe.

—¿A Rusia, á pesar mío?

—Es probable; porque creo que os costaría trabajo seguirme sabiendo lo que os tendría reservado.

El príncipe prosiguió:

—¿Lo que acabo de deciros no os detiene? ¿Persistís aún?

—Más que nunca. Jamás he estado en Rusia y esa pudiera ser una ocasión de ver esos paises.

—No lo desees—dijo el ruso impasible.

—¡Bah! las mujeres como yo no temen nada. Los hombres no son lo bastante galantes para evitarnos algunos pesares.

El príncipe dejó vagar de nuevo en sus labios una sonrisa silenciosa, después inclinándose ligeramente dijo:

—Esperaré noticias vuestras hasta dentro de un mes

—Las tendreis antes de un mes. No me dejeis, sin embargo antes de decirme dónde podré ver á esa Margarita.

—La vereis todos los dias en su almacen de costura de la calle de Rívoli, casi esquina á la de San Antonio. Allí está encargada de la venta de encajes.

—Es todo cuanto necesito saber. Adiós, señora.

—Adiós, príncipe.

El príncipe salió.

Cuando Carmen se vió libre del peso de su mirada, se entregó á los más locos transportes de alegría, motivada no solo por el éxito que se prometía del negocio, sino por aquellos cien mil francos que aceptaba como anticipo de mayores ganancias.

Las amenazas frías y sérias del ruso no habían hecho impresión alguna en ella.

Tal vez había ido demasiado lejos. Si se hubiera limitado á ofrecerle unos cuantos latigazos hubiera contado

con ellos, pero la idea de llevarla á Rusia á su pesar le parecía una extravagancia irrealizable y que le hacía reir.

Cuando su alegría se calmó un tanto pensó en sus negocios, y tomando rápidamente su abrigo y su sombrero, se disponía á salir cuando su doncella le entregó una carta de Octavio, previniéndole que detenido en casa de su tio no podía ir á verla hasta las tres.

—¡Tengo tiempo de todo!—pensó.

Y saliendo á pié, subió en el primer coche de punto que encontró para hacerse llevar á la calle de Dronot, á casa del Bârón de Marán.

IX

El moscardón

Cuando nuestro antiguo conocido, el simpático pilluelo, se vió casi despejado de la borrachera de champagne que la blanca mano de Carmen le había propinado, se encontró, no sin cierto asombro, en el boulevard de Saint Martin, avanzando con su paso todavía no muy seguro en dirección á sus lares, esto es, hácia la Bastilla y sus cercanías.

Ya se vé que retrocedemos á los comedios de la noche anterior, á los sucesos últimamente narrados, y en el momento en que la cena presidida por la actriz estaba en todo su explendor.

La embriaguez producida por el champagne es rápida; pero se disipa también con facilidad.

El movimiento de la marcha y el frío de la noche acabaron por hacer desaparecer las últimas huellas en el cerebro del muchacho, que se detuvo de repente.

A medida que sus ideas se aclaraban, veía claro algo de lo que habían hecho con él; pero no comprendía ni podía comprender qué objeto tenía aquella comedia tan hábilmente representada para hacerle beber.

Lo que le preocupaba, sobre todo, es lo que recordaba haber dicho respecto á Margarita y á su vecino Luciano.

Evidentemente, se había querido hacer que hablase y para ello era para lo que con tanta profusión le habían dado aquel vino que cosquilleaba el paladar y excitaba los sentidos.

¿Pero qué interés podrían tener aquellas gentes que frecuentaban la Maisón d'Or en averiguar detalles de la vida de Margarita y de Luciano, una obrera y un pintor de la calle de Charentón?

¿Quiénes eran aquellas gentes?

El chicuelo plantado en medio del boulevard como la estátua de un dios termino, con las manos en los bolsillos y su mechón de cabellos rebeldes siempre sobre los ojos reflexionó profundamente:

—¡Mil cuernos! —dijo con cólera —¿Se ha burlado de mí como de una mandria! La cosa es dura de digerir; pero hay que tragarla Esos bribones han sabido sacarme las palabras del cuerpo, y yo, necio de mí, no he sospechado nada. Para algo me habían mandado seguir á Luciano ¿Qué es lo que pretenden? Nada bueno, de seguro Cuando esta clase de gentes se ocupa de una muchacha honrada como Margarita, no es para hacer su felicidad seguramente. Es preciso que sepa á qué atenerme de aquí en adelante.

La noche era negra y nada anunciaba todavía el día. Era difícil adivinar la hora.

El chiquillo atravesó el boulevard é irguiéndose cuanto pudo, trató de distinguir las agujas del reloj del cuadrante del Negro.

Cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, el de la escuela de Artes dió las cuatro.

—Bueno—se dijo el Moscardón tomando carrera hacia la calle Laffite—las gentes de buena sociedad no se recojen temprano. Si tuviera la suerte de encontrarlos todavía en la Maisón d'Or, mi negocio sería seguro. Los espero á la salida, los sigo sin que me vean hasta su domicilo y una

vez que tenga las señas de ese elegante de nariz de lechuza ó de esa dama que me ha hecho beber, ya me encargaré yo de lo demás. Mañana por la mañana iré á dar una vuelta por la portería y sabré cuanto me hace falta. Los porteros me conocen y saben que no pueden conmigo.

El chiquillo invirtió apenas veinte minutos en llegar á la Maisón d'Or; pero llegó tarde.

Ni una sola ventana estaba iluminada.

Los pájaros han dejado el nido -dijo con desaliento.— ¿Donde hallarlos ahora?

Y volviendo pensativo tomó la larga fila de los boulevares.

El pensamiento de un complot que pudiera tramarse contra Margarita no le abandonaba.

Por fin, después de sérias reflexiones sobre este punto, tomó sin duda su partido, puesto que sin vacilar y sin detenerse más, precipitó el paso y ganó su domicilio, la covacha que le servía de casa en la calle de Charentón.

Llegado allí se arrojó sobre unas pieles de conejo que su amor al «confort» le había hecho reunir a lí y durmió dos horas.

Cuando sonaron las siete se despertó y se fué á colocar de centinela en la gran puerta cochera que servia de ingreso á la casa del tallista Bernier.

A las siete y media, según costumbre. apareció Margarita:

—Buenos dias, señorita Margarita –le dijo el pilluelo cuando hubo llegado cerca de él.

—¡Buenos dias! –contestó la muchacha sonriente.

—¿Vais ya á la tienda?

—Que hemos de hacer!

—¿Os molestará que os acompañe?

—De ningún modo. Por el contrario, me agrada la compañía.

El Moscardón, que no pedía más por el momento, se puso incontinenti en marcha al lado de Margarita.

Esta fué la primera que rompió el silencio.

—Hace tiempo que tengo ganas de haceros una pregunta. ¿Por qué se os conoce con ese nombre de «el Moscardón»? Me cuesta trabajo llamaros así. ¿No teneis otro?

—Es un mote que me han puesto mis camaradas para llenar el vacío que dejaba el que yo no tuviera nombre alguno.

—Y ¿como es eso?

—¡Diablo! Es lo más natural del mundo. El que no sabe de dónde viene, no es fácil que nadie se haya tomado la molestia de designarle. Lo principal era que se me distinguiera de algún modo y el llamarme Moscardón vale tanto como cualquier otra cosa.

Margarita miró al muchado con tristeza.

Dos lágrimas asomaron á sus párpados.

—Es verdad,—dijo—como yo sois un hijo perdido.

—¡Oh! como vos no,—replicó el pilluelo con calor.—Vos teneis un padre y una madre que os han perdido por su desgracia, mientras á mi no me llora perdido nadie. He venido al mundo como me veis. Habia en la calle de Santa Margarita un pobre viejo á quien llamaban el padre Paris, que se dedicaba á buscar trapos y papeles viejos en la basura del arroyo. Cuando yo no era más alto qua el codo me llevaba con él y le ayudaba. Después el pobre viejo murió en el hospital hace cuatro ó cinco años. Entonces tenia yo diez y podia manejarme por mi cuenta. El oficio no me iba bien y aqui me teneis desde entonces desempeñando el delicado papel de comisionista y lacayo accidental de todo el que va en coche.

—¡Pobre muchacho!—dijo la joven enternecida.

—Los hay más desgraciados que yo—dijo el chicuelo con su filosofía natural.

Margarita suspiró y alzó al cielo sus ojos húmedos todavia por las lágrimas.

—Los hay que se creen á veces más desgraciados que vos, y sin embargo, si comparan su suerte con la vuestra deberían dar gracias á Dios

—¿Lo decís eso por vos, señorita Margarita?

—Sí, amigo mío. En no pocas ocasiones, al verme sola en el mundo, al pensar que no he de ver nunca á mis padres, me encuentro más desdichada que todos los que me rodean; y sin embargo, he encontrado en mí camino corazones honrados y buenos que me han tendido la mano y que me consideran como su verdadera hija Yo no tengo en mi torno más que gentes rectas y bondadosas que me dan buenos consejos y excelentes ejemplos, mientras que vos, y otros como vos solo se ven cercados por el mal.

—Eso es una verdad como un templo —afirmó el granujilla.

Margarita reflexionó un instante.

—¿Quién os ha dicho que existe un Dios que premia al bueno y castiga al malo?—preguntó al cabo de él.

—¡Nadie! —respondió el chiquillo.

—¿Habeis entrado alguna vez en la iglesia?

—Sí; por ver lo que hacían dentro; pero no me divierto. Cuando me veo en esas casas tan grandes me encuentro mal. No sé que me pasa que en todo el día tengo ya ganas de reir.

—¡Pobre niño! —murmuró Margarita mirando con interés la fisonomía inteligente del chiquillo.

Cuando decía esto estaba á pocos pasos del almacen en que trabajaba la joven.

El Moscardón se detuvo.

—Señorita Margarita —dijo con embarazo extraño en personaje tan franco y audaz. Teneis una manera de hablar que me hace un efecto que no comprendo. Siento placer al escucharos y al mismo tiempo me echaría á llorar. Es igual; á pesar de ello, os estaria oyendo un día entero sin pestañear. ¿Sabeis lo que deberíais hacer, vos que sois tan buena? dejarme que os acompañara todas las mañanas y todas las tardes. ¿Lo consentís, señorita?

—Con mucho gusto —contestó alegremente Margarita. —A mí es á la que prestais un verdadero servicio, sobre todo de noche, porque á decir verdad, á ciertas horas no me gusta verme sola en la calle.

—¡Qué suerte! ¿Es decir que la cosa nos complace á los dos? Entonces, hasta la noche, señorita Margarita. ¿Decid, durante el día no salís nunca?

—Nunca. Es decir, hoy, por extraordinario, tengo que ir muy lejos de aquí, á la calle de Amsterdan. Un general, el conde de Moncharmont, que está amueblando su hotel, ha pedido que se le envíe todo lo necesario para alhajar las habitaciones de una joven y la designada para llevar los encajes y las telas he sido yo.

—La suerte nos favorece. Casualmente tengo una comisión para esa casa Iremos juntos y desempeñaré mi cometido aguardándoos.

—Es que probablemente me detendré allí.

—Es igual, tengo tiempo.

Margarita entró en el almacén y el Moscardón, después de comprar dos sueldos de pan y una salchicha, se colocó para hacer cómodamente su almuerzo delante de la vidriera tras de la cual Margarita se ocupaba en areglar algunas cajas de puntillas

A las nueve Margarita salió del almacén y el Moscardón corrió á su lado.

Media hora después llegaban al hotel de Moncharmont.

—Tal vez tenga que detenerme bastante—dijo Margarita.

—No os impacientes señorita, no tengo prisa ninguna—contestó el granujilla.

Y sentándose en uno de los guardacantones que protejían la puerta, se puso á ver desfilar tranquilamente á los transuentes.

Cuando daban las diez, un carruaje que desembocaba del boulevard por la parte de la calle llamó su atención por el contraste que había entre el vigor de los caballos y el paso lento con que caminaban.

—¡Diablo!—pensó el Moscardón—parece que no tienen prisa.

El coche se detuvo justamente delante de la puerta del hotel y uno de los lacayos abrió la portezuela, dando pa-

so á un jóven que al atravesar de un salto la acera pasó como un rayo por delante del chicuelo, siempre sentado en el guarda-cantón.

Otro joven bajó al mismo tiempo y siguió idéntico camino.

Pero el Moscardón ya no se fijó en éste.

El primero había llamado de tal modo su atención que ya no se preocupaba de nada.

—¡Mil cuernos! -se dijo en el colmo de la estupefacción y de alegría—Es mi lechugnino de anoche.

Con efecto, había reconocido á Octavio do Moncharmont.

Octavio y el príncipe ruso habían penetrado, como sabemos ya, en el hotel, para prevenir al general de la llegada y del estado de su sobrino.

Una vez seguro de que nadie podía entrar ni salir en el hotel sin que él lo viera, el Moscardón se volvió del lado del coche, y subiéndose en la piedra que hasta allí le había servido de asiento, trató de informarse de lo que había en el interior.

Desgraciadamente el antiguo sargento no le dió tiempo á ello y tuvo lugar la escena de descendimiento de que tenemos ya noticia.

—Algo teneis que preguntarme—pensó al recibir la invitación de esperar al viejo en la tienda de vinos—y quieres hacerme hablar. Pero allá veremos quién es el que muerde antes el queso.

Y entrando en el establecimiento, atravesó la tienda y se hizo servir. Solo que en lugar de la botella á que le había convidado Bernardo pidió un refresco de grosella, instalándose para tomarlo en la mesa más próxima á la vidriera y desde la cual veía perfectamente el portal del hotel.

Bernardo, tanto era su deseo de hacer hablar al muchacho, que no se hizo esperar largo tiempo

—Qué bebida es esa, recluta?—preguntó mirando al va-

so del refresco.—Mozo, tráete una botella de Pomard y dos vasos.

—No me opongo—dijo el Moscardón—pero siento que tengais que bebérosla entera. No es mi culpa el estar condenado á no beber más que estos jarabes. El médico me tiene prohibido otra clase de líquidos.

—Traéla, sin embargo—dijo Bernardo al mozo.

Una vez servida la botella, Bernardo la descorchó, llenó los dos vasos y puso uno delante del muchacho.

—Bebe eso—le dijo—no es más que para que brindemos.

El tono habitual del antiguo soldado era brusco y la disposición de ánimo en que le había puesto la aventura de la víspera, no era el más propio para que le dulcificara.

El pilluelo, se sintió amedrentado.

—Enseguida, señor,—murmuró cogiendo el vaso.—El vino me es nocivo; pero si esto os dá placer y no es más que por brindar, beberé.

—En buena hora—dijo Bernardo chocando los vasos y humedeciendo los bigotes en el líquido.—Ahora charlemos.

—¿Qué teneis que decirme?—preguntó el Moscardón con una expresión de desconfianza bastante marcada para que pasara inadvertida para Bernardo.

—No tengas miedo, joven, no es mi ánimo comerte,—dijo el soldado engañado por la estratagema.—Vamos á hablar amistosamente un cuarto de hora y si me respondes bien no te pesará del encuentro. ¿Te gusta el dinero?

—¡A quién no le gusta!—respondió el chicuelo con la mayor ingenuidad.—Pero hay otra cosa que me gusta más que el dinero.

—¿Qué?

—¡Oh! Me habeis parecido un hombre honrado y en cuanto os he visto se me ha ocurrido pediros una cosa que tengo deseo de lograr desde hace mucho tiempo. ¿Os gustan los caballos á vos también?

—¿Si me gustan los caballos?—respondió Bernardo asombrado.—¿Y qué puede importarte que me gusten ó no?

—Es que yo tengo una manía metida dentro de la cabeza. Un sueño que no puedo realizar.

—¿Y que sueño es ese?

—Eso es precisamente lo que no sé como deciros Decidme lo que quereis de mí y si quedais contento, os pediré en seguida ese favor.

—No; habla tú primero—dijo Bernardo juzgando hábil captarse la benevolencia de aquel granujilla dándole una prueba de condescendencia.

—Pues bien, mi sueño es ser mozo de caballeriza. Lo que haya que hacer no me importa. Para mí lo principal es estar siempre entre los caballos—exclamó el Moscardón con entusiasmo.

—Eso no es tan difícil como llegar á general—respondió Bernardo friamente.—¿Pero qué es lo que quieres que haga yo para realizar tus pensamientos?

—¡Ah, si vos quisiérais! Vos debeis conocer muchas gentes que tengan caballos, puesto que vivís en este soberbio palacio en que acaba de entrar un magnífico carruaje. ¡Hermosos animales! Por verlos me había subido al guardacantón de que me habeis bajado. ¡Cuánto daría por poder acariciar unos caballos como esos!

—Efectivamente, el tronco del príncipe está bien cuidado—dijo el exsargento con convicción.

—¿Son de un príncipe?

—De un príncipe ruso; del príncipe Tolstoi

—¿Es el que ha salido primero del coche?

—No; es el segundo—respondió Bernando sin sospechar el lazo que se le tendía.—El primero es el sobrino del general M. Octavio de Moncharmont.

—Tiene caballos también ese?

—Y tan hermosos como los del príncipe.

—¡Oh! puesto que conoceis á ese señor que no es príncipe, os sería fácil hacerme entrar en su servicio.

Los ojos del chiquillo brillaban de deseo.

Bernardo hubiera jurado por lo más sagrado que tenía delante al más entusiasta *amateur* y como toda pasión violentamente expresada tiene el privilegio de imponerse al vulgo, sintió por el muchacho un verdadero enternecimiento.

Así es que con mucha seriedad y con verdadero sentimiento respondió:

—Por el pronto, joven, no conozco al príncipe ruso que es de otra especie que el hijo de mi padre, y aunque le conociera hubiéramos adelantado poco, porque todos sus servidores son rusos.

—Entónces, hacedme entrar al servicio del otro, puesto que tiene caballos tan hermosos como los del príncipe—insistió el Moscardón.

—¿Que otro? ¿M. Octavio? Es menos fácil. Aunque Octavio sea sobrino de mi general, mejor querría que me pusieran delante de un obus que pedirle un favor cualquiera.

—¿Y si yo se lo pidiera?—preguntó el chicuelo después de reflexionar unos momentos.

—Pídele si quieres. Nada pierdes con ello.

—Seguramente ¿Dónde vive ese señor?

—Calle de Lepelletier, número 21.

—¿Creeis que pueda tener alguna probabilidad?

—No te puedo decir que sí ni que no. Es posible; porque cambia de criados como de ropa.

—¡Gracias!

—No hay de qué. Hubiera querido hacer algo más por tí, pero no pasa de ahí mi valimiento.

—Es bastante Creed que solo desearía tener ocasión de serviros á mi vez. ¿Qué deseais saber de mí?

—Poca cosa. Vas á saberlo. Me han dicho que presenciaste la aventura de que fuí ayer actor y víctima en la plaza de la Bastilla con una bribona que echaba la buena ventura á los transeuntes.

—Es cierto. Y la prueba es que ayudé á la Girafa á sa-

car la cabeza del cajón á que la arrojasteis, después de lo cual fuí á avisar á los guardias, sin cuya intervención Doble-Seis os hubiera molido los huesos.

—¿Tú fuiste el que avisó á los guardias?—dijo el antiguo soldado á quien tal recuerdo hizo lanzar una mirada oblícua sobre el chicuelo.

Pero éste, envalentonado de repente, no pareció asustarse lo más mínimo.

—Para evitaros que lo pasarais mal—contestó—Debeis tener buenos puños, pero Doble Seis, que es un Alcides, es capaz de comerse á cuatro como vos.

—¿Es decir que conoces á esas gentes?

—¿Que si conozco á Doble-Seis y á la Girafa? ¡Vaya si los conozco!

—Y ¿sabes cuál fué la causa de mi disputa con ellos?

—No sé más que lo que os oí decir, Que un hombre á quien la Girafa había querido decir la buenaventura se había evaporado y que no hallándole queríais que os lo encontraran á toda costa.

—Lo cual era una tontería. ¿No es esto?

—No me hubiera atrevido á decir tanto. Pero ¿cómo quereis que la Girafa se encargara de atrapar á todos los papanatas á quien engaña?

El exsargento se pasó la mano por la frente.

—Sí, sí. Tenía la cabeza trastornada. Pero puesto que estabas allí ¿no has visto al hombre que me dejó por entrar en aquella maldita barraca? Tú que conoces el barrio ¿no podrías ayudarme á encontrarle aunque fuera preguntando á esa mujer ó al hombre que la defendía?

—¡Oh! ¡gracias, gracias!—exclamó el Moscardón.—¡Preguntar á Doble-Seis y á su Girafa! ¡Ahí es nada! Sería el camino más corto para hacerme machacar los sesos. Doble Seis es bueno como el pan, pero os aplastaría el cráneo si se os ocurriera meter las narices en sus asuntos. Es su genio; por lo demás, no se puede tratarle sin quererle. En cuanto al criado que le acompañaba puedo aseguraros que no le he visto.

El pilluelo decía la verdad.

No sabía de lo que había pasado la víspera en la plaza de la Bastilla, según las instrucciones que el barón de Marán había dado á Doble Seis, más que lo que Bernardo sabía.

Doble Seis, fiel á su consigna, había guardado escrupulosamente el secreto.

—¿Se puede ver á ese individuo que llaman Doble-Seis y á esa mujer? Yo les interrogaré. ¿Dónde viven?

—No os lo aconsejo—respondió el Moscardón, que temeroso de haber hablado demasiado con respecto al Hércules de la Bastilla, retrocedía prudentemente.—Por el pronto, Doble-Seis no vive en ninguna parte, quiero decir que no tiene domicilio fijo; por lo cual, quererle encontrar, lo mismo á él que á la Girafa, no es empresa tan fácil como á primera vista parece. Tan pronto está en un sitio como en otro, y es fácil que diérais diez vueltas á Paris sin conseguir dar con ellos.

Bernardo miró al muchacho con atención, y aunque éste sostuvo su mirada con imperturbable tranquilidad, comprendió, mejor dicho, adivinó que mentía.

—Escucha, jóven,—le dijo; -se me ha metido en la cabeza que si quisieras podrías ayudarme en este asunto mejor que nadie. No se trata de mí, se trata de mi general, un pobre viejo inválido y ciego á quien prestarías un servicio que te pagaría con su sangre si fuere preciso. ¿Quieres dinero? Si lo quieres tendrás más que has tenido en tu vida. Si te gustan los caballos como dices, yo te aseguro que tendrás libertad para pasar entre los del general el resto de tus días.

El tono penetrante del antiguo soldado hizo mella en el Moscardón.

El pilluelo tenía el corazón tierno y sensible y poseía la cualidad, bastante frecuente en los hijos del pueblo, de apiadarse con facilidad.

Al escuchar á Bernardo sintió un movimiento de generosa piedad.

—Al asunto; mi oficio es ganar dinero, sea como sea—murmuró—Tanto me dá hacer esto como abrir portezuelas de coches Contadme eso en cuatro tiempos.

—¡Y once voces!—continuó Bernardo alegremente.—Eres un buen muchacho y no te pesará Hé aquí la cosa. Anoche llegué de Borgoña en el tren de las nueve y media con un aldeado...

—¿En el tren de las nueve y media?—respondió el Moscardón con interés.

—Al llegar á la estación, y como si la casualidad lo hubiera hecho, no encontramos carruaje alguno, por lo que tuvimos que salir de allí á pié.

El Moscardón se acordó de la parte que había tenido por encargo del barón de Marán en la desaparición de todos los coches y no pudo contener una carcajada.

—¿De qué te ries?—preguntó el soldado sorprendido.

—De nada. De una idea que me ha asaltado. Seguid—continuó recobrando su seriedad.

—Al llegar á la plaza de la Bastilla, la primera persona con quien tropezamos fué esa vieja seca y arrugada á quien has llamado la Girafa, que cogió á mi compañero por el brazo invitándole á pasar á la barraca para contarle no sé qué necedades El imbécil de mi aldeano, que era la primera vez que estaba en Paris, se empeñó en seguirla para oir su buenaventura y yo me quedé en la puerta de plantón.

—Sí, sí, me figuro lo demás,—dijo el pilluelo cada vez más interesado en la historia.

—Cansado de esperar y seguro de que nadie había salido, me decidí á entrar; pero con gran sorpresa ví que allí dentro no había nadie más que la vieja que arreglaba la comida y que á la primera pregunta me envió á paseo.

El Moscardón sabía ya lo bastante.

Lo demás era claro para él como el agua.

—El aldeano está en las garras de Doble-Seis—pensó.

Y fijando en el antiguo sargento sus ojillos vivos y pe-

netrantes, cuya expresión no creía ya util dominar, exclamó:

—¿Y es ese aldeano al que querías encontrar? Pues podeis decir que habeis tenido la primera de las fortunas, porque al encontrarme habeis topado con el solo indivíduo que en tode Paris pudiera dar con él.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Yo me entiendo y eso basta. No importa. Buscaré á ese hombre y le encontraré. Respondo de ello.

—¡Treinta mil bombas! Si haces eso serás el mejor de mis amigos.

—Calmaos un poco. Todavía no os he dicho que cuando dé con el agujero os lo mostraré.

Eso podrá depender de muchas cosas.

No digo que sí ni que no. Ya veremos.

—¡Por los cuernos de Satanás! -Exclamó Bernardo furioso. ¿Te burlas de mí? Sé más de lo que te parece y tengo medios de hacerte hablar á pesar tuyo. Desde ahora no me aparto de tí.

El Moscardón se encogió de hombros con indiferencia y con aire poco respetuoso.

—¡Famosa idea! —dijo.—Porque sois fuerte creeis que yo voy á encontraros á vuestro hombre cuando os dé la gana? Pues os engañáis. Si me apuráis la paciencia os dejo que os las compongais como querais y os garantizo que vos solo no encontrareis á vuestro hombre aunque pongais en juego á toda la policía de París, mientras que yo estoy seguro de hallarle antes de ocho dias No conozco vuestros asuntos, é ignoro el interés que podais tener en recuperar á ese aldeano, pero me importa poco. Sin saber por qué, me habeis parecido un hombre honrado y me agradaría seros útil; pero para ello es menester dejarme en libertad y que no os ocupeis para nada de mi Cuando tenga algo que comunicaros ¿dónde os encontraré?

El tono del granujilla tenía tal aplomo, que Bernardo, dominado por él, no aventuró ninguna nueva observación.

—En el hotel de Moncharmondt—contestó sencillamente.—Preguntas por Bernardo, y si yo no estuviera y la noticia que trajeras vale la pena, preguntas por el general y te hará llegar hasta él sin dilación alguna.

—Basta,—dijo el Moscardón que acababa de ver á Margarita en la puerta del hotel.—Ahora, señor Bernardo, tened por seguro que de aquí á ocho días tendréis noticias de vuestro hombre.

Y lanzándose á la puerta iba á salir, pero Bernardo le detuvo.

—¿Quiéres dineros?—le preguntó llevándose una mano al bolsillo.

—No,—respóndio el muchacho.—Aunque desgraciado, tengo mi honradez á mi modo. Si tomara dinero y no pudiera luego deciros nada, creeríais que os había robado. Cuando esteis completamente servido, entonces usaré de vuestra generosidad. A más ver.

Y franqueando de un salto la puerta corrió á las alcances de Margarita, diciendo para sí:

—Ahora veo claro en el asunto. Este es un golpe llevado á cabo por Doble-Seis y preparado por el baron de Marán. Cuando sepa quién es este último personaje, tendré la clave del enigma. Esta tarde mismo estaré sobre sus huellas.

X

El padre y la hija

Mientras que la conversación que dejamos transcrita tenía lugar en la sala del despacho de vinos, Margarita, estraña en casa de su padre, esperaba humildemente en una salita del hotel á que el general Moncharmont pudiera recibirla.

El criado que la había introducido allí se apresuró á invitarle á que se sentara; pero Margarita no habia osado aprovecharse del ofrecimiento y quedó de pié cerca de la puerta en el mismo sitio en que la dejara el criado.

Poco á poco, sin embargo, viéndose sola, se atrevió á levantar los ojos, y el lujo de que se vió rodeada la deslumbró.

Pero muy pronto toda su atención quedó presa en una pintura rodeada de un precioso marco y colocada en el centro del testero principal de la sala.

Aquella pintura, obra maestra de uno de nuestros grandes pintores contemporáneos, era el retrato de la condesa de Moncharmont, frisando algunos años antes de su muerte, cuando todavía orlaba su frente la triple aureola de la juventud, de la belleza y de la dicha.

Atraída invenciblemente por aquella pintura que parecia salirse del lienzo, Margarita, sin ver otra cosa ya, avanzó hácia ella y la contempló detenidamente.

La jóven, sin saberlo, tenia delante de sus ojos el retrato de su madre, muerta de dolor por su pérdida.

En aquel momento un carruaje se detenia delante de la verja que cercaba el palacio

Era el coche del príncipe que conducía á Luciano herido.

Margarita vió á uno de los lacayos abrir la portezuela para dar paso á un jóven á quien no conocía y que se lanzó precipitadamente hácia el hotel.

Después vió salir á otro hombre y entónces sus mejillas se cubrieron de carmin.

El personaje que acababa de ver era el príncipe Tolstoi.

Por las propias palabras del príncipe sabemos qué clase de rubor era el que teñía el rostro de la joven.

El mismo nos ha dicho de qué modo la pudorosa joven había rechazado sus brillantes ofertas.

Muchos días hacía que Margarita no había visto al príncipe que parecía haber renunciado á sus visitas á la tienda, en la cual por el solo placer de ver algunos instantes á la joven, hacía compras considerables, de las cuales no tenía evidentemente necesidad alguna.

Su presencia no tenía para ella nada de temible ni humillante, puesto que siempre le hablaba con la más delicada cortesía; pero al verle entrar súbitamente en aquella casa extraña en que ella no conocía á nadie, un movimiento de espanto le hizo retirarse de la ventana.

Entonces, asustada del tiempo transcurrido, supuso que el general Moucharmont había olvidado su presencia y llamando á un criado que atravesaba el patio le rogó preguntase al general si quería verla ó si prefería que volviese otro día.

El viejo general había olvidado con efecto á la joven.

De pié junto al lecho en que se había depositado á

Luciano, en una pieza contigua á la en que estaba Margarita escuchaba con avidez las frases que se cruzaban entre los dos médicos llamados á toda prisa y que procedían á la cura y vendaje de la herida.

En aquel momento las injustas prevenciones que Octavio, inspirado por Carmen, le había imbuido, desaparecían por completo.

El que se le había querido presentar como ambicioso heredero de su fortuna, no era para él más que su sobrino amoroso y tierno, enaltecido á sus ojos por el sentimiento de dignidad que le había llevado á arrostrar la suerte de un lance de honor.

Con el corazón palpitante recogió las breves frases cruzadas entre los dos cirujanos.

—La herida es grave

—Gravísima.

Sin embargo, gracias á los inteligentes cuidados de la ciencia, Luciano se había reanimado un tanto y había entreabierto los ojos.

A consecuencia de su extrema debilidad, su mirada atónita, al girar en torno de aquellas paredes, no reconoció nada de cuanto le era familiar.

—¿Dónde estoy? ¿A dónde me han traido?—murmuró.

Al oir la voz de su sobrino, el general se acercó al lecho, y buscando la mano del herido, que estrechó con efusión, contestó:

—A mi casa, hijo mío.

—¡A vuestra casa, tío—dijo el herido, á cuyo pálido rostro asomó una fugitiva expresión de contrariedad.

El general no vió aquel gesto, pero lo adivinó.

—A mi casa, sí—se apresuró á contestar.—La casa de un tío es como la de un padre, que pertenece á sus hijos. Ahora no debes hablar ni pensar. Deja que los que te aman te cuiden.

Para un corazón como el de Luciano, que estaba más apenado que herido por la inmerecida frialdad que mos-

traba hácia él el general desde hacía algún tiempo, semejantes palabras debían ser un bálsamo consolador.

Alzó, pues, los ojos á su tío en una mirada de reconocimiento, trató de sonreir, y oprimiendo dulcemente la mano que estrechaba la suya, bajó los párpados.

El médico intervino insistiendo sobre la absoluta necesidad de una calma completa y rogó al general que le dejase solo ó que al menos se retirase á un ángulo del aposento desde el cual no pudiera verle ni oirle el herido.

El general, obedeciendo aquella orden, llamó á Octavio y se hizo conducir al hueco de una ventana ante la cual se sentó.

—Ahora—dijo al joven con triste severidad—espero que digas los motivos que han provocado ese duelo cuyas resultas han sido tan desgraciadas Tú has sido uno de los testigos de Luciano, y seguro estoy de que habrás hecho todo lo posible para evitar el sangriento desenlace que ha tenido. ¿Cómo es posible que fuese precisa una catrástofe para zanjar una cuestión habida entre dos jóvenes?

Si el general hubiera podido ver la fisonomía de Octavio, de seguro que se hubiera asombrado al ver su alteración.

El joven no era un malvado, pero había nacido débil, sin energía, falto de carácter propio y se había trocado en débil juguete entre las sonrosadas uñas de Malag.

No sin violentos remordimientos cedía á los impulsos que imprimía en él aquella mujer fatal y bastaba una voz que despertara su conciencia adormecida para que sus buenos sentimientos le acusaran de lo que más que depravación era debilidad.

El duelo entre el príncipe de Tolstoi y Luciano le había conmovido profundamente y la persistencia del ruso en querer llevar al herido á casa de su tio le había llegado á horrorizar.

Por un instante había querido pedir cuenta al ruso de sus maneras un poco insólitas y vengar así á Luciano.

Pero la energía le había faltado y había vuelto á su primitiva inercia.

—Tío mío,—respondió vacilando á cada palabra—los motivos de ese duelo solo son conocidos del príncipe y de Luciano. El duelo había sido ya concertado y la misión de los testigos se limitaba á arreglar las condiciones. Escogimos la espada como menos mortífera. Es todo cuanto nos fué dado hacer. En cuanto á las causas, todo lo que hemos podido suponer por algunas frases cruzadas entre ellos, es que existe una rivalidad profunda que los separa.

—¿Por una mujer sin duda?—preguntó el general.

—Si, tío, por una mujer.—balbuceó Octavio.

—Alguna de esas miserables tan en boga hoy, que no contentas con arruinarlos, exponen á los hombres á que se degüellen entre sí. ¿No es esto?

La situación de Octavio era un verdadero suplicio de que no sabía por dónde escapar.

La mujer acerca de la cual se expresaba con tanta dureza era su propia hija, aquella niña querida en quien se concentraban todos sus afectos desde hace quince años.

Octavio lo sabía; pero ¿podía confesarlo?

¿Confesándolo, de qué manera se justificaría de haber esperado tanto tiempo para proporcionar al pobre anciano aquella alegría?

Y después ¡qué resultados tan desastrosos para él tendría aquella confesión!

Margarita encontrada, declarada única heredera del general Moncharmont, consumaba irrevocablemente su ruina.

¿Cómo se presentaría después ante los ojos de Carmen?

Sin embargo, por una especie de transacción ante su necesidad y su conciencia, no pudo menos de defender á Margarita.

—No, tío—respondió—la mujer amada por Luciano, no es de la especie que suponeis, y es digna del amor y de la estimación del más delicado de los hombres. Es una joven

obrera que vive de su trabajo, pero lo bastante pura y honrada para rechazar el nombre y el título de princesa de Tolstoi, que el adversario de Luciano ha puesto á sus pies.

—¡Una pobre obrera ha rechazado la mano del príncipe de Tolstoi! —exclamó el general en incrédula sorpresa. Esa chiquilla será loca entonces.

—De ningún modo, tío; pero ama á Luciano á quien crée un pobre artista Prefiere sencillamente vivir en la pobreza con él, á ser princesa y veinte veces millonaria con otro.

—¡Ah! —exclamó el general con energía—Eso es lo que se llama un gran corazón. Merece ser dichosa y lo será, si nuestro pobre Luciano escapa de su herida —añadió con tristeza.

En aquel momento el criado encargado del mensaje de Margarita, cansado de esperar, vino á recordar al general que una joven que le esperaba preguntaba si podría recibirla ó prefería que volviese otro día.

—Me había olvidado —dijo el general con cierta contrariedad. —Ven, Octavio. Se trata de escoger algunos encages y efectos de tocador de las habitaciones de mi hija. Tu parecer nos será más útil. Tu debes ser hombre de gusto.

—Dispensadme, señorita —dijo el general entrando y con esa cortesía propia de las gentes bien educadas. Una desgracia acaecida á una persona á quien estimo mucho me ha distraído largo tiempo. Solo siento que no me hayais recordado antes vuestra presencia aquí.

—Mi deber era esperar, señor conde —respondió modestamente la jóven.

—Y el mio era molestaros lo menos posible. ¿Supongo que sabreis poco más ó menos lo que deseo? Mi hija, alejada de mí hace mucho tiempo, vá á volver quizá dentro de brevísimos dias y quiero que el menor de sus caprichos se vea satisfecho apenas formulado. ¿Me comprendéis, no es asi?

Margarita, que hasta entonces había permanecido con los ojos bajos, los levantó y miró con respetuosa atención la venerable cabeza del anciano.

—¿Me comprendeis, no es verdad, señorita?—replicó el general.

—Si señor conde—contestó la jóven.

—Entonces no me queda más que haceros visitar esta habitación de mi hija. Tomad nota de cuanto pueda faltar en ella y enviádmelo sin demora. Venid, hija mia, yo os guiaré. Es decir, dejaré que me guien, que es todo lo que puedo hacer—añadió con tristeza.

Y levantándose de su asiento tendió la mano hacia adelante.

—¡Octavio!—murmuró.

Pero el elegante, absorto en sus pensamientos, no le oyó y el general dió un paso á tientas.

Margarita se lanzó á él y le cogió con dulzura la mano.

—Si el señor conde quiere aceptar mi ayuda—dijo ruborosa por aquel primer impulso que no habia sido dueña de dominar.

—Gracias, hija mia,—contestó el general apoyándose en el brazo de la niña—sois buena y sin veros adivino que sois linda. La belleza del alma se refleja siempre en las facciones. Pero ¿dónde está mi sobrino? Me habrá dejado para irse á dormir? ¡Octavio!—volvió á gritar

—¡Aquí estoy, tio!—exclamó el joven—Perdonadme

Y quiso acercarse al general, pero éste le rechazó dulcemente.

—Tu puesto está ocupado, amigo mio—le dijo—Esta señorita, viendo mi apuro, me ha ofrecido cortesmente su brazo y yo le acepto. Indícanos no más el camino.

Apoyado de aquel modo en el brazo de su hija, que no era para él más que una extraña, fué como el general se dirigió al aposento que sin conocerla la destinaba.

Aquel aposento, verdadero nido de una jóven, se componía de una alcoba, un gabinetito y un cuarto tocador

que estaba amueblado con sencillez pero con el gusto más exquisito.

Margarita no pudo contener su admiración.

—¡Es encantador!—exclamó.

Al general le produjo aquel grito involuntario una alegría infantil.

—¿No es verdad que está bien alhajado?—dijo.—Todo el mundo me lo repite. Mi hija al ver esto no podrá menos de rejocijarse, y esa será mi mejor recompensa. Ahora, señorita, es preciso que veais lo que falta, para que el cuadro, que encontrais tan lindo, quede completo.

Puesto que os han enviado, de seguro es porque se confía con justicia en vuestro gusto. En vuestras manos le entrego. Lo que hagais queda aprobado por mí desde ahora.

—Trataré de cumplir vuestros deseos, señor conde—dijo la joven respetuosamente.—Permitidme que tome nota de lo que crea que se necesita aquí.

Y conduciendo al general hácia un sillón le hizo sentar mientras sacando de su bolsillo un libro de memorias y un lápiz recorría la habitación anotando todo cuanto creía conducente para llenar dignamente la delicada misión que se la había confiado.

Durante esta operación, que solo duró algunos minutos, se hubiera dicho que el general había recobrado por un momento el sentido de la vista.

Su cabeza seguía instintivamente todos los movimientos de Margarita, como si una corriente eléctrica le hubiese atraído en diversos sentidos.

La atención de Octavio, solicitada hasta entonces por diversos objetos, se había concentrado al fin en la joven.

—¡Diablo!—pensó después de haber hecho de Margarita un exámen de hombre conocedor,—la muchacha es una verdadera joya.

—He acabado, señor conde—dijo la joven cerrando su librillo de apuntaciones.

—Perfectamente—contestó el general.—¿Llevaréis ahora

al colmo vuestra amabilidad conduciéndome al lugar de donde hemos salido?

—Con mucho gusto, señor conde—respondió Margarita apresurándose á tomar el brazo del anciano.

—Gracias, señorita—murmuró el general con acento conmovido cuando hubo llegado á la habitación del piso bajo donde Margarita había esperado tan largo espacio.—Me habeis proporcionado una verdadera dicha, porque apoyándome en vos me parecía que recobraba el sostén de mi hija. No os diré que deseo volver á veros, porque no me ha sido dado contemplaros una vez siquiera; pero sí desearía que la casa en que trabajáis no me enviara más persona que vos. Adiós, querida niña. Octavio, amigo mío—añadió volviéndose á su sobrino—hacedme la merced de acompañar hasta la puerta á esta señorita.

Cuando Octavio, que había cumplido respetuosamente la orden de su tío, volvió al salón, encontró al general sumido en la más profunda meditación.

—Octavio—le dijo bruscamente—tú que has visto á esa niña ¿es tan linda como me la he figurado?

—Palabra de honor, al oir vuestros elogios se diría que la habias visto. No me recuerdo de haber visto en toda mi vida cabeza tan linda.

—¿La has oído hablar?—preguntó el general con fuego.—¡Qué voz tan pura! ¡Qué acento tan encantador!

—Os inflamais como un joven de veinte años, querido tío.

—Pienso en el padre de esa adorable criatura—replicó gravemente el general—y en las alegrías que experimentará cuando á la noche vaya á su casa y bese su frente. ¡Oh! la privación de semejante placer me mata. El día en que perdiera la esperanza de volver á ver á mi hija moriría.

Una llamarada de vergüenza y de remordimientos subió al rostro del elegante.

—Desechad las ideas tristes, tío—dijo al fin—¿Quién sabe? El día en que debais abrazar á mi prima está tal vez más próximo de lo que creeis.

El anciano le tendió la mano con efusión.

—Tienes un gran corazón, Octavio. Solo á mí y á mi pobre Bernardo os puedo abrir el mío. Si muero tú quedarás encargado de continuar mi obra y tú serás el que encuentre á mi hija y el que ponga en sus manos toda mi fortuna. Te conozco lo bastante para no exigirte uno de esos inútiles juramentos que no impiden á un bribón faltar á todas sus promesas. Sobrado sé que faltando yo obrarías como lo haría yo mismo.

—Sí, tío,—balbuceó el joven en el colmo del embarazo. Haré cuanto queráis. Pero os lo ruego desechad esas ideas. Vos sabeis, tío, que he compartido con vos el cuidado de buscar á esa niña, y que mientras Bernardo y vos hacías diligencias por una parte yo no me dormía ¿Por qué no ha de ser á mí á quién esté reservado el placer de devolveros vuestra hija?

Al oir estas palabras pronunciadas con acento de profunda convicción, el general se puso de pié y tendiendo á su sobrino las manos en actitud suplicante, exclamó:

—¡Octavio, por piedad! ¡Tú me ocultas algo!

El joven temió haberse aventurado demasiado y retrocedió algunos pasos.

—Os engañasteis, no sé nada ni nada puedo deciros—repuso con más frialdad.—Más tarde, si la suerte me favorece, os prometo, os juro no retardar un segundo la dicha de que os veis privado hace tanto tiempo. Hoy, como vos, no tengo más que esperanzas.

El desgraciado padre bajó la cabeza sin fuerzas para insistir.

Un cuarto de hora después Octavio, que se había asegurado de que el estado de Luciano lejos de agravarse presentaba por el contrario relativa mejoría, salió del hotel de Moncharmont irrevocablemente decidido á devolver al día siguiente, si era preciso, la hija perdida á su padre.

Nada le era más fácil, puesto que gracias á las indicaciones del Moscardón, sabía que la hija del general era la

joven recogida por el tallista Bernardo, la amada de Luciano y su vecina en la calle de Charentón.

Pero para un hombre de su carácter, entre el pensamiento y la acción hay un nudo que franquear y antes de obrar le era preciso someterse á los pensamientos y á las reflexiones de Carmen, la mujer que le dominaba.

Esta no estaba en su casa cuando Octavio llegó; pero como en el billete que le había mandado desde el hotel Moncharmont la advertía que no se vería libre hasta las tres, no extrañó su ausencia, y seguro de que estaría de vuelta á la hora indicada, se tendió en su sofá y se dispuso á esperarla.

Nosotros sabemos ya donde estaba Carmen en aquellos momentos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

Marangorin

Cármen entraba en casa del barón de Marán en la calle Dronot, á donde se había dirigido á toda prisa apenas terminada su entrevista con el príncipe Tolstoi.

Las circunstancias apremiaban.

La presencia de Luciano herido en casa del general era un peligro inminente.

Una palabra suya podría comprometerlo todo.

Era preciso, pues, apoderarse de Margarita y tenerla donde ni el general ni Luciano mismo pudiera descubrirla.

Esta desaparición de la joven se compaginaba perfectamente con el compromiso contraido con el príncipe. Para poder ejercer verdadera influencia sobre ella y hacer

que amara al de Tolstoi era indispensable tenerla á su discreción.

—Querido amigo,—dijo el barón, á quien encontró en su estancia—te prometí esta mañana ponerte al corriente de una historia que nos interesa y voy á cumplir mi palabra. Escúchame y verás. La hija del general Moncharmont se llama Margarita, mejor dicho, se le ha dado ese nombre á falta de otro mejor. Habita en la calle de Charentón en casa de unos obreros que la han recogido y trabaja diariamente en un almacén de ropa blanca de la calle de Rivoli.

El barón abrió desmesuradamente los ojos.

—¿La hija del general? ¿Su verdadera hija?—preguntó.

—La misma. Todas las señas lo revelan indubitablemente. Sobre esto no hay duda alguna.

—¿Y cómo has sabido todo eso?

—De boca del granujilla enviado esta noche por las gentes de la Bastilla. Le he hecho hablar á su manera y resulta que es vecino de la jóven.

—¿Sabes el número de la casa?

—No.

—Yo lo sabré por Doble Seis que debe estar enterado de dónde vive ese chicuelo.

Oyeme aún. Otro vecino tiene la joven que no puedes sospechar quién es.

—¿Quién?

—El conde de Prebois, Luciano, su primo, que sin sospechar quién es, se ha enamorado como un bobo de ella, haciéndose pasar por un pobre artista.

—¡Luciano!

—Para impedir que se vean y puedan hacerse alguna confidencia enojosa es para lo que he preparado el duelo en que contaba contigo. El príncipe Tolstoi te ha reemplazado dignamente y Luciano gravemente herido guardará cama por espacio de un mes.

—Ya te decía yo que todos esos rusos son excelentes tiradores.

—El ruso ha merecido mi estimación. Es un salvaje de la especie más original, que me ha amenazado con hacerme llevar á Rusia si no quedaba contento de mí.

—Eso es lo de menos.

—¿Y no has adivinado el motivo de ese inesperado duelo entre el príncipe y Luciano?

—He oído algunas palabras y he comprendido que se trataba de una mujer.

—Precisamente, de Margarita.

—¿Cómo? ¿El príncipe también?...

—Margarita es la heroina del cuento de hadas que nos contó y á lo que parece el cosaco está loco de amor. Los millones no le paran en las manos y me ha ofrecido la mitad de uno si logro que la muchacha le ame. Yo me he comprometido á hacer que le adore antes de un mes. ¿Comprendes?

—¡Diablo! Lo difícil es llegar á conseguirlo.

—Yo me encargo de ello. Antes de un mes partirá Margarita á Rusia y nos librará así de su presencia. Pero no hay un instante que perder. Hé aquí el programa. Vas á ir á la calle Cadet número 7.

—Calle Cadet número 7!—repitió el barón poniéndose pálido

Era la morada de Hais, la hija del tallista.

Pero Carmen estaba demasiado preocupada en sus asuntos para notar la pasajera alteración que habían sufrido las facciones de su cómplice.

—Preguntarás á la portera por la madre Luisa.

La madre Luisa era precisamente la acompañante de Hais

—Es una mujer que sirve para todo y que ha desempeñado en tiempo papeles de *madre* de jóvenes que no la tenían ó á quienes convenía ocultar la verdad. No podría encontrar nada mejor para el papel que voy á repartirla.

—¿Qué papel?—dijo el barón tratando de disimular su sonrisa.

—Más tarde lo sabrás. Por ahora solo dirás á la madre

Luisa que vaya esta noche á las nueve á la plaza de lá Concordia, esquina á la Carrera de la Reina. Allí encontrará un coche de alquiler vacío y con los cristales levantados. La portezuela de la derecha estará entreabierta y no tendrá que hacer más que entrar. Una mujer cuidadosamente cubierta con su velo le esperará dentro. Que no trate de verla y se contente con escuchar sus instrucciones.

—¿Y esa mujer serás tú?—preguntó el barón.

—Sí; pero no quiero aparecer para nada en el asunto, es necesario que lo ignore. Tratarás por lo tanto y antes de nada de no decirle cosa alguna que pueda hacerle sospechar. Cuando sea útil que me conozca me mostraré.

—Bién—interrumpió el barón visiblemente aliviado.

—Por lo demás—siguió Cármen—conozco hace mucho tiempo á la madre Luisa y sé que sin preguntarte nada acudirá puntualmente. Solo cuidarás de dejarle algunos napoleones como arras y de prometerle un billete de mil francos de honorarios pagaderos antes de quince dias si satisfacen sus servicios. Por la mitad daría la vuelta á París de cabeza.

—¿Eso es todo?

—Todo por esta parte; pero falta otra. Esta noche no tendrás tiempo de aburrirte, la tarea es un poco pesada. ¿Dónde trabaja hoy tu amigo Doble-Seis?

—No sé nada; pero supongo que no debe estar en la Bastilla. El asunto del aldeano burguiñón ha hecho demasiado ruido para que crea prudente volver hoy.

—Al dejar á la madre Luisa harás todo lo posible por encontrarle, porque él solo puede procurarte lo que me hace falta.

—Le encontraré. ¿Qué deseas de él?

—Una mujer de buen aspecto y de marca la bastante conveniente para inspirar confianza y lo suficientemente lista para hacer desaparecer una ó dos piezas de encaje en en un almacen que yo la indique.

—Doble-Seis debe conocer gentes de esas condiciones.

—Si, me es preciso que la busque —dijo Carmen con tono imperativo. —Tendrá como beneficio los encajes robados y cincuenta luises Tú mismo verás á esa mujer para que no haya interpretaciones torcidas y le darás la misma consigna que á la madre Luisa, sin más alteración que la hora, Esta debe estar en el mismo sitio á las diez.

Después de una breve pausa dijo el barón:

—¡Diablo! Veo que llevas las cosas á paso de carga.

—Es el único medio de llegar á tiempo. ¿Me has entendido?

—Todo se hará como lo deseas.

—¿Tienes dinero?

—¡Hum! — murmuró el barón —no mucho.

La actriz sacó de su portamonedas dos billetes de mil francos y se los presentó.

—Cámbialos y paga expléndidamente á esa gente. Cuando se paga mal no está nadie bien servido. Ahora, adiós.

El barón se apresuró á quitarse la bata con que estaba vestido para ponerse una levita.

Carmen de pié, cerca de la puerta, parecía reflexionar.

—Un momento—dijo al fin. —Vé al círculo esta noche. Octavio irá y te hablará de los crecidos gastos que se ve precisado á hacer y de las costosas locuras á que yo le arrasto En cuanto empiece á hablar le cortarás la palabra suplicándole con tu aire más cortés que te haga el servicio de desembarazarte de algunos fondos que tú no sabes cómo emplear.

—¡Fondos que yo no sé cómo emplear! —replicó el barón verdaderamente estupefacto.

—Si rehusa te obstinarás y acabará por aceptar. Está tranquilo; yo me encargaré de prepararle antes

—¿Y si acepta?

—Le prestarás generosamente doscientos mil francos

—Pero ¿cómo?

—Dándole cita para mañana á la una. A las doce te traeré los doscientos mil francos.

—Comprendo.

—No necesito decirte que en cambio de esa suma te firmará un pagaré que será el primero en ofrecerte y que tú no aceptarás hasta que sus instancias te obliguen á ello, como cumple á un caballero que presta un servicio á otro.

—¿Tienes, pues, los doscientos mil francos?—exclamó el barón.

—Sí, querido. Cien mil producto de mis economías y cien mil que me ha dado el príncipe Tolstoi.

—¿Ya?

—Es una anticipo á cuenta del medio millón que nos traerá Margarita, si todo lo que te he encargado para esta noche sale bien.

—Si no surgen otros obstáculos podemos contar con el medio millón. ¿Con qué interés convendré prestar esa suma á Moncharmont?

—Con ninguno. La colocamos así al ciento por cien. Adiós, no, salgas á despedirme.

El barón se quedó, en efecto, detrás del portier ocupado en hacerse el nudo de la corbata y ella ligera como un corzo se lanzó á la escalera.

El coche de plaza que la había llevado la esperaba á la puerta.

—Calle de Provenza, esquina á la de Lafitte—dijo al cochero en voz baja.

Dos traperos; de eso que durante el invierno recorren las calles de París con el gancho en la mano y la cesta de trapos en el brazo, estaban parados en la acera.

La actriz había rozado con ellos su vestido sin verlos.

Cuando el coche partía cambiaron entre sí una mirada de inteligencia y el mayor echó á correr tras del coche.

El otro se agazapó en el quicio de la puerta y sacando de su bolsillo un mendrugo de pan duro se puso á roerle tranquilamente.

Algunos momentos después el barón salió á su vez y como si el trapero no esperase otra cosa para dar por ter-

minada su comida, guardó el último bocado de pan en la cesta y echó á andar sobre los pasos del barón.

Este, que iba á la calle de Cadet, se detuvo en casa de un cambiante para reducir á moneda uno de los billetes de mil francos que le había dado Carmen.

En la esquina de la calle Cadet se volvió, buscando con la vista un mozo de los que solían establecer su puesto de espera allí, y como no viera ninguno, experimentó una viva contrariedad.

Pero fijándose luego en el trapero que había quedado parado con aire distraido, se fué derecho á él.

—¿Quieres hacerme un encargo?—le preguntó.

El trapero dirigió á todas partes una mirada inquieta, y aparentando temor, respondió:

—Yo señor, bien quisiera, pero si mi amo me viera me pegaría.

—¡Diablo! tu amo no está aquí me parece—repuso el barón.—Además para hacer el encargo que quiero darte no tienes que ir al extremo del país Se trata sencillamente de subir al piso cuarto de la casa número 7 de la calle Cadet.

—¿Y qué es lo que debo hacer allí?

—Decir solo á la señora Luisa que un señor que desea verla la espera ahí, en la Pastelería Flamenca.

—¿Y no debo decirla nada más?

—Nada más. Decídete.

El barón puso en la mano del trapero una moneda de veinte sueldos y mientras que éste se dirigía corriendo al número 7 de la calle Cadet, empujó la puerta vidriera de la pastelería y entró.

El barón penetró con el mayor desembarazo hasta una segunda pieza que había en el establecimiento y que por haber pasado la hora del desayuno estaba desocupada.

Allí ocupó la mesa menos súcia y la silla menos deteriorada y esperó hasta ver entrar á los pocos minutos á la vieja que vimos ya una noche en casa de Thais.

¡Calle! ¿Sois vos?—dijo reconociendo al barón y en tono

que solo revelaba una gran desilusión. —Si hubiera sabido que érais vos, no me hubiera dado tanta prisa.

—Sentaos, madre Luisa. —dijo el barón sin parecer fijarse en el desabrimiento de la vieja, y hacéd que os sirvan lo que os sea más agradable.

—¡Gracias! —contestó la anciana con el mismo desabrimiento. —¿Es para eso solo para lo que me habeis llamado?

—No. Vengo á ofreceros un billete de mil francos que podeis ganar en menos de quince dias.

El rostro de la vieja, lejos de expresar la alegría con que contaba el barón, manifestó sin duda bastante impresión por la veracidad de su interlocutor.

—Mucho me alegraría verlo —dijo con burla.

El barón abrió flemáticamente su portamonedas y sacó un billeto de Banco que lo colocó sobre la mesa y alineó á su lado en un extremo de la mesa cinco luises

—Mirad señora Luisa —le respondió con mansedumbre; —ahí teneis los mil francos que no cobrareis hasta más tarde. En cuanto á esos cien francos, son vuestros en el acto con una condición.

A la vista del billete y de las monedas de oro, la fisonomía de la madre Luisa cambió súbitamente y una alegre sonrisa dilató su boca.

—Veo que me había equivocado al juzgaros —dijo. —Sois una buena persona y no quiero despreciaros el convite. Tomaré una copita mezclada.

Servido el líquido, se le echó al cuerpo de un solo trago y preguntó:

—¿Cuál es esa condición de que hablabais?

—Casi nada. Que para la persona á que yo os envíe sea yo un extraño para vos No me conoceis ni me habeis visto en vuestra vida hasta hoy. ¿Es cosa convenida?

—¿Qué me importa á mi eso? —dijo la madre Luisa con indiferencia. —Cada cual tiene sus secretillos.

—¿Me lo prometeis?

—Lo juraré si es necesario.

—Entónces, recoged esos cien francos, es la señal del contrato.

—Del contrato de los mil francos?... ¿Qué hay que hacer para ganarlos?

—No soy yo quien debe decíroslo. Lo sabreis esta noche. Escuchadme bien.

El barón, por más que estuvieran solos en la estancia, aproximó sus labios al oído de la anciana y le repitió palabra por palabra la orden que había recibido de Carmen, de que se encontrara á las nueve en la plaza de la Concordia.

—Todo eso es sencillísimo—contestó la madre Luisa cuando hubo acabado.—Para mí una consigna es una consigna, y á las nueve menos cinco minutos estaré en la plaza de la Concordia.

El barón llamó al mozo y pagó el consumo.

—¿Ni siquiera me pedís noticias de Thais, mala persona?—dijo la vieja viéndole dispuesto á partir.

—Eso no me interesa,—se limitó á responder el barón.

—¡Bah! Siempre sucede lo mismo. Tanto mejor. Lo he comprendido asi, y por interés de Thais la he llevado esta noche á la partida de Lansquenet de madame Saint-Henry, donde ha hecho furor. Ya veis que miro por ella. Está lanzada, y antes de un año tendrá su hotel y diez mil francos mensuales.

El barón se encogió de hombros con indiferencia y salió.

El día avanzaba y no había tiempo que perder. Todavía había que buscar á Doble-Seis y á la mujer que éste le indicara y de que Carmen tenia necesidad.

Buscó con la vista su coche y en cuanto lo hubo divisado subió á él.

El cochero llevaba en el pescante una especie de lacayo ó aprendiz de cochero fácil de reconocer por la placa de cobre que llevaba en el brazo izquierdo.

El barón se limitó á decir:

—Calle del Temple, entrando por el boulevard. Llamaré cuando hayamos de parar. Id de prisa.

—Como gusteis, mi amo—respondió el automedonte dando un latigazo al caballo.

El barón mandó parar en la calle de Notre-Dame de Nazareth, delante de una prendería, en cuyo interior desapareció.

El cochero y el lacayo quedaron en la puerta.

Diez minutos después, un hombre salió de la tienda y el cochero tuvo necesidad de mirarle dos veces, para reconocer en él á su parroquiano.

Era sin embargo el barón; pero el barón despojado de su irreprochable traje y vestido con uno de esos chaquetones casi informes propios de los obreros de los puertos y de los taberneros

Su atavío lo completaban un gorro de lana, un pantalón de lienzo y unos gruesos zapatos profusamente claveteados.

Vestido de aquel modo, estaba verdaderamente desconocido,

Los cocheros de París, habituados á verlo todo, no se asustan de nada.

El del barón no pestañeó siquiera y se contentó con decir:

—¿A dónde vamos ahora, mi amo?

—Calle de la Roquette, pasaje Thiersé—respondió el barón.—Seguid el pasaje hasta que yo avise.

El coche rodó de nuevo.

Para conocer el laberinto en que se asienta el pasaje Thiersé, es preciso estar muy acostumbrado á visitar aquella parte de Paris.

El barón bajó en medio del pasaje y se dirigió á uno de los extremos de él, no sin haber dicho antes al cochero:

—Vuelve tu coche á la derecha, á lo largo del muro.

El cochero obedeció.

Eran más de las cuatro, y el dia, un dia de invierno

nublado y frio, caía rápidamente, hasta el punto de que ya era difícil distinguir los objetos á corta distancia.

El barón sin volverse, por no tener la menor sospecha de que pudiera ser seguido, penetró en una taberna cuya vidriera cubrían unas cortinas rojas.

En el interior habia una docena de hombres que bebían, fumaban y jugaban á las cartas.

La llegada del barón les hizo levantar la cabeza y todas las miradas se fijaron con desconfianza en él.

Pero la expresión de ellos varió en cuanto le hubieron conocido.

—¡Ah!—gritó la reunión en masa—es Marangonin ¡Buenas tardes Marangonin! ¿Cómo vá, Marangonin?

La mayoría se acercó á él con interés y varias manos estrecharon la suya.

El barón, como se ve, gozaba de cierta popularidad en la taberna.

—Buenas tardes, camaradas. ¿Quién de vosotros puede decirme dónde trabaja hoy Doble-Seis?

—¿Quién pregunta por Doble Seis?—exclamó una voz ronca saliendo del fondo de la pieza.

Y al mismo tiempo, el Alcides de la Bastilla en persona, salió de las filas y fué á colocarse delante del barón.

Al reconocer á éste soltó una blasfemia.

Era su manera de manifestar su júbilo.

Adivinando en el acto que aquella visita debía tener un objeto sério, tomó al barón de la mano y lo llevó al fondo de la sala, mientras decía á tres ó cuatro individuos de rostro patibulario demasiado próximos á él:

—Vaciad vuestros cubiletes y largo de aquí Tenemos que hablar este camarada y yo y no me gusta que se me escuche. De frente y paso redoblado.

El Alcides debía ser por su fuerza ó por su talento el rey de aquel pueblo, puesto que todos obedecieron sin replicar y los dos amigos se quedaron solos.

—¿De qué se trata?—preguntó entonces Doble Seis.

—Por lo pronto de este billete de cinco luises que se te

deben por el negocio de anoche. Cuanto más amigos más claras las cuentas. Toma—dijo el barón entregándole la cantidad indicada.

—Un negocio ultimado bien pronto—dijo el coloso con orgullo.—La Girafa ha estado soberbia y se ha mostrado verdadera artista.

—¿Qué has hecho del aldeano?

—El polaco lo guarda. No te apures que puede permanecer seis horas en su poder sin que el diablo dé con su nido. Cuando quieras se le devolverá. Hasta entonces estará bloqueado.

—A otra cosa,—dijo el barón.—Escucha bien lo que necesito.

En dos palabras le dió á conocer el objeto de su visita.

—¡Mil diablos!—exclamó Doble Seis,—tenemos á la Girafa, que es la primera en París para esa clase de comisiones cuando quiere. No digo dos piezas de encaje, un almacen entero si fuera preciso se llevaría sin que lo sintiera la tierra.

La Girafa era decididamente una mujer incomparable bajo muchos puntos de vista.

—Vaya por la Girafa,—dijo el barón.—Me conviene tanto más cuanto que respondiendo como respondes de ella puedo escusarme de verla.

—Cuenta con ella como con mí mismo, Irá esta noche á la hora convenida.

El barón se levantó.

—¿Cómo has venido?—preguntó Doble Seis.

—En un coche que he dejado á dos pasos de aquí.

—Entonces no te acompaño. No me gusta que los cocheros me conozcan. De algún tiempo á esta parte es gente que da que hacer.

Dichas estas palabras, estrechó la mano del barón y éste salió.

En el quicio de la puerta tropezó con un indivíduo que se disponía á entrar.

Era el lacayo ó aprendiz de cochero, que con los faroles del coche en la mano iba á encenderlos en la taberna.

Haciendo como que no reparaba en el barón salió cuando ya el barón estaba dentro del carruaje.

Poco después Marán, ya en su primitiva elegancia, se apeaba á la puerta del Círculo donde debía encontrar á Octavio de Moncharmont, para ofrecerle el socorro pecuniario que le había recomendado Carmen.

Era la hora de la comida y Octavio solía comer allí.

Comiendo allí el, había probabilidades de encontrarle.

Cuando se hubo apeado, el cochero dió vuelta, sea para ir á la cochera, sea para volver al puesto del boulevard.

Cuando hubo andado unos cuarenta pasos, el lacayuelo, sacó un bolsillo de debajo de la blusa y tomando dos piezas de cinco francos le dijo:

—¡Gracias amigo!

Y saltando del pescante se deslizó por la acera hasta perderse tras la esquina de la calle Montmartre.

II

Un perfecto elegante

Octavio esperaba á Carmen hacía más de una hora cuando ésta entró.

La actriz estaba contenta y su íntima satisfacción se traslucía claramente en su semblante.

Todos sus negocios marchaban bien y prometían tener para ella un próspero desenlace.

Octavio, por el contrario, estaba sombrío como traidor de melodrama.

Había tenido sobrado tiempo para reflexionar, y el valor de que había hecho acopio para manifestar á la actriz su resolución se había desvanecido.

—¡Dios os guarde, querido! —dijo con afecto, mientras le ofrecía la mano.

El joven no sabía en realidad cómo comenzar el ataque. Quería hablar, pero la voz se anudaba en su garganta. Su conciencia le hacía abrir la boca, pero su cobardía enfrente de aquella mujer paralizaba toda frase.

Felizmente Carmen le dió pié, rompiendo ella misma el silencio.

—¿Qué tenéis, amigo mio?—le preguntó sentándose á su lado.—Teneis el aspecto triste como un dia lluvioso. ¡Ah! ya caigo. ¿Es que el duelo de esta mañana ha sido fatal á vuestro primo Luciano? ¿Ha muerto quizá el conde de Prebois? La esquela que me habeis dirigido desde casa de vuestro tío el general no me decía nada que me hiciera suponer tal cosa. Si tal ha sucedido, no veo que pueda entristeceros una estocada que os puede devolver un pedazo de herencia que dabais por perdido.

—Querida Carmen—dijo el elegante tratando de dar á su voz una entonación capaz de imponer no poco á su interlocutora,—teneis una costumbre terrible: la de burlaros de todo. Os juro que en este momento no veo del mismo modo que vos la muerte de ese pobre Luciano. He sido siempre para él lo que debía ser. Es un mozo digno y leal y si hubiera estado en mi puesto y yo en el suyo, se hubiera portado de otro modo muy distinto de como yo me he conducido.

—¡Amén!—repuso la actriz con aire contrito.—Sí, esa es la oración fúnebre de vuestro querido primo la escucho del mejor gusto. Es cosa admitida eso de arrojar coronas y torrentes de elogios sobre la tumba de los muertos que han sido vilipendiados en vida.

—Luciano está herido, pero no ha muerto.

—¡Ah! como Malborough vive todavía. Tanto peor para vos, amigo. Por vuestro interés espero que no se cure.

—Sois muy cruel, Carmen.

—Soy como los perros de buena casta. Ni conozco, ni amo más que á mi dueño. Todos los que no son él no se libran de mis dientes. ¿Qué me importan vuestros primos, ni vuestros tios? Yo no veo nada más que vos. Si mi manera de ser no os conviene, lo lamentaré mucho, pero no puedo cambiar.

El elegante no podía permanecer insensible á tal prueba y besó con ardor la mano de Carmen.

—Conozco vuestro afecto y vos no ignorais en cuanto le estimo, querida amiga—la contestó—pero me lleva de-

masiado lejos. No quiero la fortuna de Luciano si la he de obtener á precio de su vida.

—¡Muy conmovedor! - interrumpió Carmen.—Dejemos los sentimentalismos. Las grandes necedades las hacen siempre los que se dejan llevar de los impulsos del corazón Hablemos razonablemente ¿Cómo ha terminado ese duelo?

Aunque sabía respecto de este punto cuanto deseaba porque el príncipe de Tolstoi se lo había dicho, aparentaba ignorarlo.

En previsión de un movimiento de retirada, quería verle venir para poderle sofocar.

—Luciano ha recibido una tremenda estocada en el pecho—repuso Octavio dudando en lo que debía decir.—Para evitar un trayecto que hubiera podido serle mortal, le hemos trasladado á casa del general.

—Bien hecho,—observó Carmen friamente.

—No, no, no está bien hecho,—se apresuró á decir Octavio con embarazo.—He hecho cuando me ha sido posible por impedirlo; pero el príncipe ha insistido de tal manera que no he tenido más remedio que ceder.

—¿Cómo ha recibido el general á su sobrino Luciano?

—Mejor que era de esperar; á lo que yo creía del carácter de mi tío.

—Eso, si Luciano recobra la salud, os costará la mitad de la fortuna del general Más tarde veremos de reparar en eso. Ahora, querido amigo, permitidme una pregunta tal vez un poco indiscreta, pero que me perdonareis en gracia del motivo que la dicta. El general que tan buena acogida ha dispensado á vuestro primo ¿cómo ha recibido la petición á título de préstamo de unos centenares de miles de francos que vos le habreis pedido seguramente?

—Os confieso que no he tenido valor para hacer semejante petición á mi tío,—respondió Octavio un tanto confuso.

—Excelente. No habiendo hecho la petición no puede

haber habido negativa. El honor ha quedado á salvo pero nuestra bolsa está vacía.

Tanto mejor—dijo la actriz con agridulce ironía.

El jóven se puso de pié para dar unos cuantos paseos por la estancia.

—Carmen,—dijo deteniéndose de pronto.—Me prometeis no enfadaros:

Cármen se volvió perezosamente.

Este idiota—pensó—es capaz de haber cometido cualquier tonteria irremediable.

Y dulcificando su voz y su sonrisa dijo:

—¿Enfadarme con vos? ¿Por qué?

—Es que tengo que haceros la confesión de mi mismo. Pero como decíais hace poco el honor ha quedado á salvo.

—¿Hablais en sério?

—Desgraciadamente.

¿Y creeis que porque no pertenezco á esa clase elevada que os dió cuna no sé apreciar lo que vale el honor? ¿De qué se trata? Me teneis inquieta. Hablad.

—Pues bien, querida amiga Al ver esta mañana á Luciano medio muerto y á mi tío en la mayor desolación, he sentido remordimiento.

—¿Y qué?

—Que he pensado que una sola palabra mía puede volver la felicidad á tres personas desdichadas por mi causa.

—Y habeis dicho esa palabra?—exclamó la actriz cuyos labios temblaron y que tuvo que hacer un violento esfuerzo para conservar su calma habitual.

—A fé mía no. En el monmento de pronunciarla una reflexión me he detenido.

Veamos cual es esa reflexión—dijo Carmen ya repuesta al verse fuera del peligro.

—Pensé en vos y me pareció conveniente no dar un desenlace á tal situación sin prevenirnos de antemano.

—Gracias: Es muy de estimar semejante atención Sólo los hombres de distinción saben guardar esos respetos á las damas. Sois un perfecto caballero.

—¿Es decir que aprobais mi resolución?

—La encuentro grande, generosa y caballeresca.

El elegante sospechó de buena fé que la actriz se burlaba de él; pero la seriedad de la fisonomía de ésta le convenció de lo contrario.

—¿Es decir que eso no os contraría?—se atrevió á preguntar.

—¿Por qué quereis que me contraríe? Mi papel ha terminado y no tomo ya parte en la obra.

—¿Cómo?

—Sin duda.

Carmen tomó la mano de Octávio y le hizo sentar de nuevo á su lado.

—Sois un verdadero niño, querido,—le dijo con bondadosa piedad—y os amo demasiado para no daros mi último consejo. Una vez pagadas vuestras deudas y levantadas las hipotecas que gravan vuestras propiedades ¿á cuánto se elevará lo que os resta de fortuna? Me lo habéis dicho, pero ya lo he olvidado.

—Unos quinientos á seiscientos mil francos á lo que creo.

—Próximamente lo que necesitais para vivir dos años; una miseria. ¿Cuántos caballos teneis en vuestras cuadras?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Contestad.

—Quince.

—Bien. ¿Cuánto gastais conmigo un año con otro?

—No lo he contado nunca.

—Eso es delicado y me obliga más y más.

—¿A dónde quereis ir á parar?—preguntó el elegante con un asombro real.

—Decididamente necesitais cambiar de vida Ese es el consejo de que os hablaba y que os probará mi sinceridad Vended vuestros caballos, alquilad vuestro hotel, arrendad un segundo ó tercer piso y sobre todo buscad por ahí la heredera de algún tendero que os aporte una

renta de una treintena de miles de francos .. Casaos. sed feliz y olvidaos para siempre de mí.

—No os comprendo. ¿Se ha trastornado vuestra razón? —preguntó Moncharmont fijando en la actriz sus ojos llenos de estupefacción.

—Reflexionemos un poco, hijo mío, continuó Carmen con su tono paternal - Profunda pena me causa tener que rasgar el velo que os oculta la realidad; pero se trata de vuestra dicha. ¿Creeis que podrais sufragar los gastos de mi casa con lo que os resta de fortuna? Seguramente que no. Es triste decirlo, pero la realidad se impone.

—¿Y erais vos la que me jurabais una amistad á toda prueba?—exclamó el joven con tanta cólera co no dolor.

—Amigo mío, por grande que sea mi afecto hacia vos, confieso que no podría llegar á renunciar á la vida que hago y al lujo que me rodea Carezco de vuestra entereza de alma y de vuestra abnegación. No tengo valor para cambiar mi victoria y mi cupé por un coche de punto, ni mi cocinero por un cubierto de restaurant á dos cincuenta por comida.

—Es espantoso lo que decis—murmuró Moncharmont anonadado.

—Realismo puro, ni más ni menos. No quiero arruinaros en dos años; soy una mujer costosa; tengo caprichos feroces, demasiado lo sabeis y es fuerza poner término á esta situación... Rompamos nuestras relaciones sin rencor... Nos volveremos á hallar quizá algún día, y espero que no me volvereis el rostro.

Octavio que se hubiera pegado un tiro cien veces antes que renunciar al papel que representaba en el mundo, quedó como herido de un rayo.

La actriz, que contaba con el afecto de sus palabras, le tendió la mano y se levantó con el aire fatigado de una persona que despues de ultimar una conversación penosa no tiene ya nada que anadir.

—Octavio en lugar de tomar aquella mano se levantó á su vez pálido y con el rostro contraido.

—No sois generosa Carmen—dijo con sorda amargura. —Me veis en tierra y aprovechais el momento para aplastarme. Antes hubiera yo creído que me tenderíais una mano para levantarme.

La actriz prorrumpió en una sonora carcajada.

—Es demasiado tarde, amigo mío. He tratado de prestaros mi auxilio; pero vos no le habeis querido .. Os he aconsejado y no habeis seguido mi consejo... Ya no es posible hacer nada por vos.

Moncharmont bajó la cabeza.

—Es cierto—dijo.

—No os censuro, querido amigo; por el contrario. Eran asuntos vuestros y no míos y habeis obrado como os ha parecido conveniente ¿Qué culpa tengo yo de que hayais echado por tierra un edificio que tanto trabajo costó levantar?

—¡Yo no he derribado nada!—exclamó Octavio.

—Vuestra inquebrantable resolución de devolver su hija al general, es vuestra ruina.

—Ruina que no he consumado.

—Pero que estais firmemente resuelto á llevar á cabo.

—Carmen, Carmen—murmuró el joven con dolor.—Os creía buena y veo que no lo sois Estoy dispuesto á sacrificarlo todo por vos y me haceis blanco de vuestras iras y de vuestro desprecio.

Carmen le miró con ternura y murmuró:

—¡Pobre niño! ¡Sois demasiado inocente! ¿No habeis adivinado que estoy representando una comedia? He querido probaros, Moncharmont, y estoy satisfecha de la prueba. Aquí teneis mi mano, os permito besarla como la de vuestra mejor amiga. Una cosa sin embargo no os puedo perdonar todavía, haber creido que os dejaría en el atolladero.

En aquel momento entraron á anunciar que la comida estaba servida.

—Como primera providencia—prosiguió con acento más seductor—comereis hoy conmigo. Tenemos que hablar y de ese modo tendremos tiempo. ¿Consentís en ello?

Por toda respuesta, Moncharmont besó la mano que Carmen le tendía, y pasaron al comedor.

La comida entre aquellas dos personas fué por todo extremo silenciosa.

La presencia de los criados impedía toda conversación de interés.

Cuando la comida hubo terminado, Carmen pudo pronunciar, sin embargo, el famoso *Eureka* de Arquimedes.

—Vamos á hablar en mi gabinetito—dijo tomando el brazo que Octavio le ofrecía.—Allí nos servirán el café. ¿Direis aún que no soy una buena persona?

Una vez en el gabinete y servido el café, Carmen se sentó al lado del joven y entró de lleno en la cuestión.

—¡Vuestro pensamiento de devolver á Margarita á vuestro tio, era simplemente una necedad,—exclamó sin preámbulo.—Cuando se tienen doscientos cincuenta mil francos de renta al alcance de la mano, no es cosa de darles con el pié. Eso ya es cosa convenida. Ocupémonos solamente de los medios de aseguraros esos luises.

—Cualquiera que sea ese medio, solo me llevará á cometer una infamia—murmuró Octavio.

Carmen esta vez no fué dueña de reprimir un gesto de cólera.

—Pero—se apresuró á añadir el joven asustado—las circunstancias se me imponen y debo ceder. Veamos cuál es el camino, y ya que he dado el primer paso en él, os juro que le seguiré sin vacilar:

En buen hora. El camino está encontrado y podeis estar tranquilo, que no es ni comprometido ni terrible. Escuchadme. ¿No es lo que quiere el general que se le devuelva su hija?

Pues se la devolveis y en paz. ¿Os parece mal el plan?

—¿Devolverle á Margarita?

—Sobre todo no confundaos. Yo os he dicho que se le devuelve su hija; pero no he hablado de Margarita. ¿Sabe por ventura el general Moncharmont que Margarita es su hija? De ningún modo. Sabe solo que el aldeano que la en-

contró, ignorando su verdadero nombre, le dió el de Margarita como pudiera haberle dado cualquier otro. Lo que es preciso es que una muchacha cualquiera responda al nombre de Margarita. Lo demás nos encargaremos nosotros de hacerlo.

—Comprendo—dijo el joven—que palideció al oir aquella proposición.

—Vos la llevareis á presencia de vuestro tío. Vuestro tema será fácil. La buscabais hacía mucho tiempo sin querer dar al general esperanzas que hubieran podido resultar fallidas, y la casualidad y vuestra suerte ha hecho que la descubrierais en casa de una respetable señora que le dió hospitalidad apenas llegada á París. La arrojais en brazos de su padre y en paz.

Octavio sacudió la cabeza con desesperación.

—Es un medio que me espanta—murmuró,—es sacrílego, impío, repugnante!

—Pero no hay otro—respondió secamente la actriz.

—Engañar á un anciano ó á un desgraciado padre en sus más puros afectos... introducir en nuestra familia ¿á quién? A un miserable que se preste á la más infame de las comedias... Carmen, Carmen, mi conciencia se subleva al pensar que he de dar apoyo á semejante vileza.

—¡Necedades!—exclamó cínicamente la figuranta—Si engañais á vuestro tío es por su dicha. Creyéndose al lado de su hija se tendrá por el más feliz de los hombres Si lo que os repugna es ver entrar en vuestra familia una advenediza, no temais por eso; á la muerte del general, mediante una suma más ó menos considerable saldrá de ella como ha entrado. Yo me encargo de ello.

—Pero si ese fraude criminal se descubriera un día, me vería perdido.

—No se descubrirá, no temais. ¿Quién puede tener interés en descubrirle? Vuestro papel á los ojos de vuestro tío no puede ser más airoso... ¡Si casi os haceis acreedor al premio de la virtud!

—Y ese aldeano que ha venido á Paris con Bernardo y que ama á Margarita?

—¿No le teneis enjaulado?

—Pero no puede guardársele por siempre

—Y sin embargo, no es difícil desembarazarse de él. Se le compran unas cuantas viñas en el triple de lo que valen, se le dá una gratificación de una veintena de miles de francos y se le embarca para América. Con veinte mil francos no hay aldeano del que no se haga lo que se quiera.

—¿Y esa joven que quereis hacer pasar por la verdadera Margarita, dónde la encontrareis?

—No os inquieteis. Eso es de mi cuenta y yo os garantizo que la persona elegida podrá pasar muy bien por hija de la respetable familia Moncharmont.

—Tanto pudiera ser así, que llegará un dia en que me despojará de la fortuna del general.

Carmen se encogió de hombros, sintiendo verdadera lástima de la poca sagacidad de su cómplice.

—Cuando yo hago una elección no tengo que arrepentirme de ella. La Margarita que os prevengo es incapaz de semejante necedad, y si lo intentase la probaría que no caigo yo en el lomo de una intriganta. Su simple partida de bautismo probando que es hija de tales ó cuales padres bastaría para destruir su obra.

—Teneis contestación para todo—murmuró el joven abrumado.—Sea como querais.

—Muy bien. Os cuesta trabajo decidiros Moncharmont, pero al fin llegais á hacerlo. Dentro de dos ó tres días os permitiré poner en conocimiento de vuestro tío la gran noticia. Ahora que todo está dicho me veo precisada á despediros. Tomad vuestro sombrero é id á terminar la noche en el círculo.

El joven obedeció.

—A propósito,—dijo Carmen, mientras Octavio se ponía el pardesús—vos no podeis permanecer sin arreglar vuestros asuntos hasta la muerte del general Si encontrais por casualidad al barón de Marán, habladle ligeramente de

vuestro estado pecuniario. A juzgar por lo fino en otro tiempo me decía Sarah, es un caballero que os entedera con media palabra y se apresurará ponerse á vuestra disposición. A lo que parece es muy rico y siempre tiene fondos de reserva que no sabe en qué emplear. Tal vez encontrareis en él graciosamente lo que cualquier usurero no os daría más que á un cincuenta por ciento. Ved esto y adiós querido amigo.

Un cuarto de hora después el elegante entraba en el círculo, donde el barón le esperaba como el cazador que espera lo pieza.

Casi en el mismo momento Carmen, envuelta en un abrigo oscuro y con el rostro cubierto por un espeso velo que caía de su sombrero, subía á un coche de alquiler y se hacía conducir á la plaza de la Concordia para acudir á las citas dadas á Luisa y á la protegida por Doble-Seis.

III

Gentes útiles

Antes de seguir á la actriz en su expedición nocturna, debemos volver los ojos á las personas colocadas muy lejos una de otra y que sin embargo se disponian á obrar en el mismo sentido, como si se hubieran puesto de acuerdo de antemanó.

Uno de estos personajes es el príncipe Tolstoi: el otro es el pilluelo conocido por el Moscardón.

Al dejar á Carmen, después de haberle impuesto sus condiciones, el príncipe no habia vuelto á su hotel, sino que dirigiéndose á la embajada de Rusia se había hecho anunciar al representante del czar.

El embajador estaba ausente, y en su defecto el primer secretario se apresuró á recibir al recién llegado

La entrevista no fué larga, y cuando se hubo terminado, el alto funcionario, después de conducir cortesmente á Tolstoi hasta la última puerta de los salones, entró en su despacho y llamó á su agente subalterno.

—Tomad,—le dijo tendiéndole una hoja de papel en la que habia escrito un nombre y unas señas.—Esta mujer

debe ser vigilada escrupulosamente.—Todas las mañanas se llevará al príncipe de Tolstoi una relación detallada de cuanto se haya hecho. Es preciso no detenerse ante nada y yo mismo seré juez del valor de los obstáculos que os impidan obrar. Id.

Un cuarto de hora después de dada esta orden; una pareja de esos granujillas que por aparecer con un oficio conocido donde quiera se dedican á limpiar chimeneas, se detuvo delante del hotel de Carmen y se acurrucaba en su puerta cochera, desde la que se podía ver todo lo que pasaba en la calle.

Al propio tiempo un señor de edad madura, vestido con elegancia y profusamente adornado de sortijas y dijes en la cadena del reloj, penetraba osadamente en la casa y se acercaba á la habitación del portero.

Cuando salió, uno de los granujillas corrió hácia él y le tendió la mano pidiéndole un sueldo para comprar pan á su hermano que hacía dos días que no comía.

El caballero se detuvo y abrió su portamonodas.

—Toma, galopin—le dijo tendiéndole una moneda de cobre.

Y en voz baja y rápidamente:

—Rubia, baja, bella, peinado de bucles. Sale con frecuencia á pié. Cuando lo hace en coche lleva caballos alazanes y librea amarilla. Está en casa.

El chicuelo hizo una cabriola, besó la moneda y envió otro beso á su caritativo protector y fué á unirse á su hermano que hacía dos dias que no comía.

Unos momentos después salió Carmen á pié para dirigirse á casa del barón de Marán.

Escusado es decir que los dos chiquillos, que la reconocieron enseguida á pesar de no haberla visto en su vida, tomaron la misma dirección.

Detrás de la actriz entró en la casa habitada por el barón, el señor de edad madura que parecía caer del cielo, pero que en realidad no hacía más que apearse de un coche de alquiler que había seguido al de la comedianta.

Tampoco allí pasó de la habitación del portero; de la que salió para decir con el mismo disimulo de antes á uno de los chiquillos:

—Barón de Marán, alto, buen mozo, con toda la barba y el cigarro ó un mondadiente siempre en la boca

Aquel hombre posée evidentemente un talisman infalible para hacer hablar á los porteros.

Hecho esto volvió á subir á su coche de alquiler.

Nosotros, que ya sabemos las huellas que habían de seguir Carmen y el barón, volveremos al lado de Moscardón, en el momento en que después de haber dejado á Bernardo, se unía á Margarita, que al salir del hotel del general, bajaba tranquilamente la calle de Amsterdan

La entrevista con el antiguo cazador de Africa había tenido dos resultados. Uno previsto y esperado, el de darle las señas del elegante que se había aprovechado de su debilidad para arrancarle los secretos de Margarita, y el otro hacerle ver claro en la aventura de la plaza de la Bastilla.

Provisto de estos datos se acercó á Margarita y buscó un pretesto para no acompañarla como había prometido.

Completamente libre, no perdió tiempo y salvó á todo escape la distancia que le separaba del hotel.

Durante su conversación con Bernardo, había visto salir del hotel el carruaje que había llevado al elegante, y había notado perfectamente que entonces no encerraba más que al príncipe ruso su propietario.

Octavio de Moncharmont, debía pues, según todas las probabilidades, salir del hotel á pié y no se le podía por tanto escapar.

Los acontecimientos justificaron sus previsiones y el Moscardón deslizándose detrás de él sigilosamente pudo seguirle al dirigirse con las buenas intenciones que ya conocemos á casa de la actriz.

Pero al llegar á este punto el Moscardón hizo un gesto de desaliento.

—¡Diablo!—dijo.—No hay medio de hacer hablar al por-

tero. Los de estas casas son suizos y lo probable es que conteste á mis preguntas con el mango de la escoba.

Pero al pensar esto vió á los dos pilluelos que ya conocemos instalados pacientemente no lejos del benéfico calor de un tostador de castañas.

El chiquillo hizo chasquear sus dedos y corrió á instalarse delante de la boca del horno ambulante.

Los tostadores de castañas, tan abundantes en Paris durante los meses de invierno, son el único «confort» que conocen los vagabundos que pasan su vida en la calle.

El Moscardón, tanto para reparar un poco sus fuerzas como para captarse la benevolencia del industrial, compró dos sueldos de la mercancía y entabló un breve diálogo con uno de los chiquillos.

Su alegría fué grande cuando del retrato que le hizo su nuevo amigo de la propietaria del hotel dedujo que era la pérfida mujer le había achispado.

Su plan quedó ultimado.

Pero en aquel momento el otro de los pilluelos se acercó.

El Moscardón, lejos de separarse volvió al mercader de las castañas y compró otros dos sueldos.

Al volver la cabeza oyó una voz que decía:

—¡Calle, si es el Moscardón!

—¡Diablo! ¡Hipólito!—exclamó el aludido.

Y los dos antiguos conocidos se dieron un apretón de manos.

—¿Qué haces por aquí? -preguntó nuestro amigo.

—Espío á una dama—respondió el llamado Hipolito con el más puro acento de un bohemio parisién.

—Me lo figuraba. ¿Pero quién es esa mujer?

—Una mujer de moda. Una actriz de la Opera.

—¿Por cuenta de quién?

—¡Oh! eso no lo sé: pregúntaselo al amo:

—¿Cómo se llama el tuyo?

—El dice llamarse Mr. José; puede que su verdadero nombre sea otro, pero eso importa poco, puesto que paga

bien. Para el obrero la paga es todo, el nombre del que le dá no es nada. Esta mañana vino á buscarnos á Palus y á mí á la taberna de la calle del Cuadrante. Parece que tenía prisa, nos ha llevado á un coche y nos ha hecho ponernos estos trajes de saboyanos limpia chimeneas ¿Cómo me encuentras el uniforme?

—Soberbio. Me ha costado trabajo reconocerte con él. Dices que Palus está contigo.

—Estaba, pero ahora parece que sigue los pasos de otro sujeto, un barón de la calle de Dronot.

Aquel fué un rayo de luz para el Moscardón,

—¿Y no sabes el nombre de ese barón?

—Sí—respondió el preguntado —El amo se lo ha dicho á Palus.

—¿Es el barón de Marán?

—Justamente:

—¡Soberbia casualidad! -exclamó el Moscardón.

—¿Cual—preguntó el pseudo-saboyano sorprendido de la súbita alegría de su amigo.

—¡Hipólito! Eres verdadero camarada

¡Ya lo creo!

—Tú tíenes una hermana, ¿No es cierto? Pues bien; figúrate que yo tengo otra, y que una docena de bribones están decididos á dar un golpe de mano para arrebatármela ,. Ya te contaré esto más adelante .. Sobrado comprenderás que estoy dispuesto á todo para desbaratar sus planes.

—¡Oh! lo entiendo perfectamente.

—Por el pronto te diré que los pájaros que Palus y tú acechais y otro que tiene una nariz de ave de rapiña, son los encargados de dar el golpe contra mi hermana. Pero ¿podré contar con Palus?

—Como conmigo mismo.

—¡Viva el emperador?—gritó el pilluelo con entusiasmo

—¡Sois dos buenos amigos! Hay momentos en que me dá lo mismo ser chico que grande; pero hay otros en que quisiera ser más alto que la torre de Santiago y tener más

fuerza que Doble-Seis. Si fuera así, hoy en lugar de espiar á esos granujas los despedazaría entre mis brazos... Pero esto no puede hacerse cuando no es uno el más fuerte... ¿A qué hora vais á dar cuenta de vuestro cometido á vuestro amo?

—Mañana á las seis de la mañana todos debemos estar en su casa.

—¿Dónde vive?

—Pasaje del Salmón. Se entra por el Pasaje y se sale por la calle del Cuadrante. Esto es cómodo.

—Entonces Pulus y tú podeis estar á las siete en la taberna.

—Vete allí á las seis y espéranos. En cuanto salgamos de casa del amo iremos allí.

—Gracias, Hipólito. Hasta mañana. Voy á ocuparme de mi hombre.

Y dejando á su amigo en el observatorio, tendió su vuelo hacia las alturas de Montmartre.

Una vez allí subió la calle de Laffite, tomó la de los Mártires y subió valerosamente la rampa que conduce al telégrafo.

Era el camino más penoso pero más corto, y sabía que las gentes que iba á ver empezaban el dia cuando se empiezan á encender los primeros mecheros de gas.

Llegado á la árida cima no hubo más que bajar un poco para entrar en la calle del Camino de los Bueyes que le corta en su última pendiente.

En la más miserable de las pobres casas de aquella calle fué donde se detuvo nuestro pilluelo; pero no es nuestro ánimo seguirle en sus negociaciones, haremos aquí capitulo aparte.

IV

Una ex-madre noble

Carmen, hija de la intriga, tenía siempre motivos para temer algo imprevisto, y como temía con efecto ser seguida y espiada, obraba siempre como si en efecto lo fuera.

La prudencia y desconfianza había llegado á ser en ella con el tiempo virtudes instintivas.

En sus actos más sencillos, en los que no tenía relación alguna con las exigencias particulares de su oficio, se rodeaba naturalmente de tantas precauciones como cuando se sentía culpable.

Nadie poseía su confianza, ni sabía una palabra de sus secretos.

El único individuo que sabía algo, aunque solo la parte que ella quería decirle, era el barón de Marangonin, el que los bohemios de la Bastilla y de la taberna del pasaje Thiersé llamaban Marangonin.

Pero éste era un cómplice que no debía contarse.

Carmen tenía lujosos trenes, pero solo se servía de ellos para presentarse en el bosque ó en las carreras.

Fuera de estas exhibiciones públicas, siempre que salía lo hacía á pié ó tomando en cualquier calleja el primer coche de alquiler que le salía al paso.

De este modo estaba segura de escapar á toda investigación.

El personal de su casa, numeroso y bien pagado y alimentado como poco recargado de trabajo estaba siempre mantenido á gran distancia y aunque la creía capaz de todo, no podía formular contra ella la menor acusación concreta,

Ya lo hemos dicho, la actriz no tenía talento propiamente dicho, pero gozaba del privilegio de una tan refinada perversidad que bien podía pasar por ingenio.

Aquella noche Carmen no tenía la más leve sospecha de la vigilancia de que gracias al príncipe de Tolstoi era objeto, y solo por hábito de prudencia salió á pié, detrás de Octavio de Moncharmont, que iba al círculo.

Para acudir á la cita de la plaza de la Concordia tomó un modesto coche de alquiler.

Este se deslizó tranquilamente por las calles pero al llegar á la Avenida de la Opera la multitud se hizo de tal modo compacta, que como viniera en dirección opuesta otro coche á gran velocidad, el cochero no pudo evitarlo y tuvo que moderar el paso.

El choque fué violento, y Carmen, lanzada de su asiento se creyó muerta.

Los dos coches se habían detenido simultáneamente, y los dos cocheros, que enseguida echaron pié á tierra, reconocían los desperfectos causados en sus vehículos.

Por una extraña casualidad, el coche que conducía á la actriz era el único que había sufrido deterioros.

Cuatro rayos de las ruedas rotos y una parte del eje roto por mitad, le impedía continuar la marcha.

El otro carruaje no tenía nada.

Como sucede siempre en semejantes circunstancias, un compacto círculo de curiosos se había reunido en el lugar del siniestro, y cada cual tomaba partido por uno ó

por otro de los cocheros que en el centro del grupo contestaba con desembarazo á las injurias que se les prodigaba, sin preocuparse para nada de los parroquianos.

La actriz continuaba gritando, pero sus voces se perdían en la más absoluta indiferencia.

El tricornio de un guardia municipal vino á poner término al conflicto y el poseedor de aquella respetable prenda galante por naturaleza y por deber, se dirigió ante todo á la ocupante del carruaje.

Por suerte la actriz no tenía otro mal que la cólera producida por haberse visto detenida en su camino.

Hechas las informaciones necesarias resultó que el cochero no había tenido culpa alguna del accidente, mientras el del otro carruaje tenía en su contra la temeridad de ir á escape por un sitio de tan difícil tránsito.

Los curiosos satisfechos se dispersaron con la misma celeridad con que se habían juntado y en el lugar del siniestro no quedaron más que la actriz y los dos cocheros ocupados en arreglar sus coches.

Carmen se estremecía de impaciencia.

—¿Se ha acabado ya todo?—preguntó viéndolos á punto de separarse.

Y ya se disponía á abrir la portezuela; pero el cochero la detuvo.

—No puedo llevaros Es preciso que me vuelva á la cochera. El carruaje está roto.

—¿Quién me conducirá entonces?—exclamó la joven.

—Procuraré enviaros un compañero si lo encuentro.

—¿Y si no lo encontrais me veré precisada á quedarme aquí.

Al decir esto miró su reloj que marcaba las nueve y veinte.

Hacía veinte minutos que la hora de la primera cita había pasado.

—Diez francos, si me conducís.

—Ni aunque me dierais ciento, replicó el cochero su-

biéndose al pescante. No podría llegar á la Magdalena sin volcar.

Y dió un latigazo al caballo sin escuchar más.

Cármen ahogó una blasfemia entre sus dientes apretados.

En toda la línea del boulevard se veían muchos coches; pero ninguno vacío.

Una idea la asaltó.

Corrió hácia el cochero del otro carruaje que se disponía á ponerse en marcha.

—Cochero, le dijo, os tomo.

El se volvió y la respondió con impasibilidad.

—Imposible, señorita, estoy tomado.

—¡Tomado!—exclamó con estupefacción.

Era en efecto difícil de comprender que los viajeros, si los había, no hubiesen dado señales de vida durante la larga escena que acababa de ocurrir.

Indudablemente perdido.

Carmen hizo esta observación y el cochero pareció dipuesto á participar de sus ideas.

Y bajó del pescante para cerciorarse.

—¿Mi amo, estais ahí?—preguutó.

Ya lo creo y confieso que empiezo á aburrirme. Partamos,—replicó desde el interior una voz mal humorada.

—Enseguida—contestó el cochero.

Y volviéndose á la actriz continuó:

—Ya veis que estoy ocupado.

—¿Qué ocurre?—preguntó el del interior del carruaje sacando la cabeza por la portezuela.

—Nada mi amo. Una joven que iba en el carruaje que hemos volcado y que quería alquilarme.

—Una joven,—repuso el viajero en voz más dulce.

—¿Dónde estamos, cochero?

—Frente á la calle de la Paz.

—¿Está muy distante de aquí el sitio á que me llevais?

—A veinticinco ó treinta pasos.

—Entonces bien puedo recorrer á pié ese pequeño tra-

yecto para servir á esa señora. Me parece que no llueve y que la acera no está mojada. Tengo las botas recien lustradas y sentiría mancharlas. Abrid, abrid, cochero, yo mismo quiero hablar á esa señora.

Inútil es decir que Carmen había escuchado aquél dialogo con creciente interés.

Una vez abierta la portezuela, un caballero, irreprochablemente vestido de negro, y que á pesar de su cambio de traje habría sido reconocido á primera vista por aquel señor que con tanta facilidad hacía hablar á los porteros, bajó pesadamente del carruaje y se acercó á la actriz con esa fatuidad pretérica que queda siempre al que en tiempos pasó por buen mozo.

—Señora, la dijo saludándola respetuosamente, no tengo el honor ni el placer de conoceros Resido en Reims, pero aunque provinciano, no soy tan extraño á la galantería, que profeso, como profeso un ferviente culto á las damas, os deje en un apuro cuando puedo sacaros de él. El cochero dice que teneis prisa Si os dignais aceptar mi carruaje me creeré favorecido por la suerte.

Apesar de las preocupaciones y de la impaciencia que la devoraba, Carmen tuvo que morderse los lábios para no romper á reir ante el aspecto del hombre de Reims, que era de un cómico perfecto.

Pero el ofrecimiento convenia demasiado á la actriz para que no perdonase á su autor todas las ridiculeces.

—Acepto vuestra oferta con reconocimiento, caballero, —respondió al punto —y agradezco vuestra exquisita galantería.

—Me considero muy dichoso por ello—contestó el caballero provinciano saludando á cada palabra.

Carmen estaba ya en el coche.

Algunos instantes después, mientras que el amable habitante de Reims se dirigía pisando de puntillas al lado de la calle de Basse ella arrancaba al trote largo hácia la plaza de la Concordia, á donde llegó esta vez sin el menor accidente.

Pero la hora era ya muy avanzada y Carmen abrigaba mortales temores de no encontrar á la persona de la primera cita.

La mirada que dirigió á todos los rincones de la desierta plaza estaba llena de ansiedad; pero no tardó en cambiar de expresión.

Acababa de ver bajo los primeros árboles, iluminados á media por un mechero de gas, una sombra de mujer en la cual habia reconocido á la exmadre noble.

La sombra era en efecto la madre Luisa en persona que comenzaba á impacientarse; pero que aguijada por las monedas que había recibido del barón, no se hubiera decidido á abandonar el campo por nada del mundo.

La actriz hacía mal en temer. No conocía á aquella mujer lo suficiente.

El carruaje se detuvo en el punto indicado y los cristales de las ventanillas se levantaron no dejando á Luisa la menor duda.

Como mujer experimentada, no dudó un momento y se acercó al coche sin decir una sola palabra.

El cochero, hombre experto en semejantes aventuras, no había creído prudente bajar del pescante para ayudar á descender á su cliente.

Una vez cerrada la portezuela, se recogió sobre sí mismo, dejó á un lado la fusta y tomó la actitud propia del que se dispone á descabezar el sueño.

Solo sus manos, que parecían deber quedar inactivas como conviene á un hombre que trata de conciliar el sueño, tenían por el contrario una singular ocupación.

Esta consistía en separar con gran cuidado, y sin producir el menor ruido dos tablas que dejaban entre si una rendija lo bastante grande para observar lo que pasaba en el interior del coche.

Cuando el cochero pudo ver y oir cuanto se dijera en el coche, pareció decidirse á dormir, puesto que ya no se le volvió á sentir hacer el menor movimiento.

—Me habeis llamado y aquí me teneis—dijo la ex madre dirigiendo á la actriz una mirada llena de curiosidad.

Pero tal mirada fué completamente perdida. Carmen estaba tan oculta en el velo, que era imposible de todo punto reconocerla.

Por su parte no pudo ver aquella mirada; pero la presintió indudablemente puesto que sus primeras palabras fueron pronunciadas en tono seco y de esos que no dejan lugar á réplica.

—No tengais demasiada prisa en querer adivinar quien soy. Lo sabreis cuando yo quiera confiároslo, es decir, cuando esté completamente segura de vos. Por el pronto solo puedo confirmaros lo que os ha hecho venir aquí; la promesa de un billete de mil francos á cambio de quince días ó tres semanas que me consagreis.

—A ese precio no dudo en firmar un contrato por diez años—contestó Luisa con abandono—¿Qué es lo que debo hacer durante esas tres semanas?

—Por espacio de ese tiempo estareis alojada como una princesa en una habitación que vos misma escogereis y os servirá una doncella que también podreis elegir por vos misma. Todos los gastos que hagais os serán reintegrados, quedando los mil francos prometidos como simples honorarios. Durante tres semanas podreis comer, beber y dormir cuanto os plazca.

—No me parece mala vida.

—¿Os conviene?

—¡Diablo! Todas las monedas tienen su reverso. ¿Cuál es el deber que me ofreceis.

—Muy pronto lo sabreis.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

El cochero, que parecía haberse dormido, se despertó sobresaltado al ruido producido por una de las ventanillas al bajarse bruscamente y por la voz de la actriz que le gritaba mientras le tiraba del capote.

—Cochero, al puente de Yena todo lo de prisa posible.

Carmen volvió á dejar caer el vidrio y el coche se puso en marcha.

La madre Luisa, discreta como nadie, no formuló la menor pregunta

Pensaba sin duda en la brillante perspectiva que se la ofrecía de beber y comer cuando quisiera durante veinte días sin hacer el más leve desembolso.

Cuando el carruaje se detuvo, la actriz abrió por sí misma la portezuela, saltó con presteza á tierra é hizo señal á Luisa para que la imitara.

—Esperad aquí—dijo al cochero.

Y seguida de la ex-madre noble, avanzó con ligereza á lo largo del puente,

El cochero permaneció algún tiempo estupefacto, viéndoles alejarse.

—El amo no contaba con esto—murmuró para sí.

Y dirigiendo en torno suyo una mirada investigadora, convencido de que nadie se fijaba en él, dejó caer sus dos brazos á lo largo del cuerpo con esa mímica que quiere decir en todos los idiomas.

—¿Qué se le ha de hacer? Imposible es lograr nada.

Carmen entretanto había ganado la mitad del puente, desierto á la sazón en toda su longitud, y Luisa la había seguido con una docilidad perfecta; pero diciendo para su sayo:

—Ese aire no me es completamente desconocido. Debo conocer á esa señora. Juraría á puño cerrado que es mujer de teatro.

Aquí podemos hablar sin temor á los curiosos—dijo la actriz volviéndose de pronto y apoyándose en la barandilla del puente.

—Sois muy precavida—observó su interlocutor.

—Nunca sobra la precaución ¿Quereis saber ahora cuál es el reverso de la brillante medalla que os mostraba hace un momento?

—Os escucho.

—Vedla. Mañana por la mañana buscareis un alojamiento digno Como si fuerais una mujer que vive de una buena renta ó la viuda de un alto empleado.

—Es facilísimo.

—Escogereis un barrio tranquilo y retirado, los alrededores de la calle del Oste, ó la parte de atrás del Luxemburgo, por ejemplo.

—Perfectamente.

—Es preciso que esa habitación, alhajada con muebles usados pero decentes, ésté lista mañana en todo el día, puesto que por la noche debeis dormir en ella.

—Con dinero todo es posible.

—Dinero no os faltará.

—Entonces os respondo que no faltará nada Pues todo eso no es más que la decoración. ¿Cuál es el papel que me está reservado?

—Pasado mañana á las dos, no olvideis el día y la hora una joven obrera empleada en un almacén de la calle del Rivolí, será acusada públicamente de haber robado unos encajes y arrojada del almacén. Vos os hallareis precisamente allí ocupada en hacer algunas compras, y conmovida ante la desesperación de la muchacha y no creyéndola capaz de cometer tal delito, tomareis heroicamente su defensa.

—Una situación dramática.

—Que tendreis cuidado de no dejar enfriar. Aprovechando el efecto producido en la protagonista, tomareis á vuestro cargo la generosa misión de conducirla á su casa, ó mejor á casa de los que le sirven de padres.

—Los cuales se apresurarán á ponerla en el arroyo—interrumpió la madre Luisa.

—Comprendido—exclamó Carmen.

La exmadre noble alentada por esta aprobación, continuó con volubilidad creciente.

—Entonces es cuando mi papel adquiere verdadera importancia. Imploro misericordia para la joven. Los padres no se dejan persuadir, la niña llora y aquí se produce un

patético cuadro de quejas, reproches y lágrimas, que habilmente explotado por mí no hará sino persistir en la idea de arrojar á la joven á la calle.

—Excelente.

—Entonces el desenlace está previsto. Yo tengo el corazón demasiado tierno para ver una desgracia sin remediarla. Soy viuda de un oficial que hubiera llegado á general á no morir un poco prematuramente, En fin, que cargo con lo chiquilla y Cristo con todos.

—¡Bravo!—exclamó la actriz entusiasmada, aunque nunca logré grandes triunfos, el melodrama era mi género.

—Pues aún nos quedan restos. No importa; os habeis entendido con media palabra Es preciso que esa jóven os siga con confianza y vaya á compartir con vos la habitación que os he encomendado alquilar.

—Me seguirá. Estad tranquila. Pero una vez alli ¿que debo hacer?

Carmen reflexionó algunos momentos

—Es necesario por el pronto que sepa mañana que habeis hecho preliminares. Escribidme á la lista de correo á las iniciales D. D.

La madre Luisa dejó oir una especie de gruñido de expresión harto difícil definir, pero que ella misma se encargó de explicar diciendo exabrupto:

—¿Por qué no he de escribiros á vuestra casa y á vuestro nombre? Me gustan las situaciones claras. Alababais hace un momento mi inteligencia y las injurias ahora creyendo que puedo permanecer mucho tiempo sin conoceros. Vos sois antigua amiga mia, os conocí entre bastidores, sois aquella discípula querida á quien yo llamaba en otro tiempo mi Carmen y que vivia en la calle de Bruyere. Hoy por más que hayas adquirido gran renombre y vivais en la calle de Lepelletier, no podeis renegar de mí.

La actriz reconocida no pestañeó y aceptó la situación francamente.

—Serán unos cuantos francos más lo que me cueste este reconocimiento—pensó.

La exmadre noble, envuelta en su manto, conservaba una actitud de Juno antigua y parecia esperar una palabra de Carmen para hacer pesar sobre ella su maldición ó recibirla en sus brazos.

—Madre Luisa,—la dijo aquella tranquilamente—siempre sereis la maestra de todos nosotros; porque nadie puede alabarse de tener un olfato tan fino como vos.

—¡Desgracias, hija mia, desgracias?—contestó la madre Luisa con sentimiento.—Un malvado en quien puse mi amor tiene la culpa de todo. Esos mónstruos de hombres son los que se vengan al fin. Trata, hija mia, de no hacer nunca una sandez.

—Volvamos á nuestro asunto—interrumpió Carmen á quien aquel género de conversación desagradaba.

—Está todo arreglado—dijo aquella Celestina.—Mañana por la noche estará todo arreglado y pasado mañana la joven estará en nuestro poder. Cuando la tenga bajo llave, iré á decirle todo lo que haya ocurrido y á recibir sus órdenes.

Carmen hizo un signo de asentimiento y tendió su portamonedas á la vieja, diciéndole:

—No economiceis el dinero; es preciso triunfar.

—Con esa palabra se puede lograr todo. ¿No tienes más que decirme, hija mía?

—No; es decir, si. Tengo necesidad de una persona que vos podeis procurarme.

—¿Qué clase de persona?

—Una joven de diez y seis á diez y ocho años, lista y obediente que se haga pasar durante cierto tiempo por la hija de un gran señor. Se trata de reemplazar una niña perdida á los tres años, que no se ha vuelto á ver desde esa fecha y que aparecerá como recien hallada.

La madre Luisa lanzó una exclamación de jubilosa sorpresa.

—¡Esto es lo que se llama estar de suerte!—murmuró.—Si se hubiera hecho de encargo no resultaría mejor. Figúrate una joven, una muchacha de la edad deseada, fresca

como un ramo de flores y bella como un lirio de los valles. Apenas conoce el mundo... Ha vivido siempre entre cuatro paredes, guardando una fidelidad de Vestal á su primer amante, que ayer mismo la ha dejado plantada. Hoy está poseída por la cólera y se la hará ir donde se quiera. Tus asuntos marchan sobre ruedas.

—¿No es tonta?

—¡Tonta! Thais, ese es su nombre, nombre que por supuesto puede cambiarse según convenga, hará camino. Hoy que le falta experiencia tiene bastante ingenio para desempeñar á las mil maravillas el papel que vas á poner en sus manos. La conozco como si fuera hija mia. Hace seis meses que está á mi cuidado.

—Llevádmela mañana antes de la hora del teatro, la veré y la haré hablar. Si me conviene no perderá su tiempo.

—¡Así lo espero!—exclamó la vieja con animación.

Las diez sonaban en el reloj de los inválidos.

Era la hora de la segunda cita de Carmen.

—Todo está convenido—dijo esta.—Volvámonos al coche, os dejaré en la esquina de la Avenida de la Reina, á cien pasos de la plaza donde tengo que ver á alguien.

—No conviene que vayamos juntas. Aquí me separo de tí. Vé sola á tus negocios, yo atravesaré el puente y en la esplanada no faltará algún coche.

Carmen reconoció lo prudente del consejo y se apresuró á seguirle volviendo sola hácia el carruaje.

El cochero dormía en su asiento y esta vez profundamente.

Carmen le despertó y se hizo conducir al lugar de la segunda cita.

La Girafa, merced á las indicaciones que la había hecho Doble-Seis, la esperaba ya.

Las instrucciones que Carmen debía dar á ésta ya las conocemos.

La pérdida de Margarita era inevitable.

V

El robo

Al día siguiente, «que era domingo» y conste que no es nuestro ánimo plagiar aquí al evangelista, Margarita, según su costumbre, llegó al almacén en que prestaba sus servicios antes que sus compañeras.

Estas fueron llegando poco á poco, y muy en breve gran número de señoras acudió al mostrador con prisa de hacer sus compras, mientras otras no pudiendo aproximarse esperaban detrás de las afortunadas que habían llegado primero.

Entre las primeras había una mujer seca, alta y huesosa de una edad y de un exterior respetables y vestida con una severa elegancia que difícilmente se hubiera podido averiguar á que clase social pertenecía.

Esta mujer que al entrar en el almacén se había dirigido directamente al dueño del establecimiento, se había anunciado como maestra de provincia, encargada por la familia de una de sus discípulas de la compra de un *trousseau* completo.

Como la compra parecía tener alguna importancia, el patrón la escuchaba con benévola complacencia, y acabó por encomendar á Margarita el cuidado de enseñarle todas las muestras que pudieran convenirle.

Margarita se había apresurado á obedecer y había mostrado á la nueva parroquiana una colección completa de encajes y blondas.

La mujer se sentó disponiéndose á examinar con minuciosa lentitud pieza por pieza, mientras hacía á cada paso observaciones con tono dogmático.

Poco despues, cuando gran número de público acudió al mostrador, Margarita no pudo ocuparse tan detenidamente de ella y la dejó haciendo un minucioso exámen.

Más tarde aún, una victoria azul, fileteada de blanco y tirada por dos hermosos alazanes conducidos por un cochero profusamente galoneado, se detuvo con estrépito delante de la puerta del almacén.

De ella se apeó una mujer joven todavía, de una belleza un tanto llamativa y ataviada con suprema elagancia, la cual después de dirigir unas palabras al lacayo que había abierto la portezuela, salvó la puerta y entró con cierta magestad.

El dueño de la tienda se adelantó á ella, saludándola con una gracia completamente comercial.

—¿Tendré la dicha de que la señora necesite alguno de los artículos de mi casa?—preguntó.

—Sí, me ha recomendado vuestro establecimiento M. de Moncharmont.—dijo la elegante con cierta displicencia.

Maese Púgret, este era el nombre del comerciante, se estremeció de júbilo.

—¡Oh! el señor general Moncharmont nos honra con su confianza desde hace muchos años. Ayer mismo se dignó hacernos un pedido considerable y puesto que nos ha recomendado á la señora, nos complaceremos mucho en procurar servirla.

—Necesito mucha cosas, sobre todo encajes—dijo Carmen con la misma displicencia.

—Ninguna casa de París podrá ofreceros lo que nosotros tenemos en ese artículo. Chantilly, Valenciennes, Inglaterra, Malines. Dibujos especiales para la casa, ricos y del mejor gusto... Indudablemente lo que conviene á la señora... Si la señora se digna escuchar...

Carmen hizo una ligera señal de asentimiento y se acercó al mostrador, en el cual apenas pareció fijarse en la dama alta de quien nos hemos ocupado ya.

Esta levantó los ojos hácia ella y se separó un poco como si temiese el contacto de aquella seda.

Fué la única muestra de atención que dió.

Margarita comenzó de nuevo su tarea mostrando un sin número de cajas á Carmen.

—Estos son los que deseais comprar—dijo mostrando unos riquísimos encajes.

—Acabareis por animarme, querida, -contestó Carmen sonriendo.

Después de algunos instantes de indecisión, eligió una una de las piezas y se dirigió á la caja.

—Tened la bondad de enviar á mi hotel las compras que he hecho y hacedme la factura, que voy á pagar.

Maese Pingret protestó:

—La señora pagará la factura cuando reciba la mercancía. La casa no tiene costumbre de cobrar por adelantado. Es una injuria que se le hace...

Pero la actriz insistió de tal manera. que hubiera sido descortesia en el comerciante obstinarse más

Hizo extender la factura que ascendía á unos mil doscientos francos y la presentó á Carmen, que sacando de su portamonedas repleto de billetes de Banco, dos de éstos, pagó sin ragatear.

Dió su nombre y sus señas y salió.

Mientras terminaba así la visita de Carmen, la maestra de escuela, que había permanecido junto al mostrador, terminaba tambien sus numerosas compras, adquisiciones modestas; pero que no dejaban de hacer un total respeta-

ble y que llenaba por completo el programa que había trazado al principio.

Saldó su cuenta, rehusó cortesmente la ayuda de un mozo para que le llevara el paquete á su domicilio y tomó un coche de alquiler, después de haber asegurado á M Pingret que recomendaría la tienda á todas sus amigas y discípulas.

Un poco antes de llegar á la calle del Temple, un coche de alquiler se había detenido delante del bazar situado enfrente del cuartel y una mujer con la cabeza ligeramente inclinada en la ventanilla, parecía observar los objetos allí expuestos pero en realidad miraba á lo largo de la calle de Rivolí.

Era Carmen que fiel á su sistema de excesiva prudencia, había despedido su carruaje para subir en el primer alquiler que se le había presentado.

Cuando el coche que conducía á la llamada por sí misma maestra de provincia, llegó delante del bazar, una señal apenas perceptible de pregunta por una parte y de respuesta afirmativa por la otra, se cruzó entre ellas.

Media hora después la titulada maestra se apeaba en el boulevard del Temple y se internaba á pié en el pasaje Vendome.

Un hombre vestido con un ámplio gaban color de castaña y casi oculta la fisonomía por las anchas alas de su sombrero gris, parecía mirar con atención el escaparate de una librería en que se veían algunas canciones de moda.

Se le hubiera tomado por un honrado habitante de Marais, haciendo hora para ir á comer.

La mujer le tropezó al pasar con su paquete; pero continuó su camino sin volver la cabeza.

El pareció no notar nada y prosiguió por unos instantes para do, hasta que después, con la mayor naturalidad, siguió el mismo camino que ella.

Al llegar á la calle de San Claudio uno y otro, sin hablarse aún, penetraron en una especie de pórtico estrecho y bajo, sin puerta que le cerrase, y al cabo de una galería

negra encontraron una escalera ruinosa, adornada en su parte derecha por una cuerda grasienta que parecía hecha para prevenir en lo posible los peligros de la ascension.

Una vez en el segundo piso, la mujer abrió una puerta y entraron en una habitación bastante desahogada y no mal amueblada

—¡Diablo!—dijo por fin el hombre arrojándose en una silla.—¿Está todo hecho?

—¡Y á las mil maravillas!—contestó la mujer desembarazándose de su sombrero y su chal.—Aquí tienes lo pedido

Diciendo esto mostró la pieza de encaje que Carmen habia admirado por tanto tiempo.

El hombre del paletó, en el cual se había reconocido á Doble-Seis la contempló á su vez con mirada de inteligencia.

—Verdadero encaje de Bruselas—murmuró.

—A cien francos el metro y como había diez puede calcular un total de mil balas.

—¿Has visto á la dama?

—Sí; me esperaba en la esquina de la calle del Temple, delante del bazar. ¿Y tu asunto?

—¡Diablo!—Exclamó Doble Seis con aire poco satisfecho.—La cosa no es fácil.

Dicho esto, la digna pareja volvió á salir, y tomando la calle de Luis Felipe, ganó el arrabal de San Antonio.

A treinta ó cuarenta pasos de la plaza, á la izquierda se vé un establecimiento de bebidas.

Allí fué donde se detuvieron Doble Seis y la Girafa.

Un hombre de aspecto repulsivo los esperaba bebiendo ajenjo.

Era el polaco, el domador de fieras.

—¿Has dicho á mi hombre que el indivíduo en cuestión suele entrar aquí cuando va á su casa?—preguntó la Girafa.

—Cuando tiene lo que él llama humor negro, no falta jamás,—respondió el polaco en su lengua. que tenía tanto

de francés como de alemán.—Pero cuando no lo tiene pasa por la puerta sin decir oste ni moste.

—Pues hoy es preciso que no pase. Tú que le conoces espíale. Mientras tanto vamos á tomar nuestro ajenjo.

El polaco apuró de un trago su copa y fué á apoyar sus corpulentas espaldas sobre el quicio de la puerta.

En el interior de la taberna la Girafa y Doble-Seis procedieron con calma á aguar su ajenjo.

Al cabo de un cuarto de hora el polaco entró precipitadamente.

—Aquí está el particular. El diablo me lleve si la suerte no nos favorece. Por lo que se ve está en el momento de la cólera y no pasará por la puerta sin entrar.

—Para mayor seguridad—dijo la Girafa—cortémosle el paso.

Y levantándose asomó la nariz á la calle.

Bernier, el tallista, entraba en aquel momento en la calle y como había notado el ojo experto del domador de fieras, se encontraba preso de una violenta excitación, que no era evidentemente el resultado de la embriaguez.

¿Cuál era la causa de su cólera?

Poco importaba esto á la Girafa. Fueran las que quisieran las causas de aquella exaltación, el hecho es que le llevaba á la taberna y esto era lo apetecido. Para qué había de preguntar más.

—¡Atención!—dijo ella con alegría volviéndose hácia Doble Seis que no había abandonado su puesto. Vas á ver cómo hago entrar á las gentes por el oro. Pon atención, querido mío, y verás cómo hay de qué reir.

Y ligera como una araña que sacara el cuello por entre las mallas de su tela, dejó venir á su presa casi oculta por la figura repulsiva del polaco.

Bernier estaba á dos pasos de la taberna.

VI

Datos confidenciales

Aquel mismo día, á las diez de la mañana, el ayuda de cámara del príncipe Tolstoi, entrando de puntitas en la estancia de su amo, puso sobre una mesa que había á la cabecera de su lecho un voluminoso sobre sellado con las armas de Rusia.

El príncipe dormía aún. Un fatigoso insomnio le había tenido despierto casi toda la noche durante la cual el pen. samiento de Margarita no le había dejado un momento.

El príncipe amaba á Margarita como un verdadero adolescente del Volg

Hasta que había sabido de labios del conde de Prebois que tenía un rival, y que éste era Luciano mismo, había conservado la suprema satisfacción de que ya que no correspondido, era solo enamorado de Margarita, cuya esquivez expresaba por tanto poder vencer algún día.

La revelación terrible de Luciano le había anonadado.

Solo al rayar el día el sueño le había vencido, pero

aquel sueño tenía todas las crueles agitaciones del insomnio, y á pesar de lo espeso de la alfombra y de las precauciones tomadas por el ayuda de cámara, el príncipe le oyó y al incorporarse en el lecho vió el sobre, que le hizo prorrumpir en una exclamación de júbilo.

—Hé aquí lo que esperaba,—exclamó.—Dame mi bata, abre los balcones y déjame,—dijo al criado.—Sobre todo que nadie entre aqui sin que yo llame.

El criado obedeció, y el príncipe, arrellanado en un sillón colocado cerca de la chimenea, rompió los tres sellos que cerraban la misiva oficial y la deslió con avidez.

Era el resultado de su visita de la víspera á la embajada rusa, un informe detallado de los actos de Carmen desde el momento en que la policía secreta de la embajada había recibido la orden de ocuparse de ella.

El informe comenzaba así:

«*Número 1.*—7 Enero, tres tarde. -Sale á pié á las tres menos diez minutos, toma un coche en la calle de Laffite y se hace llevar á la de Dronot número 10.

»Allí vive en el entresuelo, un cierto barón Marán. (Véanse los antecedentes de este sujeto en informe por separado.)

»Sube á casa del barón y se encierra con él. Como no hay criado alguno en la casa faltan medios de confidencia de tal entrevista.

»Deja al barón á las cuatro y entra directamente en su casa donde la espera hace más de una hora su amante oficial, M. Octavio de Moncharmont, el cual queda con ella hasta las nueve.

»Nota. Será posible conocer, al menos en parte, la conversación de estos últimos. La doncella de Carmen ha debido escuchar tras de la puerta. El informe siguiente dirá lo que se haya podido saber de este particular.»

«*Número 2.*—7 Enero, 4 tarde.—El barón de Marán sale de su casa detrás de Carmen y se dirige á la calle Cadez, á cuyo número 7 manda á buscar á una mujer conocida

por la madre Luisa (véanse sus antecedentes) y va á esperarle á una pastelería del fauburg Montmartre.

»Conversan en voz tan baja que no puede cogerse más que algunas frases sueltas tales como á las nueve Avenida de la Reina.. Sin duda una cita.

»El barón da cien francos á la madre Luisa y sale para tomar un coche que le conduce á casa de un prendero de la calle del Temple, donde cambia su traje por uno de hombre del pueblo.

»Se traslada al pasaje Thiersé, á una taberna frecuentada por gente sospechosa Imposible seguirle allí. Diálogos desconocidos. Al solo que se conoce es al llamado Doble-Seis (Véanse antecedentes.)

»El barón vuelve á la calle del Temple, recobra su traje y se hace llevar al círculo del boulevard Montmartre.»

«*Continuación del número 1.*—Nueve noche.—A las nueve menos algunos minutos, Carmen sale de nuevo envuelta en su espeso velo que pende de su sombrero y arrebujada en un chal.

»Toma un carruaje de alquiler en la calle de las Victorias. En la imposibilidad de comprar al cochero, se le hace volcar y Carmen pasa al nuestro que la conduce á la plaza de la Concordia, esquina á la Avenida de la Reina.

»La entrevista con la madre Luisa, que era la que le esperaba no pudo ser oída y duró un cuarto de hora.

»Luisa desaparece por el puente hacia la parte de los Inválidos. Cármen vuelve por la misma Avenida de la Reina, donde otra mujer ahora le habla.

»La misma escena se repite. Conversación que no puede ser oída en medio del puente de Yena.

»La incógnita se aleja también en dirección á los Inválidos.

»Carmen se hace conducir á su casa. A las doce se sabe por un criado que está acostada.

»La vigilancia sigue.»

«*Número 3.*—Doce noche.—El barón de Marán ha en-

contrado á M. de Moncharmont, con quien ha pasado la noche jugando al whist.

»A las once y media salen uno y otro, y para hablar con más libertad dan varias vueltas por el boulevard.

»El barón ha decidido á M. de Moncharmont á aceptar un préstamo de cien mil francos.

»Los fondos le serán entregados el lunes. El de Moncharmont no sabe cómo atestiguar su agradecimiento.

»Este entra tranquilamente en su casa.

»La vigilancia sigue.»

«Nota.—Circunstancia digna de anotarse.—Al mismo tiempo que la nuestra, otra vigilancia oculta vela sobre Cármen y el barón de Marán. La monta un chicuelo de trece á catorce años, llamado el Moscardón.

»Parece que obra con el fin de guardar de las asechanzas de Carmen y del barón á la hija de un obrero llamada Margarita.»

Al llegar á este punto de la lectura el príncipe pareció reflexionar profundamente.

¿Quién era aquel muchacho que por su propia iniciativa se constituía en defensor de Margarita?

Aquella pregunta parecia por el pronto insoluble y el príncipe renunció á explicársela.

Habia llegado á la segunda parte del informe que tenía por título «Antecedentes», y estaba dividido en cuatro capítulos, cada uno de los cuales estaba encabezado con el nombre de los individuos que figuraban en la primera parte.

El que llevaba al frente el nombre de Carmen contenía esta anotación:

»Carmen, cuyo verdadero nombre es Olimpia Crochard, ha usado los de la Ribotte, Renard y por último el de Carmen.

»Es hija natural de una joven llamada Crochard, que fué vendedora de flores en la calle de Clos Bruneau.

»Dejó á su madre á los trece años para seguir por las ferias á un cantor ambulante, á quien dejó á su vez para

ser amiga de varios estudiantes primero, después figuranta en el teatro de Luxemburgo, más tarde Sonámbula lucida y por fin partiquina de la Opera.

»Ha arruinado á varios hijos de familia. Es en extremo peligrosa y es capaz hasta del crimen por satisfacer su insaciable codicia.

»Su amante actual es un cierto barón Marán (véase más adelante.)

»Tiene cuarenta y dos años y carece de antecedentes judiciales.»

La nota relativa al barón de Marán seguia inmediatamente.

«Barón de Marán. Su verdadero nombre es Oscar Marangorin, conocido por Crepé y por Lampión. Fué en tiempos mancebo de peluquería y sufrió tres años de prisión en Poisey como autor de un robo de alhajas.

»Al salir de la prisión encontró á la Crochard, hija, que ha sido quien le ha creado una posición.

»Hoy es barón de Marán, se ha condecorado por sí mismo con diversas cruces extranjeras y ha tomado aires de un verdadero elegante.

»Gracias á su querida, que por medio de sus relaciones le ha abierto todas las puertas de los círculos, tiene reputación de un perfecto hombre de mundo.

»Se sospecha conserve ciertas relaciones con sus antiguos compañeros de Poissy.

»En manos de Carmen, mucho más astuta y más viciosa que él, es un instrumento peligroso pero caro.

»Veintiocho años y antecedentes en la Prefectura de policía.»

Después seguía la biografía de Mad. Luisa.

«Mad. Luisa ó la madre Luisa. Su verdadero nombre se ignora.

»Antigua actriz de teatros de provincia de tercer ó cuarto orden, Profesión osteusible, asistenta de mujeres galantes mala situación, máscara bajo la cual ejerce en libertad su profesión real que es lanzar al mundo jóvenes

inespertas que sin sus cuidados no sabrían poner pie en buen terreno. Lista, prudente, profundamente inmoral y sobre todo codiciosa hasta el esceso. Gran pasión por los licores azucarados.

»De cincuenta á sesenta años No tiene antecedentes judiciales.

Para conocer la obra seguian estas dos lineas.

«Doble-Seis es uno de los apodos de un presidario, cumplido de Tolón, donde pasó diez años por robo seguido de asesinato.

»Este individuo, cuyo nombre es César Robin es temible por su fuerza y por su audacia.»

Debajo de estas líneas y á guisa de postdata se leía.

«Noticias confidenciales suministradas á la embajada por la agencia judicial.»

Al terminar aquella lectura, el príncipe de Tolstoi quedó sumido por grande espacio en una sombría meditación.

—Mejor prefiero renunciar á ella para siempre, que debérsela á esa miserable - exclamó al fin levantándose con violencia.

Y después de dar dos ó tres pasos por la estancia escribió á Carmen esta carta, cuyo carácter de letra revelaba la cólera de que se hallaba poseido:

«Queda roto nuestro compromiso. Os cedo los cien mil francos dados ayer y os incluyo los veinte mil á titulo de indemnización.

»No tengo para qué daros cuenta del motivo que me lleva á tomar esta resolución que es irrevocable. Bástaos saber que debeis conformaros con ella.

»Sabed que desde el momento en que recibais este billete os queda prohibido ocuparos para nada de *ella*. Olvidaos hasta de que existe.

»Yo no suplico, mando; y cuando se me desobedece castigo.»

Después de firmar tan extraño billete tomó veinte de mil francos de un mueble y cerró el pliego con un sello.

—Toma un coche—dijo después de llamar á un criado de su confianza—y lleva esto á donde dice el sobre Le entregarás en persona. Si la mujer á quien va destinado no está en su casa la buscarás y la encontrarás Si pierdes un solo segundo, cuando regresemos á Rusia me acordaré de ello Véte.

El criado tomó el billete y salió con la rapidez del rayo.

Era entonces medio día y Carmen, salida hacía media hora del almacén de mercería, donde había hecho que la Girafa robara la pieza de encajes por cuenta de Margarita, acababa de entrar en su casa.

A la hora escasa y cuando el príncipe después de terminada su toilet se disponía á salir, el criado entró en su estancia con un perfumado billete en la mano.

—¡Una respuesta!—exclamó en ruso.

El príncipe no esperaba que Carmen contestase. Tomó el billete y le abrió, viendo caer á sus piés un paquete de billetes de Banco.

Después leyó lo que sigue:

«Príncipe; vuestra carta de estilo un poco tártaro, no exijía respuesta Notad que digo no exijía, no permitiéndome decir que no la merecía.

»Felizmente ayer os había dicho que no conocíais á las mujeres francesas y eso os escusa á mis ojos.

»Si las hubieseis estudiado más, sabríais que jamás renunciamos á lo que nos divierte; y como me he propuesto haceros feliz, continuaré mi obra aún á despecho vuestro

»Esto quiere deciros que nuestro contrato persiste, al menos por mi parte... Sois libre de romperle por la vuestra; pero no por eso dejaré de hacer cuanto pueda por haceros dichoso.

»No os asombre que os devuelva en este pliego una suma que no me pertenece, puesto que aceptada sería comprometerme á no ocuparme más de *ella* y nada más lejos de mi que cumplir parte del programa.

»Como os dije ayer: antes de un mes *ella* será vuestra.

»Os conserva su amistad

CARMEN.»

Cuando el príncipe acabó de leer estaba lívido de cólera y su mirada lanzó un relámpago de rabia, mientras sus labios se contenían en una delicada terrible sonrisa.

—Si esa mujer toca á un solo cabello de Margarita, morirá. Esta carta es su juicio y su sentencia.

Como se vé, Carmen persistía en no tomar en sério las amenazas del príncipe.

Paris no era Siberia, y amenazas del género de las de Tolstoi no podían hacer otra cosa en una verdadera mujer parisiense que excitar la risa.

Mientras que dulcemente cegada por tan excusable ignorancia, se felicitaba de la imprudente carta que de tal modo había excitado la cólera del cosaco, éste conducido á gran galope en su carruaje, se dirigía al hotel del general en la calle de Amsterdan.

Al llegar á la puerta echó pié á tierra, sacó su tarjeta á la que dobló una punta y se dirigió al portero:

Un lacayo con gran librea estaba de pié delante de la puerta y parecía esperarle.

El príncipe le tendió la tarjeta y abrió la boca para pedirle noticias del herido.

—Tenía orden de M. Prebois de esperar á S. E.—dijo.—M. Luciano suplica á S. E. le haga la merced de subir un instante.

—¿Cómo está?—preguntó el príncipe avanzando hácia el hotel.

—La noche ha sido mala. Sólo esta mañana se ha iniciado alguna mejoría. El médico del señor conde está en este momento con él.

Conducido por el lacayo, el príncipe penetró en la estancia en que el día anterior se había colocado á su presencia á Luciano.

El médico del general, una de las celebridades de la escuela de medicina de Paris, hombre ya anciano pero

lleno de corazón y de experiencia, estaba á la cabecera del herido y acababa de practicar una nueva cura

Al ver al príncipe, Luciano hizo un movimiento y le tendió la mano sonriendo débilmente.

—Os esperaba; pero si no hubierais venido os hubiera hecho escribir dos líneas pidiéndoos una visita de algunos minutos. Tengo un servicio que reclamar de vos... Tal vez proporcionaros una alegría.

El médico comprendió que su presencia pudiera ser inoportuna.

Sin embargo no salió enseguida.

—Caballero—dijo al príncipe;—M. de Probois está en una situación grave, pero no desesperada y si es prudente creo responder de él. Es preciso sin embargo tener ciertas precauciones y he autorizado vuestra visita sólo á condición de que sea corta y de que no le hagais hablar mucho.

El príncipe hizo una señal de asentimiento y sin dejar la mano de Luciano se sentó junto á su lecho.

Entonces fué cuando el médico salió.

Luciano le miró salir y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, dijo con voz débil:

—No quisiera contradecir al doctor, sabe mucho más que yo acerca de mi verdadera situación y es posible que me devuelva la vida, pero por mucha que sea su experiencia puede engañarse.

El príncipe quiso hacer una señal negativa que Luciano atajó con una sonrisa.

—No es esto decir que desesqere; amo la vida y no me sería grato morir; pero eso sólo en la mano de Dios está. Quiero obrar como si mi muerte estuviera próxima, y para esto es para lo que he querido veros.

—El doctor os ha recomendado que hableis poco,—aventuró el príncipe.

—Teneis razón. Escuchad, pues, lo que tengo que pediros... ¿Amais á Margarita, no es cierto?

Una misma emoción agitó á aquellos dos hombres, al uno al pronunciar tal nombre, al otro al oirle.

—¿Por qué recordar eso?—preguntó al príncipe.

—Es necesario. Porque la amais tanto como yo, porque os tengo por el hombre más caballeroso que conozco es por lo que os he escogido para confiaros una misión sagrada.

—Cualquiera que sea, juro cumplirla fiel y lealmente—exclamó el príncipe.

—Gracias. Ya os he dicho que tal vez su cumplimiento os proporcione una inefable alegría. Escuchadme... Margarita...

—¿Os ama?

—No lo sé... Espero pero nada más. Además ¿qué importa si hoy no soy más que un hombre suspendido sobre su tumba?

—¡Oh, callad!—exclamó el príncipe.—Vos no moriréis. Ella os ama, debeis vivir... Si os ama vuestra muerte ocasionaría la suya y yo ante todo quiero que viva. Si os amase daría mi vida por prolongar la vuestra.

Viendo que Luciano le contemplaba con asombro, continuó con voz conmovida.

—Nosotros tenemos amores salvajes; pero ignoramos lo que son pasiones egoistas. Os he querido matar porque la amabais; si hubiera sabido que ella os amaba os hubiera tendido la mano como á un hermano y hubiera tratado de asegurar vuestra dicha.

Su voz se trocó en seca y vibrante.

Toda expresión de dolor había desaparecido. Solo el ódio se mostraba en él en toda su ferocidad.

—Se me ha querido haccer creer que ella podria amarme. ¡Mentira! ¡Vileza! ¡Infamia! ¡Ay, de la miserable!—murmuró.

Lucían hizo un movimiento tratando de incorporarse.

—¿De quién hablais?—preguntó.

El príncipe se pasó la mano por la frente.

Había olvidado lo que debía á un hombre moribundo,

cuya vida le era á la sazón más cara que la suya á quien una emoción fuerte podía matar.

Tomó dulcemente la cabeza de Luciano y la posó sobre la almohada, con solicitud verdaderamente paternal.

—Callad,—dijo—Soy vuestro amigo. Olvidad todo lo demás y decidme por señas lo que os falte. Habeis hablado ya demasiado. Si el doctor al entrar os encontrase peor me cerraría vuestra puerta y yo deseo veros todos los días.

Luciano le miró con indecible reconocimiento y le dijo:

—Teneis un gran corazón, príncipe, y quisiera vivir para honrarme con la amistad que ofreceis. Razón tenía de contar con vos.

Y sacando de la almohada una llave pequeña, se la tendió al príncipe diciéndole:

—Esa es la llave de mi modesto estudio de pintor de la calle de Charentón en la misma casa de Margarita. Estaba en el bolsillo de mi levita, y la he pedido para entregárosla. Ireis á buscar el retrato de Margarita y os le llevareis á vuestra casa Si vuelvo á la vida me le devolvereis. Si muero le guardareis como recuerdo mio y de ella. Ya veis que os confio una misión parecida á la que me encomendábais ayer en el momento de cruzar nuestras espadas.

El príncipe tomó la llave.

—¿Me comprendeis, no es cierto?—insistió Luciano. No quiero, si muero, que ese retrato caiga en manos profanas. Vos y yo tenemos solos el derecho de guardarle.

—Antes de una hora ese retrato estará en mi poder—dijo el príncipe.

Luciano le tendió la mano,

—Gracias—murmuró.—Me siento mejor. Vuestra visita ha adelantado mi cura ocho días.

Dicho esto cerró los ojos y pareció dormirse súbitamente.

El príncipe asustado llamó al doctor con un grito lleno de angustia y le mostró al herido que creía desvanecido.

—Es sueño, no más que sueño—dijo el doctor con cierta sorpresa.—La fiebre ha desaparecido casi por completo y todo marcha admirablemente.

Y repitió casi textualmente las últimas palabras pronunciadas por Luciano.

—Vuestra visita ha anticipado su cura.

El príncipe de Tolstoi salió del hotel de Moncharmont dando al lacayo la orden de que le condujera á la calle de Charentón,

Iba á buscar el retrato de Margarita.

Precisamente en aquel mismo momento la Girafa y Doble-Seis, salían de la taberna en que los dejamos y se dirigían hácia la misma casa de Charentón, a la extremidad de uno de cuyos corredores tenía instalados el segundo sus más ó menos feroces alimañas.

VII

El Moscardón en busca de un Luis

El pasaje del Salmón afecta la forma de una cruz y tiene por consecuencia cuatro brazos.

El de la derecha, que entra por la calle de Montmartre da á una calleja estrecha, sucia y sombría paralela á la artería principal del pasaje.

Toda aquella parte está constantemente desierta. De día eran raros los transeuntes; pero de noche había la completa seguridad de no encontrar allí á nadie.

En su ángulo derecho se elevaba una alta casa de seis pisos que tenía dos entradas, una por la calle y otra por el pasaje.

El piso bajo estaba ocupado por un café de último órden, que bien pudiera pasar por taberna disfrazada.

Se recordará que el Moscardón, el pilluelo, después de haber reconocido en uno de los saboyanos un íntimo amigo suyo, se habia situado en el café del pasaje del Salmón conocido de ambos.

Este café era el de que acabamos de hablar.

La cita era para las ocho; pero el Moscardón temeroso de caer en falta estaba á las siete en la esquina del pasaje.

No era todavía de día y nadie parecía levantado en el café.

El pilluelo se sentó filosóficamente en la acera y esperó, pensando no sin fundamento, que siendo aquel día domingo y esperándose mayor parroquia, su espera no sería larga.

En efecto, las puertas no tardaron en abrirse y el pilluelo, ganando la entrada que existía en la casa de la parte del pasaje, entró en una de las salas del primer piso, cuya puerta estaba abierta.

Un mozo en mangas de camisa y gorro de algodón estaba ocupado en deshacer su lecho que había improvisado sobre dos mesas de marmol.

El aspecto matinal y no muy apetitoso del local tranquilizó al Moscardón y se cercioró de que sus amigos no habían llegado aún.

Cuando el reloj que adornaba uno de los muros se acercó á las ocho, la sala en que se encontraba nuestro héroe comenzó á llenarse de una veintena de indivíduos de ambos sexos que estaban aislados en grupos de dos ó tres.

En la reunión habia de todo, jóvenes, viejos, niños, hombres, y mujeres revelando en sus trajes bien diferentes profesiones.

Todos hablaban entre sí en una jerga particular.

El Moscardón, que entendía todos los dialectos hablados en Paris, como verdadero hijo del arroyo, adivinó sin dificultad alguna que tenía ante sí una parte del personal empleado por el patrón de sus dos amigos, por el hombre de las cadenas, esto es, un surtido completo de espías y policías ocultas.

Venian, sin duda alguna, de casa del patrón de recibir órdenes y se detenían un instante en su café favorito para tomar una copa de aguardiente ó de ajenjo.

El pilluelo pensó que sus amigos los saboyanos no debían estar lejos.

Con efecto, no tardaron en aparecer en la puerta y ya el Moscardón iba á dejar su puesto para dirigirse á ellos, cuando notó que no estaban solos.

Un individuo á quien no conocía venía con ellos y los llevaba familiarmente del brazo.

Los saboyanos no eran ya los mismos de la víspera. Un buen lavado y un cambio de traje les habían dado mejor aspecto.

Uno de ellos, el amigo Hipólito, llevaba una chaquetilla redonda y un pantalón de pana verde un poco usados en los codos y en las rodilleras, una gorra de tela y un par de zapatos forrados, traje exacto de un mozo de encargos auvernés.

Nada le faltaba, ni el manojo de cuerdas, ni el palo de fresno, ni la medalla de cobre pendiente de su ojal y mostrando el número oficial.

El otro, vestido de blanco con su mandil ceñido y un gorro del mismo color del traje tenía todo el aspecto de uno de esos pinches que procedentes de alguna pastelería se encuentra con frecuencia en las calles, llevando ya en las manos, ya sobre la cabeza un pavo asado ó un voluminoso pastel.

En cuanto al individuo colocado entre ellos, que era un joven de unos veinte años, de fisonomía dulce y ligeramente burlona, vestía con cierta elegancia y buen gusto y se le podía tomar por un comisionista comercial ó por un dependiente de buena tienda en traje de día de fiesta.

Hipólito fué el primero que vió á Moscardón, y avanzó hacia él tirando de los otros.

—Convídanos á tomar una copa de aguardiente ó de ajenjo y hablemos de cosas indiferentes hasta que la banda haya desfilado—dijo con voz baja al pilluelo aproximándose á la mesa.

Las copas fueron servidas, Hipólito y el comisionista

hablaron de la lluvia y del cobre, conversación que á nadie comprometía.

El comisionista debía gozar en la asamblea de cierta consideración, porque al entrar todos le habían saludado con extrema complacencia.

Poco á poco las conversaciones particulares fueron acallándose en la sala, las voces se apagaron y poco á poco las mesas se vaciaron y desapareciendo los consumidores, no quedaron más que los tres amigos sentados en la mesa del Moscardón.

El mozo había ido á completar su toilete al interior.

—Ahora podemos reir como nos dé la gana,—dijo el elegante lanzando una mirada satisfecha en torno suyo. Solo tengo que advertir que no nos sobra tiempo. Tengo que hacer mis excursiones matinales... Hipólito explica la cosa al señor y que se decida pronto.

El *señor* era el Moscardón.

El pobre muchacho tuvo un momento de angustia y preguntó con agitación.

—¿Qué es eso? ¿Habeis cambiado de idea desde ayer.

Hipólito pareció quedar un poco indeciso. Por fin respondió:

—No hemos cambiado de idea del todo, querido. Lo que Montón acaba de proponer está en tu interés.

—¿De qué se trata?—preguntó el Moscardón reponiéndose.

Hélo aquí. Ante todo has de saber que ha sido preciso advertir al patrón que te hemos encontrado dando cara á los mismos pájaros que nosotros perseguíamos, y como es consiguiente ha tomado nota de ello.

—¿Eso me es igual—dijo el pilluelo con indiferencia. ¿Y luego?

—Luego debes saber que ayer vigilamos á la cómica y sus amigos; pero como sabes que ven más cuatro ojos que dos y mejor aún seis que cuatro, para seguir de cerca los pasos de esa Carmen y ese barón de Marán nos ha parecido conveniente poner en autos á este amigo.

El designado con el nombre de Montón hizo una señal de asentimiento un poco petulante.

—Montón—siguió Hipólito—es como si dijéramos la mano derecha del patrón y él es el encargado de la parte más difícil por consiguiente. En el bolsillo tiene un relato circunstanciado de cuanto nuestros dos pájaros hicieron ayer.

El pilluelo que hasta allí había considerado al elegante como un inoportuno de que convenía desembarazarse, alzó la cabeza hácia él para mirarle con admiración y presentarle sus escusas.

—¡Oh! solo me hace falta ver esas notas—murmuró.

Montón se limitó á contestar. Nada más facil; pero hay que imponer condiciones.

—¿Cuáles son?

—Cinco luises pagados por adelantado—repuso modestamente Montón.

Era hombre que hablaba poco; pero no había en él una palabra de desperdicio.

El Moscardón no había podido menos de dar un salto en su asiento al oir la escandalosa cifra.

—Eso no puede pasar de ser una broma—dijo mirando á sus amigos.

—Eso le hemos respondido cuando nos ha hablado del asunto,—contestó Hipólito.—Pero necesita moneda. Florineta, una figurante de Delascón le arruina. ¿No es cierto Montón?

El interpelado hizo un signo de asentimiento lleno de fatuidad,

—¿De dónde quereis que saque yo cien francos enseguida? —dijo el pilluelo aterrado.

Y sacando del fondo de su bolsillo un viejo portamonedas le abrió ingenuamente sobre la mesa.

En él estaban las economías de toda su vida, pero no contenía más que sesenta francos y diez sueldos.

—No tengo más que esto—dijo.—Os lo doy de buena voluntad si me mostrais vuestras notas. ¿Aceptais el trato?

—Necesito precisamente cien francos—respondió el joven con frialdad.

—¿No os digo que no tengo más? ¿Qué os cuesta mostrarme esos papeles? Es preciso que yo vea claro á fin de poder parar el golpe. Os lo ruego, M. Montón, tomad esos sesenta francos con sus diez sueldos.

—No,—dijo Montón con dureza.—Florineta me ha pedido cien francos para un vestido que le ha gustado y solo cien francos es lo que quiero. Si Florineta no tuviera necesidad de ese vestido, os mostraría los papeles por una copa de aguardiente. El patrón no me perdonará esta bajeza y de no tener los cien francos, no quiero arriesgarme á ser despedido.

Diciendo esto sacudió la ceniza de su pipa, y se puso de pié.

El Moscardón se retorció las manos.

Hipólito y su compañero se consultaron con una mirada y se comprendieron.

—Espera un poco, Montón—dijeron á una.

—¿Cuánto tienes tú?—preguntó Hipólito á su compañero.

—Catorce balas como nueces.

—¡Cuanta riqueza! Pocos lores te igualan.

—¿Y tú?

—Seis francos, quince sueldos.

—Es decir que nuestro lote hace un total de veinte francos, quince sueldos que unidos á los sesenta y medio del Moscardón, suman ochenta y una balas y un cuarto.

El Moscardón, comprendiendo la generosidad de los dos mozos se limitó á decir:

—Sois dos amigos. Gracias.

—Es preciso que te contentes con eso—dijo Hipólito á Montón.

Imposible—respondió éste.

Eres un majadero—dijo el otro con cólera. Tu princesa empleará veinte francos menos en su vestido y no por eso pasará nada. ¡Un traje de cien francos para una mar-

mota como Florineta, cuando tu madre no ha gastado en su vida uno que le haya costado cien sueldos! Recoje tus ochavos, que ya nos levantas dolor de cabeza y entrega tu papel al Moscardón.

Montón no pensaba en enfadarse por el apóstrofe: pero tampoco se apresuraba á obedecer. Pensaba sin duda en la desesperación de Florineta viendo reducido el valor de su vestido en veinte francos y temblaba ante la idea de tener que sufrir sus reproches.

—Después de todo—repuso Hipólito—si tanto deseas tener veinte francos, pídeselos al patrón por mi cuenta.

—Demasiado sabes que no os hace adelantos á vosotros —observó Montón.

—Pues que te le haga á tí.

—Ya tengo tomado todo el mes.

—Entonces que adelante otro.

—Dadme vuestro informe que yo le lea y os prometo vuestros veinte francos para mañana por la mañana.

Montón miró á los otros dos, como para preguntarles hasta qué punto podia contar con aquella palabra.

—Cuando él lo dice tienes el dinero seguro,—respondió bruscamente el compañero de Hipólito—El Moscardón es el más honrado de todos nosotros. Pues ha hecho mal en hacer el ofrecimiento. Sin él hubiera arreglado yo el negocio.

El joven no aparentó oir esta última parte y comp'etamente convencido por la primera, sacó del bolsillo de su paletot una docena de cuadernos, de entre los cuales buscó uno que entregó al Moscardón.

Era el mismo informe que unas horas antes habían enviado de la embajada rusa al príncipe de Tolstoi.

El pilluelo asió el venturoso cuaderno con una alegría muy natural si se tiene en cuenta que por gozar aquella satisfacción había sacrificado hasta su último sueldo.

—Yo no sé leer más que los rótulos de las calles—dijo pasando el cuaderno á manos de Hipólito.—Tu que lees mejor que un notario, dime lo que pone ahí.

Hipólito leyó en voz baja pero clara y distinta hasta la última palabra de las notas que nosotros conocemos ya.

Cuando hubo terminado, el Moscardón devolvió el cuaderno á su dueño diciéndole:

—No me pesa el dinero, y os prometo que los veinte francos que quedan os serán entregados mañana. ¿Querreis mañana leerme la historia de hoy?

—Traed el dinero y veremos.

—¿Crees que tu figuranta necesitará mañana otro vestido? —dijo Hipólito en tono de burla.

Montón sin contestar salió á la calle.

—No es un mal hombre, pero está tocado —dijo Hipólito siguiendo con la mirada al joven—Su figuranta es la que le ha vuelto así. Desde que la ha conocido, desollaría á su madre por darle á comer su piel. ¿Te vienes?

—Todavía no—contestó el Moscardón.

El pilluelo necesitaba ir á ver á Luciano sin perder un momento y por eso dejó salir á sus amigos.

—Es preciso que mañana por la mañana dé los veinticinco francos que debo á ese Montón—se dijo—y Luciano me los prestará.

Pagó el gasto hecho en el café con los veinticinco sueldos que le quedaban y se dirigió á la calle de Charentón.

Allí le esperaba la primera decepción.

—M. Luciano—le dijo el portero—salió el viernes por la noche y no ha vuelto aún. Es la primera vez que le ocurre esto desde que está en la casa. Fuerza es que le haya sucedido algo.

El pilluelo tuvo pensamiento de subir, pero las afirmaciones del portero eran tan terminantes, que se puso en marcha.

Vamos á otra parte—se dijo—es preciso saber lo que pasa en casa de la cómica y en la de su amante. El barón me puede prestar los veinte francos tan bien como Luciano.

La misma decepción volvió á salirle al paso. Allí tampoco había nadie.

Nada hace perder las fuerzas como el desaliento. La parte moral defiende á la física.

El Moscardón que en su vida había sabido que era la fatiga, se sintió cansado y su estómago le advirtió que no había comido hacía más de 24 horas.

Pero la naturaleza del chicuelo tenía demasiados resortes de energía para que aquel momento de abatimiento fuese largo.

—Es preciso ganar esos veinte francos —se dijo poniéndose de un salto en pié.—Cualquiera diría que soy un rico propietario al ver que hace dos dias no pienso un solo instante en trabajar.

Diciendo esto se había puesto en marcha y había llegado al Telégrafo, cuya bajada iba á emprender, cuando un nuevo pensamiento le hizo detener.

¡Ah! ¡diablo!—exclamó.—¡Soy un verdadero animal! —dijo.

El recuerdo del aldeano robado en la plaza de la Bastilla y del soldado Bernardo acudió á su mente.

Y cambiando de dirección pero sin acortar el paso ganó la calle de Amsterdan y en ella la casa del general Moncharmont.

Allí no tenía miedo de encontrar la puerta cerrada. Bernardo le había dicho, si yo no estoy hazte conducir á presencia del general y háblale como me hablarías á mí.

Pero el viejo soldado estaba y tenía dadas sus órdenes en previsión de una visita del pilluelo, pues apenas dijo su nombre un criado le condujo á una lujosa habitación en la que el antiguo sargento fumaba en una magnífica pipa turca que le hubiera envidiado cualquier emir.

Bernardo lanzó una exclamación de alegría al ver al chicuelo.

—¡Treinta mil bombas! ¿Hay algo de nuevo?—preguntó.

—Sí—dijo el Moscardón casi falto de aliento.

—¿Sabes donde está nuestro hombre?

—Lo sospecho, y si quereis hoy mismo os llevo al lugar en que lo creo oculto.

—¡Que si lo quiero! ¡mil rayos!

Un instante. Es preciso que me ofrezcais veinte francos, si os lo hago encontrar.

Bernardo lanzando su pipa se adelantó al pilluelo para abrazarle con toda efusión; pero éste, en lugar de responder alegremente á aquella franca cordialidad palideció súbitamente y hubiera caído al suelo á no sostenerlo los brazos del viejo.

—¿Que te pasa?— preguntó Bernardo sosprendido de aquel inopinado síncope.

—Creo...creo que es hambre—respondió el chiquillo con voz débil.—Me he olvidado de comer desde ayer por la mañana.

El sargento lazzó una especie de rugido y dijo con violencia:

—¡Imbécil! Por qué no lo has dicho enseguida. Siéntate y espera un poco que vas á comer para dos días. Entretanto toma esto, que resucita á un muerto.

Y le echó en una finísima copa dos cucharadas de un cognac de cuarenta años.

Unos momentos después el Moscardón sentado en un sillón, tenía delante un plato de consomé y varias fiambres rociados con un Burdeos de primera.

Cuando el pilluelo estuvo restaurado, lo cual no tardó mucho, Bernardo le pidió algunas explicaciones acerca del lugar en que creía oculto al aldeano.

El chicuelo, después de algunos detalles, murmuró:

—Si teneis un par de pistolas no hareis mal en llevarlas con vos. Doble-Seis es un verdadero mónstruo, y si nos encontrasen de noche rondando su casa, nuestras cuentas quedarían saldadas.

—Eso lo veríamos—dijo el viejo sargento tomando en cuenta la advertencia y descolgando un par de pistolas de reglamento que se puso á cargar.

A cosa de las cuatro y media, Bernardo y el pilluelo

bajaban de la calle de Amsterdam, subían en un coche de alquiler y se hacían conducir á la plaza de la Bastilla con objeto de ir desde allí á pié á la calle de Charentón.

De este modo, casi á la misma hora, el príncipe Tolstoi de su parte, Doble-Seis la Girafa y el polaco de otra, y por último Bernando y Moscardon se dirigían al mismo lugar, donde forzosamente debían encontrarse.

VIII

El retrato de Margarita

El domingo, por excepción, salía Margarita de la tienda á las cinco.

La venta cesaba á las tres: de tres á cinco recogia los géneros desplegados ante los parroquianos y á las cinco quedaba lista.

Algunas veces en verano, y aún en invierno si el tiempo estaba bueno, Mad Bernier iba á buscar á Margarita y las dos mujeres daban un par de vueltas por la plaza de Saint-Jaques- la Booncheries.

El dia que hablamos, Margarita, hondamente preocupada por la ausencia de Luciano, cumplió su misión como siempre.

Pero tal preocupación la impidió notar el habil robo de que habia sido víctima.

A las cuatro y media, cuando Margarita lo tuvo todo ordenado, pidió y obtuvo permiso de salir antes que sus compañeras, y libre, en fin, se dirigió á la calle.

—Margarita tiene hoy prisa, observó en voz alta una de las jóvenes.

La observación hecha, fijó la atención sobre una preocupación que debía tener fatales consecuencias para la pobre niña.

La noche llega muy pronto en invierno, y aunque Margarita apresuró el paso ya era muy oscuro cuando llegó á la calle de Charentón.

Habituada á las costumbres de los Bernier, y segura de encontrarlos en su casa, pasó por delante del portero sin dirigirle la palabra; pero apenas había subido unos cuantos escalones, éste, sacando la cabeza de su garita, le hizo seña de que se detuviera y murmuró á su oído:

—Llegais en mal momento, señorita. Papá Bernier acaba de subir, y parece poseido de una fuerte cólera,

Margarita respondió con una sonrisa llena de tristeza y subió precipitadamente los cuatro tramos.

Al llegar al piso cuarto se detuvo fatigada.

El corazón le latia fuertemente y su rostro se coloreaba súbitamente.

Pero no era la rapidez de la ascensión lo que producía aquella emoción.

Miró un instante si alguien podía verla y con la inseguridad del que va á cometer un crimen subió hasta el estudio de Luciano y se puso á escuchar todo ruido que pudiera descubrirle la presencia del hombre amado.

Como no oyese nada volvió á bajar.

Según la costumbre de la mayor parte de las casas de los obreros, la llave estaba puesta en la cerradura de los Bernier.

Margarita puso la mano en ella; pero una palabra, su nombre pronunciado en el interior, cambió el rubor que tenían sus mejillas en mortal palidéz.

La voz siempre desesperada y como nunca amenazadora de Bernier sonaba en el interior como suena el trueno en la borrasca.

La joven no perdió una sola sílaba de sus palabras.

Como petrificada quedó allí algunos instantes; pero por fin, reuniendo toda su energía, abrió la puerta con violencia y se precipitó en la estancia exclamando:

—¡Lo que decís es una infamia, una horrible calumnia!

Para hacer comprender el súbito cambio operado en Margarita y la indignación mezclada al despecho que manifestaba, necesario es precederle en la morada de los Bernier y asistir á la escena acaecida entre el marido y la mujer.

Al dejar la tienda de licores del arrabal San Antonio donde había dejado aquellos que con tanta impaciencia habían esperado, esto es, Doble Seis, la Girafa, y el polaco, Bernier se había dirigido directamente á su casa.

Estaba completamente embriagado, no con esa embriaguez pesada y dormilona del vicioso, sino de esa embriaguez feróz, hija legítima del ajenjo, predecesora del *delirium tremens*, que excita los nervios, contrae los músculos y saca de quicio las facultades morales á impulso de una tristeza invencible.

Desgraciadamente sabemos el caso en que se encontraba el pobre obrero.

Cuando llegó á su casa estaba casi loco.

Su mujer acababa de encender la lámpara de trabajo, y sentada ante la mesilla donde hemos visto á Margarita trabajando á su lado, había puesto mano á su labor, interrumpida un instante por el crepúsculo.

Al entrar como una verdadera avalancha, Bernier se irguió ante ella gritándole sin conciencia del horroroso golpe que la daba.

—¡He visto á tu hija! ¡La he visto!

La desgraciada mujer se puso de pié, como si obedeciera á la acción de un resorte y repitió con voz débil:

—¿Has visto á mi hija? ¡Ah! Bernier, no debías decírmelo de esa manera.

El sin oirla siguió.

—¡He visto á esa miserable como debía verla. Demasiado

sabía yo porqué nos había abandonado ¿Somos lo bastante ricos para tener una hija así? Le faltaban trajes de seda sombreros con plumas, carruajes con cuatro ruedas. . Y todo eso lo ha ido á buscar en el lodo... En el bolsillo de su amante. ¿Lo sabes ahora? Solo á una loca como tú podían ocultársele tales cosas... Pero ahora te digo lo que he visto.

Mad. Bernier, que se había dejado caer en una silla, miraba á su marido con espanto.

—¿Dónde la has visto? Estás seguro de que es ella?

Bernier lanzó una carcajada convulsiva.

—¡Oh, si, si,! ¡La conozco de sobra!... Te digo que es ella... ¿Me entiendes?

Y se adelantó hacia su mujer en actitud amenazadora· Solo la mesilla de trabajo mediaba entre ellos.

—En los Campos Elíseos es donde la he visto en coche. ¡Tiene coche!... ¡Ah! La hija de Bernier el tallista con carruaje! Y se reía con un imbécil, con su amante! ¡Truenos y rayos! ¿Quién ha dicho que esa es mi hija?... Yo no quiero que sea... ¡No existe ya!

Esta última frase que la pobre madre tomó al pié de la letra, la galvanizó por un instante y se levantó á su vez como una fiera gritando con voz de insensatez:

—¡La has matado, mónstruo! ¿Has matado á mi hija?

Y como si aquel esfuerzo hubiera agotado toda su energía volvió á caerse en su asiento.

—¡Si, si... he querido matarla!—gruñó Bernier. La hubiera matado; pero no he podido... Los dos debían haber muerto; pero se me han escapado... ¡infame! Ni siquiera me ha mirado He estado á punto de que su carruaje me aplastase.¡ Oh! eso hubiera sido gracioso!

—Bernier, me haces sufrir mucho. Calla, calla, por piedad.

—Hermosa es la vida,—seguía diciendo el tallista con frases cortadas é incoherentes.—Un Dios que recompensa la infamia y que castiga á los padres de la que no ha reci-

bido de ellos más que beneficios... ¡Oh! por no poder ser así; hay que concluir que no hay Dios.

—Cállate, Bernier,—repitió su mujer en tono suplicante.

—¡No quiero callar! ¿Dónde está el mal que hemos hecho? Solo hemos sembrado bienes para recoger desdichas. ¿Qué hubiera sido de esa niña que hemos recogido sin nuestro auxilio? ¿Por qué la hemos adoptado? Porque estaba sola y era desgraciada. Otra recompensada.

—No hables mal de ella—le interrumpió su mujer,—es un angel. Si alguien pudiera consolarme de la pérdida de la otra sería ella.

—¡Un angel!—exclamó Bernier con exaltación —Un angel que solo espera la ocasión de imitar á la otra. ¿Hay acaso muchachas honradas hoy? El honor hoy es una tontería de la cual se burla todo el mundo.

—Calla, Bernier, blasfemas.

—Déjame, quiero hablar: ¿Sabes tú lo que hace ese ángel? Nos engaña como la otra pero con más descaro. La otra nos lo ocultaba y esta recibe en nuestra propia casa á su amante.

—¡Un amante! ¿De qué hablas? Estás loco, Bernier.

—¡Oh! pero á este le conozco... Que venga aquí y morirá á mis manos.

Diciendo esto blandía con rabia su martillo por encima de su cabeza.

Mad. Bernier juntaba las manos con angustia.

—¿A quien te refieres?

—Al que hace seis meses viene á sentarse delante de esta mesa, burlándose de nosotros.

—¡M. Luciano!

—Sí, M. Luciano, pero no es Luciano así como se quiere, sino el señor conde Luciano de Prebois, un aristócrata que se hace pasar por pintor de retratos á diez francos y que tiene cuarenta mil de renta.

—¡El!

—Uno de esos perdidos del gran mundo que tienen por

toda ocupación perder á las hijas de los desgraciados como nosotros.

—¡El! —repitió Mad Bernier con el mayor asombro.

—Como es rico puede permitirse lo que quiera. El oro lo compra hoy todo. Ayer no vino, pues vendrá hoy y nos reiremos.

—Margarita no es culpable—replicó madame Bernier con toda la energía de su voz.—Si ese M. Luciano la ha engañado como nos ha engañado á nosotros mismos ocultándole su condición ¿es por eso más culpable que nosotros? ¿Donde está su falta?

—¡Su falta!—repitió el obrero con voz sorda,—es siempre la misma, la que cometen todas. ¿Pregúntale que va á hacer todas las noches á arriba, al estudio del pintor?

—Margarita!

—Crees que al volver de la tienda entra aquí en derechura? Para ignorar lo que pasa es preciso ser tan idiota como tú... El mejor día tomará el tole como la otra. Todas son lo mismo.

—¡Oh! no lo creo... ¿Quién ha dicho semejante cosa? Margarita es incapaz de acción semejante —gritó Mad. Bernier con energía.—Aunque lo viera por mis propios ojos no lo creería.

—Lo creo yo y basta—dijo Bernier descargando un martillazo sobre la mesa.—Pero yo me encargo de dar su merecido á esa buena hembra y á su amante.

En el momento en que el obrero acababa de pronunciar aquellas frases, Margarita empujaba la puerta con violencia y entró en la estancia exclamando:

—Lo que acabais de decir es una calumnia, una calumnia infame.

Mad. Bernier al ver á Margarita lanzó un grito de espanto.

Su marido una especie de rugido.

—Bueno— gritó éste después.—Hé aquí la primera que caerá.

Su mujer se precipitó á él.

—Repara en que no es tu hija.

—Tienes razón; puesto que no es mi hija no tengo el derecho de matarla.

El desgraciado no pensaba más que en matar. Como todos los borrachos, era presa de una idea fija.

Margarita no se había movido.

—No soy vuestra hija,—dijo—pero me habeis recogido y adoptado y si vos me considerais como tal yo os considero como padre y reconozco el derecho de juzgar ¿De qué me acusais? ¿Con que prueba me condenais?

La altivez de la muchacha pareció hacer alguna impresión en el obrero, así es que replicó brutalmente:

—Si no eres mi hija tus asuntos no me atañen, pero lo que si me llega al alma es que un pillastre, un perdido, se haya burlado durante seis meses de nosotros, tomando un nombre que no es el suyo Ese es un hombre y se le puede hablar. Espera un poco... ya que no viene será cosa de irle á buscar.

—¿A donde vas?—le preguntó su mujer deteniéndole.

—A donde no te importa. Las mujeres no tienen nada que ver en estas cosas. Déjame en paz.

Y rechazándola con violencia se dirigió hácia la puerta.

Un doble grito resonó en la estancia cuando él salía.

De dolor el de su mujer, de desesperación el de Margarita.

La mujer de Bernier, obedeciendo al impulso dado por el brazo de su marido, había caído á lo largo del pavimento, y aunque no parecía haberse herido en la caída, un delgado hilo de sangre salía de sus doloridos labios todavía entreabiertos por el grito que acababa de lanzar.

—Me ha matado—murmuró la desdichada.

—¿Dónde sentís el daño?

Mad. Bernier hizo un esfuerzo para incorporarse y se llevó la mano al corazón.

—Aquí dijo con voz apenas perceptible.—La sangre me ahoga... creo que voy á morir...

La descomposición de la fisonomía de la paciente apoyaba aquella afirmación.

Margarita se estremeció.

Por un momento vaciló; pero comprendiendo que aquella desdichada necesitaba auxilios salió de la estancia para buscarlos.

Al subir á la escalera oyó grandes golpes en el piso superior.

En aquel momento Bernier que era el que producía aquel ruido llamando inútilmente á la puerta de Luciano gritaba con tenacidad estúpida:

—¡No quieres abrir!... ¡No quieres abrir!... Pues espera.

Y creyendo sin duda que el pintor le esperaba oculto tras de la puerta, la hizo saltar con un rugido de fiera.

Al ver á aquel hombre poseído de todas las malas pasiones lanzarse al aposento del ser amado, Margarita salió de la especie de alucinación en que habia caído.

Sin calcular lo que hacía gritó:

—¡Mr. Luciano! ¡Mr. Luciano!...

Margarita le creyó desconcertado; pero Bernier, que en aquel momento acababa de ver el retrato que pintaba Luciano, exclamó:

—¿Y todavía sostendrás que no es tu amante?—rugió el tallista al oirla.

—No lo es,—dijo Margarita con altivez—pero no quiero que le asesineis sin que pueda defenderse.

—¡Asesinarle! ¡asesinarle!... ¿Te atreverás aún á llamarme asesino?

—Estais embriagado, y cuando lo estais sois capaz de todo, hasta de insultar á una mujer que os ha mirado siempre como á su padre.

—¿Y eso, no es bastante prueba?

—Margarita no le escuchaba. Aquel retrato pintado de memoria la decía cuanto era el amor de Luciano.

Pero las rudas frases del obrero la hicieron salir de su arrobamiento:

—Veo que ha tratado de ponerte bonita... ¿Qué vestido es ese que no te conocemos?

Margarita comprendió.

Luciano por un capricho de artista la habia pintado con un traje lleno de lujo y de elegancia.

La observación de Bernier parecía justa. Todas las apariencias la condenaban.

La joven bajó la frente como si efectivamente fuese culpable.

—Una mujer honrada no se deja retratar á solas por un hombre que no es nada suyo. Si sois honrada todavía, quiero destruir esta prueba acusadora.

Diciendo esto Bernier, levantó el martillo que llevaba en la mano para destruir el lienzo.

Pero una mano vigorosa retuvo la suya con ímpetu verdaderamente salvaje, mientras una voz desconocida incisiva y aguda como una hoja de acero, le decía:

—Bendice al cielo, miserable, que me ha permitido detenerte é tiempo. Si tu mano sacrílega hubiera llegado á tocar ese lienzo, estarías muerto á mis piés.

Margarita al volver la cabeza vió dos hombres en la estancia.

Uno era el principe Tolstoi.

El otro uno de sus criados que llevaba en la mano una bujía que les había prestado el portero.

Cuando el principe soltó al obrero, se descubrió respetuosamente y preguntó á la joven:

—¿Quién es ese hombre, señorita? ¿Qué hace aquí donde indudablemente ha penetrado valiéndose de la violencia?

—Es mi padre. Su presencia aquí es debida á un arrebato que ya lamenta. Vamos á retirarnos.

El tallista miró con asombro al principe.

—Sois fuerte—dijo con admiración real.—Pero he merecido la violencia que habeis usado conmigo. Margarita ha dicho la verdad, estaba loco... He bebido y he maltratado á todo el mundo... á ella... á mi mujer... Soy un desgraciado.

Al oir estas palabras, Margarita ahogó un grito.

—¡Gran Dios!—murmuró—lo había olvidado todo.

Y cogiendo á Bernier por la mano, le dijo:

—Venid... ¡Se muere!

—¿Mi mujer?

—Si, subí detrás de vos para llamaros.

Bernier dejó caer la cabeza sobre el pecho, y lanzó un rugido.

—¡Yo la he matado!

Y se lanzó á la escalera.

Cuando hubieron desaparecido, el príncipe miró un momento el retrato y volviéndose al criado le dijo:

Tomad ese cuadro y llevadle á casa.

El príncipe salió.

Cuando ponía el pié en la calle, un individuo que venía á todo escape, chocándo con él estuvo á punto de hacerle caer.

Pero con gran asombro del ruso, vió que á pocos pasos del pasaje caía sobre el pavimento como una masa inerte, aquél con quién tropezó.

IX

La casa de fieras del polaco

Para conocer el drama que se habia desarrollado en el fondo del patio de la calle de Charentón y para saber el nombre del individuo que muerto ó moribundo habia caido á los piés del príncipe de Tolstoi, no es preciso retroceder al momento en que Doble Seis, la Girafa y el Polaco, después de haberse separado de Bernier, se dirigieron á la casa de fieras del Polaco.

En este respetable terceto el ajenjo no habia producido los deplorables efectos que en Bernier, pues solo había hecho desplegar en ellos cierta alegría.

La Girafa sobre todo, la incomparable Girafa, satisfecha del resultado del dia, se sentia con ganas de bromear.

En cambio Doble Seis que por un movimiento de prudencia digno de elogio en semejante clase de personas veía que las cosas podían tomar mal giro si alguno daba con el secuestro efectuado por orden de Marangorin, no pudo menos de exclamar, como si hablase consigo mismo.

—Artículos 341 y 342 del Código penal. Las detenciones de personas y los secuestros, serán castigados con la pena de trabajos forzados á perpetuidad. ¡A Dios gracias conozco el Código.

—Necedades La cadena es un dige como otro cualquiera, y de los diges solo abusan los tonos.

Por primera vez el polaco no pareció participar de la autorizada opinión de la Girafa.

—¡No hablemos de esas cosas!—murmuró deteniéndose —¿Tienes miedo?... Doble-Seis, pásale la botella para inspirarle valor.

—A callar,—dijo el Alcides brutalmente á su risueña y sensible mitad. —No está el horno para bollos.

—¿A qué vienen esos repulgos?

—Calla el pico. El polaco tiene razón. No es por un billete de quinientas pesetas por lo que se arriesgaba uno á hacer un viaje allí abajo.

No es preciso ser muy lince para adivinar para qué han traido ese aldeano á París... Y si dan con él no lo pasaremos muy bien.

—¡Así parece!—dijo el polaco.

—Está bien oculto. El diablo me lleve si dan con él—dijo la Girafa, que impulsada por su hombre se había puesto de un humor de perros.—Además Marangorin es un amigo y hay que hacer lo que dice.

—Marangorin no ocupará nuestro puesto si nos pescan —contestó Doble-Seis.—Será preciso que se decida á que soltemos á su hombre ó que nos desembaracemos de él.

—Eso es cuenta suya—dijo filosóficamente el polaco.— Si quiere que se le suelte le soltaremos; si no quiere volver á oir hablar de él, le serviré como almuerzo á mis fieras y todo habrá acabado.

—Y eso te economizará lo menos una docena de francos de carne Pero tranquilízate Marangorin decidirá.

Cuando decía esto los tres personajes avanzaban hácia el extremo del pasaje.

La noche había cerrado por completo y como una

parte de aquella vía sólo estaba iluminada por la luna, la oscuridad era casi completa.

Pero los tres honorables socios estaban sobrado acostumbrados á manejarse en las tinieblas y el camino era conocido para ellos.

Las dificultades de la marcha los había obligado á soltarse del brazo y caminaban uno tras otro.

Así llegaron á la bajada del camino de hierro.

Al fin de la plaza se veía una linterna que parecía un faro perdido en medio del mar.

A la vista de aquella luz, el polaco ahogó una blasfemia entre sus dientes.

Doble-Seis y la Girafa se detuvieron.

—¡Mil diablos! He olvidado apagar la luz—murmuró el polaco.

—¿Necesitas encender luz para dar de comer á una bestia en pleno día? -dijo Doble-Seis con cólera.—Te vas volviendo imbécil.

El polaco se encogió de hombres con lástima.

—Quisiera verte en mi lugar. No es ningún oso de cartón y me tragaría como tú te bebes una copa de lo caro. Tiene sus manías y si abriera la jaula de día sin ponerle una luz bajo las narices me saltaría al cuello en menos tiempo que tarde en decirlo. Cada cual en su oficio es maestro.

—Todo es tener un poco más de precaución—dijo filosóficamente la Girafa.

Y sin añadir palabra dejó el camino que seguían y se dirigió diagonalmente hácia la luz.

Doble-Seis y el polaco le siguieron á alguna distancia.

De pronto la Girafa se detuvo.

—¿Qué hay?—preguntó Doble Seis.

—Allá abajo hay quién espía.

—¡Diablo!

—Tu maldita linterna—gruñó Doble-Seis.

La Girafa tomó á cada uno de la mano diciendo.

—A tierra todo el mundo.

Casi arrastrándose llegaron al círculo de luz que salía de la barraca donde reinaba el más profundo silencio.

—¡No hay nadie!—dijo Doble-Seis.—La Girafa ha soñado.

—Yo no sueño ni dormida. Los he visto pasar por delante de la luz.

—¿Cuántos son?

—Dos; uno grande y otro pequeño.

—Si no son más hay poco que temer.

—Sí; pero donde hay dos puede haber cuatro ó seis—observó Doble-Seis. Puede que sean merodeadores sin mala intención que vengan aquí para robar algún tubo ó alguna plancha. ¿Has cerrado bien la puerta?

—Dos vueltas á la llave y la barra. No hay miedo de que entre nadie.

—Ni de que salga que es lo principal. Desde el momento en que nadie llegue á él no se arriesga gran cosa.

Un gruñido sordo interrumpió el silencio.

—Es mi oso que olfatea alguien que le desagrada—dijo el polaco.—Tiene razón la Girafa, alguien hay por aquí.

—Pues sea uno ó dos, tendrán carne fresca tus bestias.

Un individuo que salía de detrás del barracón acababa de aparecer en el círculo luminoso y parecía buscar algo en el suelo.

Era alto, vigoroso y llevaba traje de paisano; pero su cabeza estaba cubierta con un képis militar.

—¿Le conoces?—preguntó la Girafa.

—¡Diablo!—Es el soldado—dijo el polaco.—Está sobre la pista de su hombre.

—Ese no está contento con escapar una vez y busca...

—Detente que aún hay otro—dijo la Girafa.

—¡Es el Moscardón!—exclamó Doble-Seis, no sin asombro.

—De ese me encargo yó—objetó la Girafa.

El individuo de képis, y que como ya se ha adivinado

no era otro que Bernardo, pareció haber dado al fin con lo que buscaban él y el Moscardón.

El objeto no era otra cosa que un enorme pedrusco.

—¿Qué quiere hacer con eso?—dijo el polaco con inquietud.

—¡Por el infierno!—gruñó la Girafa.—Bien claro está: lo que pretende es demoler la barraca.

—¡Mil rayos! rugió el domador de osos.

La Girafa; que era la que dominaba en aquel momento la situación, preguntó.

—¿Resistirá mucho la puerta?

—Es sólida; está hecha á prueba de cualquier evasión de un oso.

—Entonces, nos dá tiempo.

El antiguo sargento, comenzado ya el ataque, lanzaba la piedra con fuerza de titan.

—Esos hombres son demasiado peligrosos para que sigan viviendo—siguió la Girafa.—Pero sería necio presumir que el soldado se viene con las manos vacías. Lo probable es que sus bolsillos estén provistos de un par de pistolas.

—Seguro—dijo Doble-Seis.—Esos diablos de soldados no se duermen y son capaces de alojar una bala en el estómago á cualquier hombre honrado sin decir «agua vá.»

Además que un tiro se oye de lejos y no tenemos necesidad de atraer gente que venga á mezclarse en nuestros asuntos.

La primera tentativa ensayada por el sargento y el Moscardón, se dirigió á la puerta que trataron de hacer saltar; pero como habia dicho el polaco, ésta era sólida.

—Contad—decía en tanto el muchacho con energía—que os ayudaré cuanto pueda para libertar á vuestro hombre; aún asado hubiera de dejar la piel en el apero; pero no quiero ser causa de qne ocurra mal alguno al polaco ni á los otros. Dirían que los había vendido y yo no hago traición á nadie.

—Eres un bravo mozo y no te digo que no. Lo prometi-

do es prometido por más que sea lástima dejar tranquila á semejante canalla Pero si el polaco llega y quiere hacer una barrabasada, en el bolsillo tengo dos pistolas para hacerle entrar en razón

Dicho esto volvió á la tarea y la obra de demolición avanzó.

Pero de repente el pilluelo se retiró inquieto y pareció interrogar las sombras.

El pilluelo de París, acostumbrado á vivir en una perpétua emboscada, ve en la oscuridad como los individuos de la raza felina.

El Moscardón acabó por distinguir la sombra de una mujer.

Era la Girafa que conocía perfectamente al Moscardón y sospechaba su táctica.

—No me ha visto,—pensó el granujilla.

Pero á pesar de tal creencia la mujer corrió á esconderse detrás de las piedras, y el chiquillo tratando solo de asegurarse de la dirección que había tomado avanzó un buen espacio.

Pero apenas habia pensado en detenerse, la Girafa como un mónstruo provisto de garras, se lanzó sobre su presa y aferró al chiquillo por el cuello sin darle lugar á lanzar un grito.

Pero éste, pronto siempre á toda emboscada, no sintió ni sorpresa ni temor.

Una vez reconocida la Girafa trató de desasirse de sus dedos que comenzaban á ahogarle é hizo presa á su vez en ella valiéndose de las uñas y de los dientes.

Aquel era un combate á muerte; pero de buena ley.

Pero al fin el Moscardón fué más hábil y logró derribar á su adversario.

—¡A mi polaco!—rugió ello al verse caer.

El pilluelo que había caido sobre ella soltó la presa al oir aquel grito.

Su enemigo pidiendo socorro declaraba su vencimiento y por tanto no era temible. ¿A qué encarnizarse con él

inútilmente cuando Bernardo podría correr un verdadero riesgo?

Esta no dejó de aprovecharse de ello y antes de que él pudiera evitar el golpe, le hirió en la cara con un cuchillo que desenvainado ya había sacado de entre sus ropas.

El pilluelo vaciló; pero con la rapidez del relámpago, se volvió sobre la Girafa y la descargó en el pecho uno de esos puntapiés que son uno de los primeros recursos estratégicos usados por los pilluelos.

La Girafa, sin poder resistir el empuje cayó cuan larga era.

—¡Tocada! -dijo el Moscardón que á pesar de la gravedad de la situación, no pudo dejar de lanzar esta última cuchufleta al rostro de su enemiga.

Pero la sangre le cegaba y tuvo que pasarse la mano por el rostro para ver en torno suyo.

—¿Qué había sido de Bernardo? ¿Había sido atacado? ¿Cómo no se había oido la detonación de sus pistolas?—pensó el valeroso chicuelo.

Y herido como estaba, no vaciló un momento en correr á reunirse á su compañero.

Pero al propio tiempo un grito sordo y ahogado y un pesado golpe sonoro del mismo lado y la voz de Doble-Seis se dejó oir:

—Uno ya tiene su cuenta arreglada—dijo.—Al otro, polaco.

—La Girafa se ha encargado de él.

—Creo que necesite nuestro auxilio, porque ahora le he oido lanzar un grito.

El Moscardón vió á los dos bandidos que se dirigían hacia él al mismo tiempo que la Girafa les gritaba:

—¡Detenedle! ¡Detenedle!

—¡Mil rayos! —rugió el antiguo forzado.—El Moscardón se nos escapa. Si no le cojemos antes de una hora tendremos sobre los talones un batallón de polizontes Adelante

polaco. Parece increible que la Girafa le haya dejado escapar.

La aludida, arrastrándose penosamente, llegó á ellos.

—¡El infame ha podido más que yo!—gruñó dolorosamente.

Moscardón no había podido oir las palabras de sus perseguidores; pero sin oirles y sin cuidar de ocultarse se dió á la fuga precipitadamente.

Doble-Seis, el polaco y la Girafa, le vieron cuando estaba á quince pasos de ellos.

Entonces comenzó una verdadera carrera, en que todos sabían que arriesgaba la vida.

Pero no podía ser larga. El pilluelo sabía demasiada estratégia para no saber que su defensa debía buscarla en la parte más habitada ó sea en la parte de la calle de Charentón.

Una vez en la esquina sabía que estaba salvo.

Los otros hacían una reflexión idéntica y trataban de impedírselo.

Durante algún tiempo el resultado de aquella loca persecución quedó indeciso y aún hubiera podido temerse que fnese fatal al muchacho.

Este oyó á su espalda la respiración clara y distinta de sus perseguidores y se creyó perdido.

Pero si el polaco y su cómplice era cien veces más fuertes que el pilluelo, éste contaba con una agilidad muy superior á la de aquéllos y bien pronto consiguió poner entre ellos la primitiva distancia.

Los dos bandidos echaban espumarajos por la boca de rabia.

Doble-Seis hizo una postrera tentativa y cogiendo de entre sus piés un cascote desprendido de cualquier parte le lanzó con toda violencia sobre el pilluelo.

El Moscardón, que recibió el golpe en la espalda, estuvo á punto de caer; pero concentrando todas sus fuerzas en un esfuerzo supremo, dió un salto y salvó la dis-

tancia que le separaba de la zona protegida por las primeras casas del pasaje.

Estaba salvado.

El ruido de los pasos de Doble-Seis y del Polaco, se alejaron.

Algunos momentos después el valeroso chiquillo, agotados su aliento y su voz, caia delante de la casa de Bernier y á los piés del príncipe de Tolstoi.

Ya hemos dicho que cuando éste salía llevando como una reliquia el retrato de Margarita, sintió un choque imprevisto.

Repuesto de él, se inclinó y á la luz de un mechero de gas reconoció que el indivíduo que había chocado con él era un chiquillo gravemente herido en la frente.

Un velo de sangre cubría en efecto el rostro del Moscardón; pero no estaba muerto, ni había perdido el conocimiento, por más que hiciera grandes esfuerzos para articular algunas palabras.

El criado del príncipe salía en aquel momento del portal.

—Lleva ese cuadro al coche y ven—ordenó el príncipe, confiándole el retrato.

Una vez desembarazado de su carga, levantó al chicuelo con objeto de reclinarlo contra la pared; pero el Moscardón se puso solo de pié, trató de limpiarse la sangre que cubría sus ojos y los fijó en el príncipe con sorpresa.

Acababa de reconoeer en él al hombre que había visto la víspera apearse del hotel de Moncharmón en compañia de Octavio.

—Vos sois el príncipe—exclamó en voz desfallecida.

—¿Me conoces?

—Sí... Sois el príncipe de... Esperad un poco. Es un nombre un poco atravesado. No importa cuál sea. Sois un príncipe ruso, amigo de M. de Moncharmón... ¡Oh que suerte para mí el hallaros... Vos podeis acudir conmigo á su socorro.

El príncipe le creyó loco.

—¡Volver contigo! ¿En socorro de quien?

—De Bernardo, á quien asesinan. Ya sabeis Bernardo, el soldado del general.

—¡El amigo del general Moncharmón! ¿Y qué hace ahí?

—Una historia que no os importa. Venid, venid pronto y con gente; yo he huido porque estaba solo; pero ya con vos me atrevo á volver. Tal vez lleguemos á tiempo para sacarle de sus garras.

El príncipe dudó.

—¿Quién son los que tratan de asesinarle?—preguntó con aire distraido.

—Gentes á quienes no conoceis, pero eso no hace al caso. Doble Seis, la Girafa y el polaco, unos pillos más que de marca.

—¡Doble-Seis, la Girafa!—repitió el príncipe.

Los informes de la policía suministrados por la embajada hablaban de ellos como de satélites de Cármen.

—Vamos—dijo.

—¿Llevais armas?—le preguntó el pilluelo.

—Sí,—respondió lacónicamente el príncipe.

—Desconfiad; forman una banda y solo Doble-Seis es capaz de habérselas con diez hombres. Yo no valgo casi nada. He derribado á la Girafa, pero me ha picado en la cara.

—¡Estas herido, con efecto!

—¡Bah! dijo el pilluelo con indiferencia.—Esto no es nada. La Girafa me ha hecho unos arañazos con su cuchillo, pero con un poco de agua, listo. Lo malo es que las piernas no me sostienen.

—Esperad dijo el príncipe.

Y se dirigió al coche para hacer bajar á su kalmuko que le servía de lacayo.

—Este es un hombre acostumbrado á ahogar un oso entre sus brazos en las orillas del Volga. Este te llevará y si encuentra á Doble-Seis le ahogará.

—¡Diablo! me gustaría ver eso—dijo el chiquelo alegremente.

El kalmuko, á una seña de su amo tomó al niño en sus brazos como si fuera una paja y siguió al príncipe, que se internó en las profundidades del pasaje.

El trayecto fué rápido, aunque mucho menos que lo había sido un cuarto de hora antes, cuando el Moscardón huía delante de los bandidos empeñados en su persecución.

Pero no había que perder un minuto.

El príncipe Tolstoi, el gran señor ruso, marchaba á la vanguardia con paso firme y seguro, como el soldado que avanza hacia el enemigo en un día de batalla.

El criado le seguía con la placidez automática del siervo ruso, que aunque obedece sin comprender se entrega completamente.

Al fin del tubo formado por el pasaje, el Moscardón pidió permiso para echar pié á tierra.

Y decimos que pidió permiso, porque el kalmuko, que había recibido orden de su señor de tenerle en sus brazos, le retenía de tal manera, que le hubiera sido imposible desasirse de ellos.

El príncipe concedió lo pedido y el criado obedeció.

—Es preciso que os guíe yo mismo—dijo el chiquillo—y para ello me es necesario servirme de mis piernas.

—¿Te encuentras con fuerzas suficientes para caminar?

—Sería capaz de dar la vuelta á París á la pata coja.

—Déjale,—dijo el príncipe á su criado

El frío de la noche había coagulado la sangre que corría unos momentos antes por su cara y ahora, salvo cierta debilidad que una naturaleza nerviosa como la suya podía soportarla bien, no sentía nada de las cuchilladas de la Giraía.

Púsose, pues, á la cabeza de la comitiva y al lado del príncipe, y avanzó algunos pasos en silencio con los ojos fijos en las sombras como si su fuerza de voluntad lograra disiparlas.

Un grito de estupefacción se escapó de sus labios.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó.—El golpe está dado.

—¿Qué quieres decir?

—Que los bandidos han hecho su negocio Aquí era donde estaba instalada la barraca ambulante del polaco y ya veis que no hay nadie No han dejo más que el pedrusco con que Bernardo quería echar abajo la puerta ¡Pobre Bernardo! Un hombre tan bravo y que me daba tan bien de comer!... ¿Qué han podido hacer de él esos infames? ¿Le habrán matado?

El chiquelo sentía llenarse de lágrimas sus ojos al hablar así. Las atenciones que el antiguo cazador de Africa le había prodigado, no habían caido en terreno ingrato.

El príncipe reflexionó.

El episodio de la muerte ó de la captura del sargento Bernardo por Doble Seis y el polaco, no tenía para él más que un interés relativo.

Ignoraba los motivos que habían llevado al viejo soldado y al Moscardón á aquellos lugares, poniéndolos en presencia de unos bandidos que no creia tuvieran relación con Margarita.

En la desaparición del antiguo forzado y de su compañero no veía más que la pérdida de una ocasión imprevista de asegurarse de aquellos miserables y de arrancar de ellos, ya por la amenaza, ya por la fuerza, ya valiéndose del soborno, el secreto de sus relaciones ocultas con Cármen, y á ser posible la confidencia de las intenciones de esta última con respecto á Margarita.

Valiente hasta la temeridad, rico hasta la opulencia y tan pródigo de su sangre como de su oro, el príncipe no dudaba de nada y hubiera aportado sólo la presencia de Doble-Seis y de su cuadrilla.

Solo temblaba ante la mirada de Margarita.

Sus reflexiones ante la fuga de los bandidos fueron cortas y dieron lugar á una determinación que se tradujo en una orden que dió el ruso á su lacayo.

—Qué habeis dicho á ese hombre?—preguntó el Moscardón con ese aplomo que le era característico.

El príncipe no pareció enojarse por la inoportunidad de la pregunta, y contestó:

—Le digo que la noche será fria, que las huellas de la rueda de su carricoche se conservarán intactas hasta la mañana y le doy orden de que apenas raye el dia esté aquí para seguir esa pista. Quiero que los encuentre y los encontrará. Cuando dé con ellos me lo avisará y yo mismo iré á buscarlos.

—¡Diablo!—exclamó el chicuelo.—El mensajero no puede ser mejor. Vuestro criado, que ha ahogado osos en sus brazos, es el único para tales casos. Pero yo, que he tenido en parte la culpa de la desdicha de M. Bernardo por no haberle dejado servirse de la policía, debo hacer algo también. Decidme, señor; si vuestro criado encuentra á Doble Seis le ahogará también?

—No; antes de que ese miserable reciba el castigo que merece, es preciso que yo escuche su confesión. Yo soy quién le hará hablar.

—¿Pero y si nos salta encima como ha hecho conmigo la Girafa?

—Entonces te defenderás.

El príncipe sacó de su abrigo de pieles un rico revólver de seis tiros.

—Toma—dijo al pilluelo—te lo regalo. Con eso y sangre fría tienes la vida de seis hombres en tu mano.

—¡Diablo!—gritó el pilluelo entusiasmado.—Si hubiera tenido esto antes, no estaría á estas horas M. Bernardo donde está.

—¿Cómo te llamas?

—Moscardón.

—¡Moscardón!

—Otro nombre que figuraba en las notas de la embajada.

Moscardón era el niño que según informes había establecido por su propia cuenta un espionaje sobre Car-

men para proteger á Margarita, contra oscuras maquinaciones.

—El cielo es quien te ha puesto en mi camino, hijo mío—le dijo el príncipe con voz grave—Una vez cumplida la misión que te impones de seguir á los bandidos, te espero.

Y antes de que el muchacho hubiera tenido tiempo de responder, el príncipe, después de haber dicho unas rápidas frases al kalmuko, se alejó á largos pasos y desapareció en dirección al sitio en que había dejado su carruaje.

—¿Qué es lo que acaba de deciros en vuestra lengua de salvaje?—preguntó entonces el chiquillo al kalmuko con quien se había quedado solo.

—El amo me ha dicho que si alguien toca un solo cabello de tu cabeza morirá—respondió friamente.—Estás bajo mi amparo y nadie se acercará á tí.

TERCERA PARTE

CARMEN

I

El cuarto de Cármen

Aquella misma noche, en el cuarto de Cármen, situado en el segundo piso del teatro, se notaba una gran agitación.

La cantante procedía á su toilette y para ello se movían en torno suyo varias personas que se ingeniaban por hacer resaltar sus encantos.

El cuarto de Cármen se parecía á todos los de su especie.

En el momento en que entramos en él le encontramos literalmente lleno.

Cinco personas le ocupan.

La actriz envuelta en un amplio peinador de transparente muselina, bajo cuyos pliegues se distingen distintamente sus formas que no teme descubrir, estaba sentada en una otomana y sigue en el espejo las complicadas operaciones á que el peluquero somete su cabeza.

Una criada instala en varias sillas las diferentes piezas del traje que vá á vestirla.

A sus piés otra doncella calza sus piés con los zapatos que ha de sacar.

Y detrás, extendido en su diván y fumando un cigarro, Octavio de Moncharmont hace penosamente la digestión de la comida soplando como una foca.

Pocos momentos después el peluquero, terminada su obra salió.

—¿Quiere vestirse la señora enseguida? —preguntó la doncella.

—Tengo todavía tres cuartos de hora antes de salir á escena. Hay tiempo. Volved dentro de media hora.

—Está bien.

—Rosa—dijo entonces á la otra criada, única persona que se interponia ya entre ella y M. de Moncharmont,—tampoco os necesito. Id. á los bastidores y esperad allí el fin del acto.

La actriz y el elegante quedaron solos.

La primera se acercó al segundo, y le preguntó:

—¿Qué hay?

El joven abrió los ojos con asombro.

—Cuando acabais de comer sois el hombre más insoportable que conozco, Moncharmont... ¿Habeis visto á vuestro primo?

—¡Ah!... si... ¿A mi primo Luciano? He ido á verle hoy.

—¿Y cómo está?

—Mal. Tengo miedo á heredarle.

—Temor que no os será del todo desagradable.

—Ha pasado mala noche y el doctor consideraba su situación harto grave.

—Lo cual hace creer que empeorará.

—¡Teneis mal corazón! ¡Pobre Luciano!

—Le tendré si quereis. No me defiendo. Pero ¿conozco yo acaso á vuestro primo Luciano? ¿Por qué ha de afligirme, pues, un acontecimiento, que de suceder pondria en nuestras manos trescientos ó cuatrocientos mil francos? Lo demás me es indiferente.

—No deseemos la muerte á nadie. Eso nos traería desgracia y os lo confieso, hoy me siento completamente dichoso.

—¿Y de qué proviene esa dicha?

—He comido de un modo digno de Lúculo.

—Suprimid los detalles. Sabeis que soy poco aficionada á los placeres de la mesa.

—Pero me permitireis hablar de la persona que me ha acompañado. Su presencia me ha hecho todavía más agradable la comida de la casa de Bignón.

—De quién hablais?

—¡Qué diablos! Del barón de Marán.

—¡A! es del barón de quien se trata.

—Del más perfecto caballero que conozco, debeis decir. Con qué tacto ha adivinado mi necesidad en estos momentos de unos cuantos centenares de francos. Me ha hecho sus ofertas con tal franqueza, que hubiera sido hacerle una injuria no aceptarlas.

—¿Y lo habeis hecho?

—A manos abiertas.

—¡Oh Moncharmont! Por más que creeis que en mujeres de mi clase los sermones de moral sientan mal, quiero haceros la justicia de creer que me conoceis méjor que los demás.

—Veo que os proponeis turbar mi digestión.

—Nada de eso. Pero quiero reñiros.

—¿Reñirme?

—¿Qué suma os ha prestado el barón?

—Dos cientos mil francos.

—Suma que de seguro superaba á vuestras esperanzas.

—Ciertamente.

—Y ¿qué condiciones os ha impuesto el barón?

—¡Impuesto! ¿Creeis que hemos tratado el negocio como tenderos de comestibles? Os digo que el barón es un perfecto caballero y hasta me ha costado trabajo que acepte un pagaré en toda regla.

—Lo cual no quita que esteis obligado á pagar á Moncharmont, no os ofendais por lo que os voy á decir, pero demasiado sabeis que no sois rico.

El elegante se revolvió en el diván y fijó en el rostro de la actriz una mirada verdaderamente asustada.

—No lo era hace dos días, dijo con voz alterada—pero ayer me dijisteis que había un medio de hacerme más rico que pesaba, asegurándome la herencia de mi tío el general

—Es cierto. Me ocurrió ese feliz pensamiento. Hacer desaparecer á su verdadera hija y sustituirla por una falsa que no será otra cosa que un instrumento en vuestras manos, del que podeis usar como os plazca.

—Y bien.

—Me parecisteis tan alarmado por la originalidad del medio que...

—¿Qué?

—Que he renunciado á él.

El elegante lanzó un grito ronco.

—¡Renunciado! Y yo que hoy mismo antes de comer había anunciado al general que estaba sobre la pista de su hija.

—¿Habeis hecho eso?—preguntó Carmen con verdadera sorpresa.

—Sin duda. ¿No era cosa convenida entre nosotros? Con verdad, Carmen, que parece que os empeñais en colocarme en situaciones difíciles.

—¿Cómo?

—Me sugeristeis una idea infernal, un verdadero crímen y cuando después de una gran lucha llegais á hacerme creer dueño ya de una fortuna de cuatro ó cinco millones, me decis tranquilamente que habeis renunciado ¿Tiene esto nombre?

—Calmaos, Octavio.

—Sabeis que desde el momento en que se ha apoderado de mí la idea de que la fortuna del general pudiera ser mía, no vivo hasta verla realizada. Hacedme desistir de esa esperanza y me tendreis convertido en un imbécil.

Cármen lanzó una alegre carcajada.

Moncharmnnt que no hablaba de burlas la miró indignado; pero las primeras palabras de su interlocutora le calmaron.

—Tranquilizáos, amigo mío He querido ver hasta qué punto estabais decidido á dejaros enriquecer y nada más. Cuando se trata de labrar vuestra dicha, ingrato, ¿creeis que puedo renunciar yo á tal proyecto? Todo está dispuesto á pedir de boca, faltándome solo saber el día preciso en que podeis cumplir vuestra promesa... Podeis volveros á la platea y dejadme continuar mi toilette. Después del cuarto acto volved.

—¿Sabreis algo más entonces?

—Es posible.

Cuando hubo salido del cuarto, Cármen encogiéndose de hombros, murmuró á media voz:

—Es un necio. Su filosofía cínica es lo que me conviene.

Y mientras se sentaba ante el tocador, añadió:

—¡Con tal de que el otro sea exacto! Son ya las nueve menos cinco.

Hubiérase dicho que la persona esperada no aguardaba más que aquel conjuro, pues aún no había acabado de murmurar tales palabras, cuando dos ligeros golpes dados á la puerta llegaron á sus oidos.

—¡Adelante!—dijo la actriz.

Dos mujeres se deslizaron en el interior del cuarto.

Las dos iban cuidadosamente cubiertas con los velos de sus sombreros y no se veía el menor rasgo de sus facciones.

Sin embargo, las líneas de sus cuerpos dejaban adivinar fácilmente que una de ellas era joven y la otra vieja

—¿No os ha visto nadie!—preguntó Carmen á la vieja.

- Nadie.

Entonces apartó el velo y descubrió el rostro de madame Luisa, la ex-madre noble.

—Hemos pasado por entre las coristas, y ni ellas ni el conserge han fijado su atención en nosotras... Conozco este terreno.

—Hablemos de otra cosa,

—Sí.

—¿Está prevenida?

—De lo esencial

—¿Y consiente?

—En todo lo que se quiera.

Estas palabras habían sido cambiadas en voz baja; pero la estrechez de la habitación hizo que la jóven no perdiera ninguna de ellas y una sonrisa indefinible había cruzado por sus labios.

La actriz hizo girar su sillón, y quedando frente á ella la dijo:

—Levantaos el velo para que pueda veros.

— Y vereis una hermosa niña—dijo madame Luisa, obedeciendo á sus instintos de alabar la mercancía.

La joven tan ventajosamente anunciada descubrió sus facciones y Cármen no pudo reprimir un movimiento de admiración ante la hermosura de Thais.

Con efecto, era la hija del tallista, antigua querida del barón de Marán, la que iba á desempeñar el papel de Margarita.

—Sois en efecto, muy linda, dijo la actriz creyendo avergonzarla con la brutalidad del cumplido.

Pero Thais no pestañeó siquiera, y sin embarazo ni fingida modestia se limitó á responder:

—Tal cumplido en vuestra boca debe enorgullecerme, porque nadie como vos debe saber lo que es la belleza de una mujer.

—Tiene además ingenio—murmuró Cármen con sorpresa.

Thais se inclinó ligeramente con un aplomo de buen gusto.

Los ojos de la actriz y de la madre Luisa se encontraron.

—Sentaos—dijo la primera—y hablemos sin perder tiempo. El momento de salir á escena se acerca y es preciso aprovechar los momentos.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo Thais.

—Permitidme tres preguntas: ¿Qué edad teneis?

—Diez y ocho años.

—¿Cómo os llamais?

—Thais.

—Ese no es su nombre.

—Es el de hoy. He olvidado el que tenía antes. He preferido éste; pero si quereis darme otro me es igual.

—¿De qué vivis!

—Estoy sola. Tenía un amante y me ha dejado hace dos dias. He querido reemplazarle no por amor sino por despecho y me he dejado llevar hoy por un hombre á comer á la puerta Maillot. Me disgustaba, al entrar he recibido la carta de la madre Luisa diciéndome que teniais que hacerme una proposición que me sacaría de lo repugnante de la vida que me proponía hacer, y le he despedido. Ahora aquí me teneis.

—Difícil es una mujer como vos evitar cierta clase de existencia.

—Cuento con vuestras proposiciones.

—¿Sois ambiciosa?

—Sí y no. Todo es relativo. Lo que voy á pediros por precio de mi obediencia os parecerá sin duda poca cosa y para mí es el colmo de la ambición.

—¿Y qué es ello?

—Tres mil francos de renta. Quiero cuando no me necesiteis irme lejos de Paris; á un pueblo y casarme si me es posible con un honrado campesino, al qué haré feliz.

—Es una verdadera burguesa—exclamó Mad. Luisa encogiéndose de hombros con lástima.

—Esa determinación me conviene—dijo la actriz.—Tendreis los tres mil francos de renta. Se os garantizará esa suma, depositando en donde os plazca una cantidad de sesenta mil que será vuestra si cumplís vuestros compromisos. Pero como tendré necesidad de vos hasta el último momento, dareis de tal suma recibo que yo os dictaré y cuyos términos os obliguen lo bastante para que no podais escapar.

—Es justo—dijo friamente Thais.

—Entonces no hay nada que añadir. La madre Luisa debe haberos dicho ya de lo que se trata.

La vieja tomó la palabra.

—La he dicho que se trataba de representar en una familia el papel de una niña perdida hace largo tiempo y hallada milagrosamente.

—Perfectamente.

—Yo me he limitado á decir que me son indispensables algunas noticias—objetó Thais.

—Que se os darán—dijo Carmen.—¿Os sentís con fuerzas para desempeñar el papel?

—Ya lo creo.

—Entonces quedaos. No volvereis á vuestra casa. Después del teatro os llevaré en mi carruaje á mi casa, donde pasareis la noche.

—Como querais—dijo la joven con indiferencia.—Desde este momento no me pertenezco.

—Echaos el velo á la cara por si alguien pudiera veros. No sería conveniente que alguien que os encuentre en la sociedad en que vais á vivir algún tiempo, recordara haberos visto en los bastidores de un teatro.

Thais sin replicar se echó el velo.

Cármen salió al corredor llamó al primer acomodador que pasó:

—Félix,—le dijo—haced el favor de conducir á esta señora al palco proscenio que la dirección me ha reservado para esta noche. Os la confío. No conoce el teatro y se

perdería. No la dejeis hasta haber cerrado la puerta tras ella.

El mozo hizo una señal de asentimiento.

—Al finalizar el espectáculo, yo misma iré á buscaros—dijo Cármen en voz baja á Thais.

Y cuando se quedó sola con la madre Luisa, preguntó:

—¿Está todo arreglado?

—Todo.

—¿La habitación?...

—Está ya completamente amueblada. Es la casita de una viuda acomodada. Nada de lujo; pero mucha comodidad. He encontrado todo eso en la calle de San Guillermo, arrabal de Saint Germain, 14. ¿Te convienen la calle y el barrio?

—Nada mejor.

Carmen tomó un libro de memorias y un lápiz y escribió las señas indicadas.

—¿Qué nombre habeis dado?

—Mad. de Marmagnan, viuda del capitán del mismo nombre.

—Vale tanto como cualquier otro.

La suerte nos ha favorecido. Una familia alemana obligada á partir precipitadamente, me ha puesto en condiciones de hacer la compra de todo el mobiliario. En cuanto á la doncella la he tomado en una agencia. Una picarda lo más inteligente que he podido hallar.

—¿Y los porteros?

—Serán sordos ó cojos, según se necesite. Los he tanteado y veinte francos dados con oportunidad me los han rendido á discrección.

—Admirablemente. He aquí lo que falta hacer. Esta noche ireis á dormir á la calle de San Guillermo y mañana entre una y dos os trasladareis al almacen de la calle de Rívoli. Vereis lo que pasa allí y obrareis en consecuencia de ello; pero no olvideis que es preciso que os lleveis á

la habitación que para ella habeis tomado á la joven Margarita á quien oireis acusar de robo.

—Está comprendido. Ya me pusiste ayer tarde al corriente de todo. Conozco mi papel y no caeré en falta.

—Os vuelvo á encargar que hasta nueva orden ni me hagais visita ni me dirijais carta alguna. Si necesitais verme venid aquí al teatro y aparentad no venir á buscarme á mí. Si yo tengo que escribiros lo haré á la calle de San Guillermo y para más seguridad pondré yo misma la carta en la estafeta

—Hasta mañana que iré al almacen de la calle de Rívoli. Del resultado te daré cuenta en un billete que introduciré en un ramo de flores que te entregarán aqui.

Cuando la madre Luisa pronunciaba estas palabras, dos ó tres golpes sonaron en la puerta del cuarto.

Cármen abrió y se presentó en el umbral el mozo que había conducido á Thais al proscenio.

En la mano llevaba un ramo de camelias blancas.

A la vista del ramo Cármen palideció.

—¿Quién os ha dado ese ramo?—preguntó con voz alterada.

—Un jóven que me ha visto pasar por la puerta de comunicación con la sala.

—¿Le conoceis?

—No.

—¿Ni os ha dicho nada?

—Solo que esperaba la respuesta á la izquierda de la orquesta.

—Id, y decidle que venga.

—Está bien.

—Sin que sea notado. ¿Qué os ha dado?

El mozo vaciló un instante y luego contestó:

—Un luis.

La actriz puso otro en su mano.

—Con este son dos. Sobre todo, Félix silencio.

Se guardó el luis y tranquilizó á la actriz con un gesto.

—¿Conoces este nuevo telégrafo?—preguntó entonces la madre Luisa.

—Este ramo tal vez me anuncia un fracaso en nuestros proyectos, un desastre irreparable. No sé lo que quiere decir todavía; pero puede hacer cambiar mis planes. Bajad con Thais y aguardadme. Es preciso que me quede sola.

La exmadre noble no juzgó oportuno preguntar más y desapareció discretamente.

Unos momentos después el barón de Marán, conducido por el acomodador, entró en el cuarto de la actriz.

II

El palco proscenio

El barón tenía el rostro alterado.

Cármen, tan pronto como hubo entrado, retiró la llave del cuarto, cerró por dentro y volviéndose á él rápidamente, le dijo:

Habla bajo. Si Moncharmont sube es preciso crea que no hay nadie. ¿Que pasa? ¿A qué ha venido ese ramo?

—Amiga mía, temo que nuestro asunto se haya venido al suelo.

—Tus temores no significan nada. Lo que es preciso saber es lo que pasa. Las deducciones las haré yo.

—Está descubierto el lugar en que Doble Seis ocultaba á nuestro aldeano y hay quien pretende darle libertad.

—¿Quién ha tratado de ello?

—El antiguo asistente del general Moncharmont, Bernardo.

—¿Solo?

—No, acompañado de un pilluelo de las calles conocido por el Moscardón, el mismo que viste llevar ayer la consigna de Doble-Seis al restaurant.

—Le conozco: ¿Y ha logrado su objeto? ¿Se nos ha escapado el Bourguiñón?

—No; Doble-Seis y el Polaco han llegado á tiempo para evitar el golpe.

—No veo entonces que el incidente tenga gravedad. Preciso es, querido, que hayais perdido por completo la cabeza para darme tal susto enviándome un ramo que no debiais hacer llegar á mí si no era un caso desesperado. Lo que ha pasado no significa nada.

—Pero puede significar.

—Hablad.

—Del resultado de la refriega ha quedado prisionero Bernardo, que con el aldeano está en poder de Doble Seis. Pero este último, que sabe que la policía ha de ponerse sobre sus huellas, quiere que no pase esta noche sin desembarazarse de los cautivos. De lo contrario, dice que les dará libertad.

Cármen lanzó un rugido de rabia.

—¿Se atreverá á ello el miserable?

—Vaya si se atreverá; y yo en su lugar haría lo mismo. Guardándolos se pierde sin provecho por nosotros. Si la policía se mezcla en el asunto pueden ir las cosas mal, puesto que el Moscardón ha logrado escapar. Preferible es que Doble Seis suelte á los presos, que no la policía. El resultado será el mismo.

—Es cierto—dijo Carmen con verdadero terror.

—Bernardo no hará más que ir al hotel del general con el aldeano, reconocerá éste de una sola ojeada á la pseudo Margarita y vista su falsedad, no tardaría en ponerle en la calle.

—¡Oh! Ahora que estaba todo preparado... ¿Qué hacer? ¿qué hacer?

—No veo más que un medio—dijo el barón después de unos instantes de silencio. Es un medio terrible. Cuando Doble-Seis me lo ha propuesto me ha hecho estremecer de terror. Pero no tenemos el derecho de elección. Es preciso abandonarlo todo ó seguir adelante.

—¿Qué medio es ese?

—¿Respondes de esa jóven que vas á hacer pasar por la condesa de Moncharmónt? ¿Estás segura de que no te hará traición?

—Sí, si,—respondió Cármen con una agitación que no la permitió ver el interés con que el barón la escuchaba.

—Eso es diferente. Entonces se puede obrar con libertad.

—¿Cómo?

—Doble-Seis no quiere más que una cosa; desembarazarse de sus dos prisioneros y para esto hay dos medios: ó abrirles la puerta, ó...

El barón vaciló un instante.

—O suprimirlos.

Carmen á su vez se puso lívida.

—¡Matarlos!—balbuceó.

Una vez lanzada la frase el barón recobró su sangre fría.

—Es lo mismo—dijo tranquilamente.—El nombre no importa. Sí. querida amiga Es preciso suprimir á esos dos hombres.

—¡Eso es horroroso!—murmuró Carmen con horror.—Prefiero renunciar á todo.

—Hubiera sido mejor renunciar antes de haber dejado cojer los doscientos mil francos á Octavio.

—Yo los recobraré. Octavio los hará llegar á mis manos en muebles y joyas.

—¿Y después?

—Después...

—Octavio está arruinado, querida, demasiado lo sabes y la fortuna del general Moncharmón excede de cinco millones de francos. Escoje.

—Jamás, dispondré así á sangre fria la muerte de dos hombres.

El barón se mordió los lábios.

—¡La idea sola de la sangre vertida me da horror.

—Cuestión de nervios. Comprendo todo lo que quieres.

No se trata de sangre vertida, ni de un asesinato... Es cuestión solo de hacer desaparecer á dos individuos que nos estorban, y Doble-Seis y el polaco saben por donde se llega á esos resultados sin dejar huella alguna.

—¿Cuál será el procedimiento, pues?

—Sencillísimo. Cuestión de olvidarse de cerrar la puerta de comunicación entre la jaula del oso y la habitación de esos hombres.

—Carmen instintivamente se tapó el rostro con las manos.

—Si no quieres caer en falta en la escena—dijo el barón con calma después de consultar el reloj—es preciso que te des prisa. No tienes más que el tiempo preciso para vestirte.

—Vete—respondió Carmen—Moncharmont puede venir y él menos que nadie debe verte aqui.

—¿Qué contesto á Doble-Seis?

—Lo que quieras, siempre haces de mí lo que te place.

—Y no tendrás de que arrepentirte.

Los dos interlocutores se despidieron con la más amistosa cordialidad.

El barón bajó la escalera y penetró en la sala del teatro, en vez de ir á buscar á Doble-Seis.

Una vez allí tendió la mirada por todas partes y no tardó en fijar sus gemelos en el palco proscenio que la empresa reservaba á Carmen.

Ya sabemos que en él se hallaba entonces la madre Luisa y Thais.

El barón creyó reconocer á esta última: pero estaba tan á la sombra, que le era imposible convencerse.

Lo mejor para ello era esperar fuera y allí espiar.

La noche estaba fría. Pero con la fiebre ardiente del jugador que espera su fortuna de una carta, el barón no lo sentía, y esperó por espacio de una hora.

Al cabo de ella la gente comenzó á salir por la calle Dronot y bien pronto se fijó en tres mujeres que eran Carmen, Thais y la madre Luisa.

Las dos primeras se metieron en el carruaje de Carmen, y la tercera se separó de ellas para tomar un coche de alquiler.

El barón se decidió por seguir á ésta última.

La madre Luisa se apeó delante de la casa núm 14 de la calle de San Guillermo; pero apenas había tenido tiempo de subir la escalera, el barón se hacía abrir por los porteros.

Con gran generosidad deslumbradora les decidió á hablar sin detenerse en grandes preámbulos.

—¿Dónde vá la mujer que acaba de entrar?

—A su habitación.

—¿Desde cuándo vive en esta casa?

—Desde hoy solamente. Es la primera noche que duerme aquí Ha alquilado el cuarto y ha comprado el mobiliario á unos alemanes que partían á su país.

—¿Cómo se llama?

—¿Mad. Marmagnan, respetable señora, viuda, según ha dicho, de un oficial muerto en la flor de su edad.

—¿Vive sola?

—Hoy sí; pero mañana debe ir á buscar á una hija adoptiva para traerla á vivir con ella.

—Está bien. Si sabeis guardar el secreto no será la última vez que me veais y cada visita os dejará un beneficio de tres luises. Si decís una palabra á Mad Marmagnan, todo lo perdereis.

Los porteros juraron no desplegar los labios

El barón salió y montó en el carruaje de alquiler.

—¿Qué misterio hay aquí?—pensó.—Es preciso que lo sepa.

Y resuelto á ello se hizo conducir á su casa.

II

El almuerzo de un oso hambriento

Bernardo había quedado aturdido por el golpe asestado por Doble-Seis.

Un hombre de cabeza menos dura hubiera quedado muerto en el acto; pero la del breton era lo bastante dura para resistir el golpe.

Después de haber permanecido sin conocimiento durante un espacio de tiempo cuya duración no pudo prefijar, fué recobrando poco á poco la posesión de sus facultades.

Lo primero que hizo fué reconocer el estado de sus lesiones. Un ancho reguero de sangre le corría por el cuello; pero Bernardo no tardó en convencerse de que su herida no era peligrosa.

Ahora lo que faltaba saber era donde se hallaba.

Verlo en aquella oscuridad era imposible. Para tomar noticias el antiguo cazador de Africa quiso incorporarse y su cabeza chocó con dureza en el techo.

La habitación que el polaco destinaba á sus animales no tenía elevación necesaria para que un hombre de cinco piés de estatura estuviera derecho.

El ex-sargento ahogó un juramento; pero el choque le hizo adivinar algo de lo que deseaba averiguar.

Al levantar los ojos vió un largo tubo por el que entraba cierta claridad y esto le bastó para convencerse de que era prisionero de Doble Seis y de su cuadrilla.

Ya no era difícil adivinar quién le había dado el golpe.

En cuanto el detalle de por qué no le habían dado la muerte importaba poco por el momento.

Su primer pensamiento fué para el valeroso pilluelo que le había servido de guía.

—¡A ese si le habrán matado! —gruñó con dolor.

El segundo fué reconocer su prisión para cerciorarse de las probabilidades de fuga que pudieran ofrecérsele.

Pero lo primero con qué tropezó fué con un cuerpo inanimado que yacía á sus piés.

La primera idea fué que aquél cadáver pertenecía al Moscardón; pero no tardó en convencerse de que se engañaba.

El hombre que, efectivamente, estaba muerto á sus piés, era el aldeano de la Borgoña que había traido consigo á París.

Su desesperación no tuvo entonces límites. Se había olvidado de su posición y solo pensaba en aquel desgraciado.

—Los infames le han asesinado. ¿Pero qué interés podían tener en su muerte? ¿En qué podía serles útil aquel crímen?

Una idea indecisa acudió á su cerebro.

Una mano oculta andaba en todo aquello y á aquella mano no le guiaba sin duda alguna otro interés que el que el general Moncharmont no reconociera á su hija.

¿Pero quién podía tener el interés!

El nombre de Octavio de Moncharmont acudió á los labios del antiguo cazador de Africa; pero no se atrevió á pronunciarle.

¿Cómo suponer que un hombre como Octavio estu-

viera en relación con gentes de la calaña de aquellos bandidos?

Lo principal para aclarar todas sus dudas era salir de allí. Más ¿cómo conseguirlo?

Una lucha desesperada contra aquellas paredes, dió al fin un resultado satistactorio.

El bravo soldado había tropezado con una puerta cuya cerradura no era difícil forzar.

Unos minutos de esfuerzos titánicos le bastaron para lograr que aquella puerta se abriera.

Pero al conseguirlo ese olor acre y repugnante que exhala la jaula de una fiera, le hizo comprender que había puesto el pie en el cubil de uno de los más feroces animales de la colección del polaco.

Avanzar era no valor, ni temeridad siquiera, sino locura... y, sin embargo Bernardo avanzó.

A los oidos del soldado había llegado la voz de la Girafa que se ocupaba en aquel momento de su persona.

La muerte le esperaba igual de un modo que de otro.

Su decisión estaba tomada.

Una barra de hierro había caido en sus manos y con ella trataba de forzar aquellas paredes sin cuidarse para nada de los espantosos rugidos de la fiera.

Esta por suerte suya había encontrado presa en el cadáver que había dejado descubierto Bernardo al abrir la puerta y su voracidad se saciaba en él.

Unos minutos después Bernardo saltaba á tierra precisamente al lado del sitio en que Doble-Seis departía con la Girafa.

—¡Mil rayos!—gritó éste al ver aparecer al exsargento.

Y desnudando un cuchillo corrió hacia él.

Bernardo que le había reconocido, esperaba la agresión.

Entre aquellos dos hombres la lucha no podía ser un combate ordinario.

Cada cual tenía poderosas razones para querer matar la otro.

Pero un obstáculo con que ni uno ni otro podía contar vino á interponerse entre ellos.

El Moscardón, el atrevido pilluelo, como si cayera del cielo presentaba á dos piés del pecho de Doble-Seis la boca de su revólver, diciéndole con acento burlón.

—Mi buen Doble Seis, sed amable siquiera una vez y no os movais. Si no lo haceis así, disparo.

El bandido, sebrecogido de espanto y de sorpresa, no se movió.

—¡El Moscardón! —rugió.

—El mismo, que á pesar de tus cuidados vive todavía. La Giralda ha errado el golpe.

—Apártate, chiquillo—gritó Bernardo. —Es preciso que yo le mate.

—Por hoy no puede ser. Está comprometido para bailar conmigo—respondió el pilluelo. Doble-Seis, lívido de furor, dirigía la mirada á todas partes buscando un auxilio.

—El granujilla sorprendió aquella mirada.

—No hay medio de escapar—le dijo.—Dispongo de seis tiros y eso es bastante. Entregad el cuchillo y tengamos la fiesta en paz.

—No tires, niño,—murmuró una voz con marcado acento extranjero detrás de Doble-Seis.—El amo no quiere que se le mate sino que se le entregue vivo, y hay que obedecer.

Doble-Seis tenía delante, no un amigo, sino un Alcides invencible con el cual no podía luchar 5 minutos. El kalmuco al servicio del príncipe Tolstoi.

Pero cuando el jabalí se vé acosado por todas partes, no le queda otro remedio que acometer, y Doble Seis se precipitó con la rapidez del relámpago sobre su adversario.

—No os movais—dijo el kalmuco con la mayor frialdad á Bernardo y al Moscardón.

La mano armada de Doble-Seis había encontrado la del hombre del Norte que la oprimía como una tenaza de hierro.

Aquello no fué lucha.

Había tal desproporción de fuerzas entre los dos hombres, que la resistencia de Doble-Seis era inútil.

En menos de un segundo Doble-Seis caía sin fuerzas, y su mismo cuerpo servía de asiento al kalmuco.

—¿Te rindes?—le preguntó éste.

—Sí.

—¿Amarrarme?

—Sí; para que no trates de huir.

—¿Qué quieres hacer de mí—preguntó el bandido con angustia.—¿Quiéres entregarme á la policía?

—El amo me ha mandado que te prenda y te ate. Lo demás es cuenta suya.

—Dime al menos quién es tu amo.

—El te lo dirá si quiere. ¿Te dejarás atar?

—Nunca.

Doble-Seis hizo un esfuerzo para desprenderse pero tuvo que volver á caer rendido.

—Dame una cuerda—dijo el kalmuco tranquilamente al Moscardón.

—Aquí la teneis.

Bernardo con la frente inundada de sudor frio, escuchaba y veía sin parecer darse cuenta de nada. Había reconocido al criado del príncipe Tolstoi y no acertaba á explicarse la intervención de aquel personaje en aquel asunto.

La voz chillona del pilluelo le sacó de sus reflexiones, mostrándole á Doble-Seis agarrotado y sin movimiento. El invencible Alcides se había dejado amarrar sin hacer la menor resistencia.

—Decid, señor Bernardo—murmuró el pilluelo—¿cómo habeis podido escapar? Yo creía os habrían hecho devorar por un oso.

—Ese era su proyecto, pero de algo ha de servir haberse estado rompiendo los huesos algunos años en Argelia.

—¿Y vuestro aldeano, habeis dado con él?

—Cállate—murmuró Bernardo con dolor.—Ese ya no existe,

El Kalmuco llamó al chicuelo.

—¿Sabes qué casa es esa que se vé allí abajo?

—Eso parece una fábrica abandonada. Las ventanas están abiertas; la puerta no se tiene apenas sobre sus jambas. ¿Quereis que vaya á ver.

—Vé—dijo el ruso.

El granuja se deslizó por las junturas medio podridas de la puerta y volvió á poco diciendo:

—El nido está vacío. Solo viven ahí dentro las arañas. Podeis pasar.

—Entonces tú puedes ir á advertir al amo que todo está hecho—contestó el kalmuco—Cuando quiera venir á interrogar á este hombre puede hacerlo. Yo le aguardo.

Estas palabras chocaron al ex-sargento.

—¿Debe el príncipe Tolstoi venir á interrogar á Doble-Seis?—Preguntó.

—Ese es su pensamiento—respondió el Moscardón.—No os inquieteis, puesto que yo he de ser el mensajero no se perderá tiempo. Ya que estais libre, venid conmigo.

—No; me quedo. Es preciso que yo oiga lo que dico ese hombre. Ve á advertir al príncipe: te espero aquí.

—Bueno, como querais.

El kalmuco tomó entre sus brazos el cuerpo inmóvil de Doble Seis y seguido de Bernardo penetró en la fábrica vacía.

El Moscardón se fué silbando un aire popular hácia Paris.

Eran más de las cinco; pero el día no debía brillar hasta las siete y media.

IV

La muerta

Hemos dejado á Margarita en el momento en que después de la terrible escena acaecida con Bernier en el estudio de Luciano bajaba al lado de la mujer de aquél, que agonizaba.

Se recordará que la cólera del obrero amortiguada por la actitud amenazadora del príncipe de Tolstoi, había cedido por completo al oir las palabras de la joven anunciándole que su esposa se moría.

—¡La he matado! ¡Soy yo, quien la ha matado!—gritó el infeliz.

Cuando entraron en la habitación, un horrible espectáculo se ofrecía á sus ojos.

La esposa Bernier no estaba en el mismo sitio que ocupaba cuando Margarita se lanzó fuera de la estancia.

Indudablemente había querido arrastrarse hasta la puerta; pero las fuerzas la habían faltado y había caído con el rostro pegado al suelo.

Su marido y la joven la levantaron colocándola en el lecho.

Margarita, creyéndola muerta, cayó de rodillas prorrumpiendo en amargos sollozos.

Pero á poco la pobre mujer abrió los ojos murmurando:

—¡Bernier!

El obrero lanzó un grito de júbilo.

—¡Margarita! —exclamó.—Corre en busca de un médico. ¡Vive todavía! ¡Un médico, un médico pronto!

Margarita estaba ya fuera cuando acababa de decir estas palabras.

Cinco minutos después volvía seguida del doctor.

—Es preciso que la perdones—murmuraba en aquel momento la moribunda estrechando la mano de su marido.—Nuestra hija es desgraciada, y lo único que te pido al abandonarte para siempre es que la perdones

—¡Oh! si basta que tú lo exijas para que lo haga así. La buscaré, la encontraré y tendrá mi perdón; pero antes perdóname tú.

—¿De qué? pobre amigo.

—¡De tu muerte!—murmuró Bernier con aire sombrío.

La enferma sonrió con dulzura.

—Te debo la mayor de las dichas. El perdón que me has prometido para Athenaida es un beneficio que no olvidaré ni desde el otro lado de la tumba.

—¿Es esta la enferma?—preguntó el médico que había tomado la lámpara y alumbraba las descompuestas facciones de la esposa de Bernier.

El obrero y la joven hicieron un signo de mudo asentimiento.

Una sola mirada bastó al hombre de ciencia para apreciarlo todo.

—La infeliz sufre ya poco—dijo después de un exámen de algunos segundos.—Todos los cuidados que pudieran prestársele son ya inútiles... Acaba de espirar.

Y en verdad, sin contraer un solo músculo, sin lanzar el más leve suspiro, la infeliz había lanzado su último aliento pronunciando el nombre de su hija.

Bernier al oir las palabras del doctor lanzó un grito salvaje.

El médico alzó los ojos y le miró fijamente.

El obrero prorrumpió en una carcajada ronca y exclamó con voz siniestra:

—El ajenjo, el ajenjo es el que ha matado á mi mujer.

Y poniéndose de pié se dirigió hácia la puerta.

Margarita, presintiendo una nueva desgracia, quiso detenerle.

—¿A dónde vais?

—El ajenjo ha matado á mi mujer—repitió el obrero,—y voy á dar muerte al ajenjo.

Dicho esto salió.

Margarita iba á precipitarse tras él; pero el médico la detuvo.

—¿Es vuestro padre ese hombre?

—No;—respondió la joven.

—Entonces dejadle ir. Aunque fuéseis su hija no le detendríais. Está en el camino de la locura. Si de aquí á unos días una sacudida violenta no restablece el equilibrio con tanta violencia como lo ha herido la muerte de su mujer, estará loco y su locura será incurable.

El médico saludó á la joven y salió.

Margarita quedó sola con la muerta, y así permaneció toda la noche.

El ánimo de la jóven era mucho y sin embargo su absoluta soledad, el cadáver que parecía mirarla con unos ojos que sus débiles manos apenas habian conseguido cerrar, la inspiraban miedo.

Rezó mucho, leyó mucho en un libro de oraciones, pero no veía el momento en que la claridad del día apareciese.

Cuando esto sucedió, cuando en la casa comenzaron á sonar esos ruidos que anunciaban que todo volvia á la vida ordinaria, Margarita se asomó á la barandilla de la escalera para llamar al portero.

Quería enviar alguien al almacén para advertir que no podía ir aquel día.

En un momento la habitación se llenó de gente, escuchando el relato que les hacía Margarita.

Bernier y su mujer eran dos obreros honrados y laboriosos, amados y estimados de cuantos les conocian, y cuando se supo la muerte de la mujer y la locura de aquel pobre hombre, un grito de lástima y dolor salió de todas las gargantas.

Todas ofrecían sus servicios á Margarita y algunas se comprometían á buscar al obrero.

El mismo portero salió para dirigirse al almacén.

Asi pasó la primera parte del día.

El portero volvió diciendo que había dado el recado al mismo dueño del almacén, quién habia recibido la noticia con verdadero pesar, encargándole dijera á la joven que se tomase todo el tiempo que fuese necesario, en la seguridad de que su plaza se la reservaría.

Los camaradas de Bernier, que habían salido en su busca, volvieron también.

Habían encontrado al obrero completamente borracho en una de las más inmundas tabernas del barrio.

El insensato lo había anunciado en su primer acceso de enagenación. Había querido matar al ajenjo y el ajenjo le habia vencido.

¿Persistía en él la locura? ¿Estaba solo borracho ó loco? Nadie lo sabía aún, y para averiguarlo era preciso esperar á que los vapores del alcohol se disiparan.

Por un sentimiento de conveniencia ó de pudor fácil de comprender, no había querido llevarle á su casa á presencia del cadáver de su mujer, y le había depositado en la misma casa en la habitación y en el lecho de uno de los obreros.

Margarita al saber aquella nueva dió gracias al cielo.

En medio de los espantosos sufrimientos era un consuelo saber que no tenía que lamentar más que una muerte en vez de las dos que ya temía.

—Que Dios quiera volverle la razón—murmuró—no pid otra cosa.

Su voz era tan débil y tan temblorosa al pronunci aquellas palabras, que todos los ojos se volvieron á ella.

Sus facciones cubiertas de lividez mortal, sus ojos v driosos, anunciaban que sus fuerzas habían llegado á s término.

La pobre niña cayó en una silla falta de conocimient

En el mismo instante la puerta de la estancia se abri y maese Puigset, el propietario del almacén en que trab jaba la joven, entró precipitadamente.

Llevaba la cabeza descubierta y parecía presa de un violenta cólera.

Un municipal, con el tricornio puesto, entró tras d él y siguiendo las huellas de ambos una dama modest pero elegantemente vestida y á quien hacían más respe table sus cabellos blancos, los seguía.

Sin embargo el ojo experto de un juez instructor n se hubiera dejado engañar y hubiese reconocido en ta digna y respetable dama á Mad. Luisa, la secretaria d confianza de las damas galantes de la calle Cadet.

Carmen había encontrado á última hora una nuev combinación que la madre Luisa iba á poner en obra.

V

El Moscardón en una alcoba

Nuestro simpático granujilla no había perdido su tiempo.

Expléndidamente recompensado por Bernardo que le había puesto en la mano un bien repleto cartucho de luises de oro, que el muchacho se negó en principio á aceptar pero que acabó por guardarse, corrió á buscar á sus amigos M. Montón y á sus colegas con cuya ayuda ahora que era rico, podía saber más que nunca.

Después de satisfacer su deuda departió largamente con ellos y Pallus é Hipólito, encargado el uno de seguir los pasos al barón y el otro los de la actriz, le dieron cuenta detallada de sus gestiones.

El Moscardó pagó todo el gasto y dió dos luises á cada uno de los espías.

Después salieron y llegaron á la esquina que hace el boulevard con la calle Dronot.

Pero en el momento en que iba á separarse el pilluelo que volvía la espalda al boulevard, vió en el crepúsculo, que todavía no había roto por completo el día, un hombre que estaba en la calle de Rossini.

—¡Diablo!—murmuró á Pallus.—Ese es un pájaro que acaba de dejar el nido.

El barón de Marán, ó el que el granujilla creía ser él, había desaparecido en el ángulo de la calle. No había, pues, miedo de ser visto por él.

—¡Oh! ¡Se dirige á casa de la actriz! ¡Estás cogido barón!

—¡Cogido! Si fuera en caso de necesidad—contestó Hipólito—no digo que no. Pero en los hoteles no es fácil meter las narices.

—A menos de exponerse á que se las rompan á uno—corrigió Pallus.

—Creo que no me romperán nada—respondió el chicuelo con su imperturbable aplomo.

—Desconfía—Moscardón.

Este hizo un mohin de suprema indiferencia y se metió el mechón de cabellos siempre rebelde debajo la visera de la gorra.

—Aunque deba dejar la mitad de la piel es preciso que yo sepa á qué atenerme. Hasta otra vista, camaradas.

Delante de la puerta de Cármen brillaba en la semioscuridad un farolito que apenas iluminaba un perímetro de dos pasos.

Era la luz de un trapero.

En efecto, un hombre, acurrucado en el borde de la acera, se entregaba á la difícil tarea de segregar de un montón de basura los harapos que juzgaba dignos de entrar en su cesta.

Hacia aquel hombre fué donde se dirigió el Moscardón después de haber hecho á sus amigos una señal de inteligencia.

El trapero, al ver llegar al chiquillo, levantó á medias la cabeza y preguntó con voz ronca:

—¿Qué quieres? ¿Qué es lo que vienes á hacer aquí?

—Miraba á ver si os conocía—repuso tranquilamente el Moscardón.—¿Y vos me conoceis á mí?

—¿Quién conoce bicharracos de tu especie? Sigue tu ca-

mino ó te haré ver que mi gancho sirve para algo más que para recoger trapos y papeles viejos.

Lejos de intimidarse con aquella amenaza el granuja se inc inó hácia el trapero y le dijo á media voz.

—Ya que no me conoceis á mi ¿conoceis al *marqués* de la calle de Camino de los Bueyes?

El interfalo se incorporó con viveza.

—¿Le conoces tú?—preguntó.

—Debo conocerle cuando os hablo de él.

—No es una razón.

—¿Quereis otra?

—Veámosla.

El pilluelo se agachó más aún y le dijo al oído:

—*Yo no trabajo el Domingo.*

—*Para descansar el lunes*—concluyó el trapero.

—Puesto que vienes de parte del *marqués*, te conozco. ¿Qué quieres?

—Quiero saber donde va el hombre que acaba de entrar en esta casa. Quiero seguirle y oir todo cuanto pueda decir.

El trapero se puso de pié.

—Espérame y guárdame esa cesta y esos harapos.

El pilluelo para distraerse continuó la rebusca.

El trapero no tardó en reaparecer y llamó al chiquillo.

—Ven—le dijo.

En el quicio y detrás de la puerta vidriera se veia una mujer.

Era la doncella de Cármen.

—Sigue á esa mujer—dijo el trapero al pilluelo.—Pero no te fies mucho. Si te sorprenden no respondo de los desperfectos.

El Moscardón no respondió; pero al dirigirse hácia la escalera; metió la mano debajo de su blusa y acarició la culata del revólver que le había dado el príncipe Tolstoi.

La doncella se puso el dedo sobre los labios como

signo de imperativo silencio y sin decirle una palabra, le hizo subir la escalera, cogiéndole su mano.

En el primer piso, abrió una puertecilla secreta y se internó, siempre guiando al chiquillo por un estrecho corredor que debía conducir á los principales departamentos de la casa.

La espesa alfombra amortiguaba sus pasos.

Al fin del corredor, la doncella se detuvo y en voz casi inarticulada, dijo:

—Si os sorprenden explicaos como podáis. En cuanto á mí no os conozco, ni os he visto nunca.

—Basta—contestó el chiquillo.

Una puertecilla semejante á la otra estaba abierta ante el Moscardón.

La doncella le empujó hacia ella y desapareció.

La oscuridad no dejó ver al pronto el lugar de la escena, pero después de haber oído rumor de voces se convenció de que estaba en una alcoba.

Cuando orientado ya pudo ver mejor, se convenció de que tenía delante dos antiguos conocidos: Carmen y el barón.

La primera estaba vestida como mujer que ha sido forzada á levantarse precipitadamente del lecho y cuenta con volver á él en breve.

Sólo tenía encima un peinador echado sobre la espalda que al menor movimiento dejaba ver sus torneadas piernas desnudas y sus blancos piés bailando en babuchas forradas de finísima piel.

Ella estaba sentada y el barón de pié.

Después de la primera mirada lanzada sobre aquel cuadro, el Moscardón no tenía ya nada que ver y su misión se reducía á escuchar.

Hé aquí lo que oyó:

—No quiero que se me escurra entre los dedos—decía la actriz—y ahora que la conozco, la creo peligrosa. No quiero que saque las castañas del fuego para sí, sino para

nosotros. Felizmente está en mis garras y no sospecha nada.

—¿Cómo?—preguntó el barón.

—Por eso te he mandado llamar. La chiquilla es más fina de lo que yo hubiera sospechado. Si tuviera tiempo de buscar otra, me desembarazaría de ella; pero Moncharmont le ha anunciado al general que hoy hay que presentarla, sea como quiera.

—En buen hora. El negocio marcha y no es cosa de retroceder. Tomemos nuestras precauciones si lo crees necesario, pero no deshagamos el camino andado. ¿Qué es preciso hacer?

—No temo que una vez en casa del general Moncharmont trate de vendernos, ni temo que desempeñe mal su papel; pero temo que se aproveche demasiado de él y á la muerte del general, por ejemplo, trate de cargar con el santo y la limosna.

—¡Bah!—dijo el barón.—Eso es ver las cosas de demasiado lejos. Ni siquiera le ocurriría tal pensamiento.

—Así lo espero. Pero si una vez heredera de los cuatro ó cinco millones del general, encontrara más agradable quedárselos que hacernos entréga de ellos ¿qué haríamos? Os confieso que yo en su puesto no obraría de otro modo.

—¡Oh! imposible. No se atreverá.

—No lo creo tanto como vos. La resistencia que ha mostrado esta noche á decirme su nombre y á darme las menores noticias de su vida, me hace creer que ella tiene su pensamiento.

—¿De suerte que no conoces su verdadero nombre?

Cármen ahogó una carcajada.

—Si no lo supiera no seríamos nosotros los dueños.

—Es decir, que sabes su nombre.

—Sí. He tomado mis medidas y sé que la mujer que hemos escogido para instrumento de nuestros planes se llama Atenaida Bernier que tiene dieciocho años y que es hija de unos pobres obreros. Con esto tenemos todo lo que nos hace falta.

—Y ¿qué es lo que quieres hacer?

—Voy á decírtelo. ¿A qué hora se abren los despachos de la alcaldía de París?

—A las nueve.

—¿A qué hora se cierran?

—A las tres ó las cuatro.

—Tienes tiempo de recorrerlos todos en el dia. Se trata de saber en qué distrito nació hace diez y ocho años Atenaida Bernier. Ese género de trabajos tiene su tarifa. Pagando doble ó triple tendrás las noticias enseguida. No escatimes el dinero.

—¿Y después?

—Procúrate en el acto una partida de nacimiento y te pones en seguida en busca de las huellas de sus padres.

—No veo todavía á que puede conducir todo eso

—Te haces idiota, amigo mio. A menos—siguió con voz seca y amenazadora—que ese defecto de inteligencia sea más bien deseo de no entenderme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el barón con una brutalidad tras de la que se empeñaba en ocultar su turbación.

—Un presentimiento que tengo —continuó Cármen.—Me parece que me ocultas algo. Se diría que tratas de poner en juego tu astucia conmigo. Si es así, guárdate bien.

—¡Oh! me aburres con esa canción—dijo el barón volviendo la espalda más que dejándose llevar de su fingida cólera, para no dejar ver el verdadero aspecto de su rostro.

—Bien está—dijo Carmen—no hablemos de ello.

El barón se volvió bruscamente.

—¿No has oído?—dijo.

—No.

—Alguien nos escucha.

—Estás loco.

—Estoy seguro de ello.

—¿Dónde?

—En la alcoba.

—Imposible... Espera—dijo Carmen y abrió la puerta que daba á su tocador.—Si alguien nos escuchara no podía estar más que ahí. Solo ella...

—¿Quién?—preguntó el barón.

—Esa muchacha, Thais, á quien he hecho acostar en una habitación seperada de la mía solo por el tocador. Ya ves que no hay nadie. Te has engañado.

—Mira en la alcoba.

Cármen abrió las cortinas que ocultaban el lecho.

La alcoba estaba vacía.

—He debido engañarme—dijo el barón.—Sin embargo hubiera jurado que alguien quería preservarte de sus celos.

El barón no se engañaba más que á medias.

El Moscardón, oculto tras del lecho de la actriz, no había perdido ni un gesto ni una palabra del diálogo anterior.

Si hubiera puesto un poco más de atención, hubiera visto la sombra de la gorra del granujilla dibujándose en la pared.

—Con todos tus extremos de cólera y tus actitudes melodramáticas—dijo el barón ya más calmado—no me has dicho el partido que se puede sacar de la partida de nacimiento de esa muchacha.

—Más tarde lo sabrás—contestó Cármen. Por de pronto trata de procurártela.

—Lo haré.

—Iré á buscarla á su casa mañana antes de ir al teatro. Manda llevar la comida de casa de Bigmón y comeremos juntos. Te debo ese desquite.

El barón se encogió de hombros.

—Si te amase menos—dijo—no te aguantaría ciertas cosas.

¿Luego me amas?

—Demasiado.

—Abrázame y véte para que me acueste.

El barón iba á salir, pero Carmen le llamó.

—¿Tienes noticias de Doble Seis desde ayer?

No he tenido necesidad de verle. Lo que puedo garantizarte es que el soldado y el aldeano están en el estómago de los osos del Polaco.

El Moscardón no oyó estas últimas frases. Todo lo que le interesaba lo había oido ya.

Por lo demás tenía sus razones para no dejar al barón salir delante de él.

Se pegó á las tapias, ganó el corredor que salvó de una carrera, encontró la antecámara siempre desierta y bajó la escalera en dos saltos.

Un segundo después estaba en la calle.

El día había aparecido ya; pero un día de invierno triste y húmedo.

En la calle el trapero había desaparecido y los secuaces del pilluelo Hipólito y Pallus estaban en sus puestos.

El granuja tomó la acera opuesta y pasó por delante de ellos sin volver la cabeza ni mirarlos, pero haciéndoles una señal imperceptible comprendida enseguida.

El Moscardón se detuvo en la esquina de la calle Laffite donde se reunió á sus dos amigos

—Necesito de vuestra ayuda—les dijo.

Y sacando del bolsillo unos cuantos luises que dividió equitativamente entre ellos, añadió:

—Es preciso que trabajeis por mi cuenta. Tú, Hipólito, no pierdas de vista á Cármen. Mañana nos veremos en el pasaje Saumón. Pero si antes teneis que decirme algo de importancia, id á la calle de Amsterdam al hotel del general Moncharmón, donde preguntareis por Mr. Bernardo. Hasta la vista.

Y tomando la primera dirección se dirigió á la morada del príncipe Tolstoi.

V

La primera derrota de Carmen

El príncipe esperaba al granuja y cuando entró en su estancia le recibió con un movimiento de júbilo.

—¿Has dado con la huella de los hombres que quisieron asesinar á tí y al antiguo soldado del general?

—Todo está encontrado. Cuando digo todo, entiéndase Doble-Seis, porque el Polaco y la Girafa deben haber llevado su merecido, Bernardo no ha querido explicarse claramente respecto á este particular.

—¿Bernardo está libre?

—Como el aire.

—¿Y Doble-Seis?

—Amarrado como un fardo por vuestro criado que, dicho con respeto, tiene los primeros puños de la creación. Le guarda en una casa abandonada cuyo camino estoy encargado de mostraros. Depachaos un poco porque me reclaman otros asuntos.

El príncipe, sin extrañar tal exigencia, le señaló un sillón.

—Siéntate.

—Gracias, no tengo tiempo—contestó el chicuelo.

—Es necesario que le hable.

—Por hoy no puede ser. No puedo perder tiempo.

El príncipe le dirigió una mirada imponente.

—Conmigo no se pierde tiempo nunca. El tuyo será pagado diez veces lo que valga.

—Mi tiempo no se vende—replicó el chiquillo con cierta cólera.—El perjuicio que nuestra falta puede causar á determinadas personas no se aprecia en todo el oro del mundo. Quereis venir ó no.

—Si no hay que hacer más que ver á Doble-Seis, no merece la pena. Vas á decirme lo que sabes.

—Esos son asuntos que no os conciernen.

—¿Y si te pago tus palabras á peso de oro?

—Ni aún así. Ya tuve una vez la lengua demasiado larga con una bribona de actriz que me emborrachó, y estoy resuelto á no caer otra vez en el mismo pecado.

Esa actriz se llama Cármen?

El pilluelo miró con asombro á su interlocutor.

—¿Cómo sabeis eso?

—¿Y el secreto que te arrancó pertenecía á esa jóven llamada Margarita?

—¿Quién os lo ha dicho?

—El saber tu nombre me ha bastado. Pero lo que no me has dicho y sin embargo sé, es que desde hace dos días espías á esa actriz para descubrir el lazo en que quiere hacer caer á esa Margarita que te has impuesto la misión de proteger. ¿No es cierto?

—Como la luz. Pero soy curioso y quisiera saber cómo habeis adivinado todo eso.

Por toda respuesta el príncipe sacó los informes que había recibido y que conocemos ya, diciendo:

—Ya ves si estoy bien enterado.

El Moscardón se compuso el mechón de cabellos, señal en él de profunda meditación.

—Teneis un aspecto demasiado honrado para creer que podais engañarme, pero el lazo de la actriz me ha hecho desconfiado. Además los asuntos de Margarita pertenecen

á otras personas. M. Bernardo y su amo el general Moncharmónt velan por ella.

—¿En qué pueden interesar los negocios de Margarita al general Moncharmón?

—Eso entra en el secreto de la cosa.

—Sea, tú no me dices nada; pero tengo un medio seguro de hacerte hablar.

El príncipe llevó al pilluelo al fondo de su gabinete.

—¿Conoces ese retrato?—le dijo.

—¡Diablo, si le conozco! Es el de la señorita Margarita hecho por M. Luciano. Pero ¿cómo se encuentra aquí?

—De buscarle venía por encargo de Luciano, cuando te encontré ayer cubierto de sangre. Luciano á quien ibas á confiarle todo cuanto sabes de Margarita no puede escucharte. Está gravemente herido.

—¡M. Luciano herido! ¿Qué es lo que decís?

—La verdad. Voy á probártelo. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Al lado de Luciano. No quiero obligarte á hablar, pero cuando veas que en él tengo no un amigo sino un hermano, juzgarás si debes confiarte á mí ó no.

El príncipe hizo llevar al coche el retrato de Margarita, y seguido del Moscardón salió.

Diez minutos después el carruaje se detenía á la puerta del hotel Moncharmont.

—Sígueme—dijo el príncipe al chicuelo.

—Pero ¿Luciano está aquí, en casa del general?

—Es su tío.

—¡Su tío! Es decir, que M. Octavio de Moncharmont, el amante de la actriz es su primo.

—Sin duda.

—¡Oh! el miserable es todavía más canalla de lo que creía.

—¿Quién, Luciano?

—No, no. eso no. M. Octavio que es el que ha manejado con la actriz todo el complot para perder á Margarita y á su primo.

El príncipe se detuvo.

—Es demasiado grave la acusación que formulas contra M, Octavio Moncharmont.

¿Estás seguro de que no te equivocas?

—Tan seguro, como que conozco todo el plan.

—Entonces escucha, pero ten cuidado de lo que dices delante de Luciano. En la posición crítica que se encuentra, el descubrimiento de tamañas infamias le mataría.

El estado de debilidad de Luciano, no le permitió todas las espansiones que en otro caso hubieran tenido lugar; pero el interés con que estrechó la mano del príncipe bastaron al pilluelo para comprender toda la amistad y el desinterés que había por parte del de Tolstoi.

—¡Venid, príncipe! —le dijo enternecido.

Y volviendo á salir se metieron otra vez en el carruaje.

Cuando estuvieron en el hotel de Tolstoi, éste hizo cerrar las puertas, exclamando.

—Ahora puedas hablar.

El chiquillo sin hacerse rogar dijo todo lo que sabía, cuanto había oído y cuanto había adivinado.

Su relato era la historia completa del complot tramado por Octavio de Moncharmont, Cármen y el barón, con ayuda de los acólitos de baja estofa, para despojar á Margarita, la hija perdida del general, sustituyéndola por una muchacha cualquiera á su servicio.

Cuando el muchacho hubo terminado, el príncipe se levantó.

Estaba pálido pero tranquilo, revelando sus facciones una indomable resolucion.

Tomó de su gabinete dos espadas de combate y una caja de pistolas, las hizo llevar al carruaje y dejó las instrucciones en idioma ruso á su secretario.

Apesar de su aplomo imperturbable, el Moscardón, durante este tiempo no había osado moverse.

Sentía por instinto que la calma aparente de aquel hombre ocultaba el principio de un drama. La fría tran-

quilidad del ruso le asustaba á él que no sabía lo que era el temor.

—Ahora sígueme á buscar á Margarita.

—He aquí una cosa que deseaba—contestó subiendo al carruaje.

Y como su lengua pareciera sosa, preguntó:

—Parece que teneis intención de matar á alguien. Vais bien armado. ¿Vamos á batirnos?

—He jurado que el que atentara á la dicha de Margarita sería castigado y jamás he faltado á mi juramento. Todos los que han tratado de perderla recibirán hoy mismo su merecido. Yo no perdono jamás.

Cuando el carruaje del príncipe llegó á veinte ó treinta pasos del almacen en que prestaba sus servicios Margarita, el príncipe hizo parar y dijo al pilluelo.

—Baja tu solo, Como ella dará fé á tus palabras, ruégala que deje el almacen y se vaya á su casa, donde no faltará quien la lleve á la de su padre. Prométeme no decirla más. No somos ni tú ni yo quien debemos darla á conocer su origen.

—Comprendido—dijo el Moscardón.

Cinco minutos después estaba de vuelta.

Tenía la gorra caida sobre una oreja y su erizado mechón de cabellos revelaba una violenta emoción.

—La señoríta Margarita, no ha venido hoy al almacén—dijo con voz alterada y sin tomar aliento. Mad. Bernier ha muerto esta noche y ha mandado recado con el portero. Pero no es esto todo. Ha habido en el almacén un robo de encajes, se acusa á Margarita y el amo de la tienda ha ido á la calle de Charreton con un agente de la policía. Los encajes que faltan los quería comprar unn actriz de la opera, que es la que ha descubierto el pretendido robo.

—¡Carmen!—murmuró el príncipe rechinando los dientes.

—Justamente. Ella es la que ha dado el golpe sin duda alguna con el fin de echar las culpas á Margarita; lo juraría... ¡Oh, Margarita ladrona!... Los que dicen tal cosa y los que lo sospechan siquiera, son unos canallas.

—A la calle de Charentón á todo escape—gritó el príncipe á su cochero.

El carruaje partió como una flecha.

Delante de la casa que habitaban los Berniers se notaban algunos grupos, atraidos sin duda por los sucesos que habían tenido allí lugar.

Al atravesar aquella multitud, el Moscardón vió una cara conocida: la de Hipólito.

Este hizo un signo á su amigo y los dos se juntaron.

Después de unas breves palabras el Moscardón volvió á reunirse al príncipe.

En el tercer piso, el que precedía al que habitaba la familia Bernier, el chiquillo que subia detrás del príncipe, vió un hombre salir de la puerta de enfrente seguido de otros dos individuos.

En el primero reconoció al secretario del principe ruso.

¿Como había llegado tan rápidamente? ¿Qué iba á hacer allí?

El Moscardón no tuvo tiempo apenas de formularse estas preguntas.

El príncipe llamó con un gesto al secretario, le dijo algunas palabras en voz baja y continuó su marcha.

El secretario, que se disponía á bajar, cambió á su vez en el mismo tono unas frases con los hombres que sostenian á Bernier, y siguió á su amo.

La puerta de la habitación de los Berniers estaba abierta.

Dejamos á Margarita cayendo sobre el lecho de la que le había servido de madre, en el momento en que el dueño de la tienda aparecia furioso en la estancia escoltado por un agente y seguido de la madre Luisa.

Maese Puigret, impulsado por Cármen, iba á buscar á casa de la jóven la pieza de encaje robada de su casa la víspera.

La situación de los personajes no era la misma cuando el príncipe apareció.

Maese Puigret, con la fisonomía más tranquila, se deshacía en protextas y excusas para con Margarita, que se mantenía al lado de la madre Luisa, estrechando las manos de aquella horrible mujer con las señales del más vivo reconocimiento.

La madre Luisa devolvia con usura aquellas caricias y pronunciaba en tono digno y convencido estas palabras:

—Esta señorita acepta vuestras excusas. Reconoceis un poco tarde que está por encima de vuestras sospechas; pero al fin lo haceis ya si eso es algo. Pobre niña—añadió dirigiéndose á la jóven—Dios mismo es quien ha permitido que encuentre vuestras huellas en el momento mismo en que odiosamente acusada de un crimen, necesitábais como nunca un apoyo protector.

—¡Oh! señora—exclamó Margarita.—¿Qué mayor dicha puede haber para mi, si venís á anunciarme que todavía tengo una familia? ¡Dios mío! ¡Dios mío! decidme que no me engañais.

—Ni puedo engañaros, ni engañarme. ¿No os llamais Margarita? ¿No habeis sido criada en Borgoña por un aldeano que os encontró perdida en París?

—Es cierto.

—Entonces no dudeis. vos sois la que tanto tiempo se ha buscado y yo he tenido la dicha de hallar por fin. Venid, antes de una hora estareis en los brazos de vuestra familia.

Margarita extendió gravemente la mano hacia el lecho en que yacía el cadáver de la que le había servido de madre y respondió con tono firme y resuelto.

—No puedo dejar esta estancia mientras permanezcan en ella los restos de la que tanto me ha amado.

La vieja dejó traslucir un gesto de contrariedad que no tardó en trocarse en un movimiento de sorpresa y de terror, al sentir la presión de la mano del príncipe de Tolstoi que se apoyaba en su brazo.

Con gran sorpresa de Margarita, éste rechazó con vio-

lencia á la madre Luisa, diciéndola mientras fijaba en ella su mirada de plomo.

—Sé quién sois, conozco toda vuestra vida y no ignoro que estais hoy al servicio de una persona que os ha encomendado la repugnante misión de robar y perder á esta pobre niña. Salid sin replicar y sin volver la cabeza y daos por contenta con que no os entregue á la justicia.

En la vieja puerta de la estancia estaba el secretario del príncipe, que se apartó para dejarla pasar y la siguió después.

—Esa mujer es una miserable, señorita—dijo el príncipe —pero no os ha engañado al anunciaros que íbais á encontrar á vuestra familia que llorais desde hace quince años. Solo que no es tal mujer la que debe conduciros á los brazos de vuestro padre. Cuando hayais tributado á la infeliz que yace ahí los deberes á que os creeis obligada, un carruaje de la embajada rusa estará á vuestra disposición. Subid á él sin temor y él os conducirá á presencia de vuestro padre y de Luciano.

Margarita miraba al príncipe con asombro.

Este siguió:

—Luciano no es para mí más que un hermano, desde que sé que le amais. Si no habeis querido ser mi esposa puedo esperar seais mi hermana.

—¡Oh, y lo será, lo será!—dijo el pilluelo.

Margarita afirmó aquel aserto con la mirada que dirigió al príncipe.

—Quédate tú aquí, hasta que vengan á buscaros—dijo el príncipe al Moscardón.

Y antes que Margarita hubiese vuelto de su sorpresa saludó y salió.

VII

La justicia rusa

Muchos años hacía que en el hotel Moncharmont no se notaba tal animación, tanto movimiento y tanto júbilo.

Desde el gran salón á las cuadras, pasando por la antecámara y las demás dependencias, todo el mundo estaba contento.

El general, cosa rara en nuestros días, era muy querido de sus criados y todos ellos se regocijaban tomando parte en una alegría esperada en vano durante quince años y que el azar venía á realizar cuando menos se esperaba.

El dichoso padre tenía sentada en sus rodillas á la que llamaba su hija y la abrazaba llorando de ternura.

Como no podía verla, la hablaba sólo para que le respondiera y poder oir su voz; pero como la niña tal vez por timidez no lo hacía sino de tarde en tarde, él trataba de tranquilizarla con toda suerte de caricias.

En tal ocasión pudo tener por dicha el verse privado del órgano de la visión. Sin ello hubiera retrocedido de sorpresa y de dolor al ver las facciones alteradas de la niña cubiertas de la palidez del culpable.

Si asimismo hubiera podido tender su mirada á su sobrino Octavio, único testigo de aquella conmovedora escena de familia, hubiera adivinado el crímen en su aspecto turbado.

Pero el infeliz padre no veía nada de todo esto y continuaba estrechando con efusión contra su pecho á la hija de los Bernier, á Thais, la querida del barón de Marán.

Octavio, mejor dicho Carmen, había creado una novela bastante verosimil para justificar la ausencia de la familia adoptiva de la muchacha y de la mejor manera que le había sido dado, el sobrino del general había contado á su tío que la viuda de un oficial del ejército que había servido de madre á la niña, estaba en aquel momomento ausente de París.

Cuando Mad. Marangorin estuviera de vuelta iría sin duda al hotel de Moncharmont, á despedirse de su hija adoptiva y á recibir los plácemes del general.

Cármen contaba con la Madre Luisa para desempeñar este papel, pero como en el nuevo plan, ésta se vería obligada á guardar á la verdadera Margarita, sería preciso retrasar algunos días la presentación al general.

Inútil es decir que éste se había quedado completamente satisfecho de tales explicaciones. Teniendo á su hija todo lo demás le era indiferente, y no pensaba en otra cosa que en celebrar con fiestas, de que su hija sería la reina, el fausto suceso.

Un mensaje interrumpió por un momento las espansiones del padre afortunado.

El príncipe de Tolstoi rogaba á Mr. Octavio de Moncharmont le concediera unos minutos.

Octavio palideció, nó obstante se puso de pié y siguió al criado.

El príncipe le esperaba en la sala vecina, reclinado en el mármol de la chimenea.

—Dios os guarde, amigo mío—dijo Octavio adelantándose á él con efusión y tendiéndole la mano. ¿Qué fausto suceso os trae por aquí?

El príncipe no pareció ver la mano que pedía la suya y se inclinó ligeramente por todo saludo.

—¿Estamos solos? ¿No podemos ser oídos?—preguntó.

Octavio tenía una buena cualidad, tenía el valor de un hombre educado para el gran mundo y hacía alarde de no tolerar ofensas de nadie.

La acogida del príncipe le hizo formular esta observación.

—Caballero,—le dijo,—os he tendido la mano y parece que habeis retirado la vuestra.

El príncipe se inclinó de nuevo y repuso con frialdad.

—Ese detalle no tiene importancia alguna ante lo que voy á deciros. Os autorizo sin embargo á tomar nota de ello. Eso no puede modificar en nada el objeto de esta entrevista.

—Os comprendo. Me venis á proponer un duelo, dijo Octavio.

—Un duelo inevitable en efecto,—contestó el príncipe.

—Sea—dijo el elegante sin manifestar emoción ni sorpresa.—Al menos espero que me digais las causas que me proporcionan el honor de batirme con vos.

—Estoy aquí para eso y para hablaros de ciertas condiciones que he de imponeros.

—¡Condiciones!—Exclamó Octavio con cólera.

—Condiciones que os apresurareis á cumplir. Pero habeis olvidado una pregunta mía. ¿Puede oirnos alguno? Esto lo pregunto en interés vuestro.

Un horrible presentimiento asaltó á Octavio, que miró al príncipe con aturdimiento.

—No os comprendo; pero sea lo que sea, puedo asegurraros que nadie nos oye.

—Entonces, me explicaré.

Octavio tomó un sillón y señaló otro á su interlocutor.

—¿Quereis sentaros?—dijo.

—Prefiero permanecer de pié.

—Caballero—siguió el príncipe.—En este momento, y

en un carruaje de la embajada rusa, está á la puerta de esta casa la hija, la verdadera hija del general Monchar-mónt. ¿Quereis encargaros de presentarla vos á su padre ó preferís que me tome ese cuidado?

El elegante presentía una catástrofe, pero no creía que llegaran las cosas á aquel punto.

Aquéllas breves palabras hicieron en él el efecto de un rayo.

Perdiendo toda su serenidad, exclamó con voz balbuciente:

—¿Qué decís, caballero? ¿Qué decís?

—La verdad,—replicó friamente el príncipe.

—No necesito repetiros una historia que sabeis mejor que yo. Lo único que hago es volver á preguntaros: ¿Quereis ir á buscar á Thais para devolvérsela á su padre el obrero Bernier ó preferís que lo haga yo?

Mientras el príncipe hablaba, Octavio había posado los codos en el mármol de la chimenea y permanecía con el rostro oculto entre las manos.

Su palidez era asombrosa, sus lábios temblaban y sus dientes castañeaban de un modo nervioso.

—Caballero,—dijo por fin—me habeis brindado el honor de un duelo. Una estocada en el corazón ó una bala en una sien me salvarán de la infamia. Matándome me haceis el mayor servicio que puedo esperar de nadie. Pero en consideración al nombre que llevo, sed generoso hasta el fin. Cuando haya muerto, obrareis con justicia y hareis lo que os plazca. No exijais que yo mismo me cubra de vergüenza.

La puerta del salón se abrió violentamente, y una mujer pálida y descompuesta se precipitó entre ellos, exclamando:

—¡El general muere! ¡Corred en su ayuda!

Octavio y el príncipe reconocieron en seguida á Thais.

—¿Qué sucede? ¿Qué habeis hecho?—preguntaron los dos á la vez.

La joven levantó la cabeza para mirarlos con audacia y respondió dirigiéndose exclusivamente á Octavio:

—He hecho mi deber La misión que me habias encomendado era una infamia y he destruido con una sola palabra vuestra obra. Ese pobre padre á quien queríais engañar me ha producido lástima y se lo he dicho todo. No le he ocultado nada, ni vuestro papel ni el mío. Me ha perdonado y os ha maldecido... Después falto por completo de fuerzas, ha caído. Corred á su socorro que yo me vuelvo á mi vida de miseria y de vergüenza.

Octavio iba á llamar y el príncipe le detuvo

—Yo no puedo volver á ver á mi tío, dejadme llamar—exclamó Octavio:

—Tal vez no sea más que un síncope—dijo el príncipe.—Quedaos aquí ambos y esperadme.

Y lanzándose á la puerta del hotel, abrió él mismo la portezuela de su carruaje é hizo bajar de él á Margarita.

—¿Bajo yo también?—preguntó el Moscardón.

—No; espérame—contestó el príncipe.

Y tomando á Margarita de la mano la condujo al salón en que estaba el general.

—Vuestro padre esta ahí—murmuró á su oído.—Entrad y haced lo que vuestro corazón os dicte. Vuestro padre os conducirá al lado de Luciano. Adiós.

Margarita reconoció el salón en que durante tanto tiempo había esperado.

—Sin darla tiempo á responder, el príncipe la empujó dulcemente hacia el salón y desapareció, volviendo al lado de Octavio y de Thais.

—Vuestro arrepentimiento os dignifica y os salva—dijo á esta última. No sois una miserable como creeis, sino una desgraciada extraviada un momento, pero que puede y debe buscar su redención. Un hombre que ha recibido mis instrucciones os espera. Si quereis vivir en adelante como mujer honrada, al lado de vuestro padre, que me ha jurado perdonaros, aceptad lo que os ofrece ese hombre de mi parte.

Y volviéndose á Octavio añadió:

—Ahora estoy á vuestras órdenes.

—Acepto un sitio en vuestro carruaje—dijo Octavio—puesto que no debemos separarnos.

—Entonces venid los dos.

A la puerta del hotel había tres coches; el de la embajada, en el que había venido Margarita y en el que se encontraba el Moscardón; el del príncipe y un tercero herméticamente cerrado.

—Subid á este último, donde hallareis á vuestro padre, que os dará á conocer lo que le ha sido propuesto en mi nombre—dijo á Thais.

Y volviéndose al pilluelo murmuró:

—Baja y ve á prevenir á Bernardo que el general ha encontrado á su hija, que está en sus brazos en este momento.

Y desgarrando una hoja de papel de un libro de memorias escribió algunas palabras con lapiz y la entregó al granujilla.

—Da esto á mi lacayo que custodia á Doble-Seis. Son mis órdenes respecto á ese miserable. Cuando estén cumplidas vente con él al hotel.

Cuando el pilluelo hubo partido, exclamó dirigiéndose á Octavio.

—Os suplico me perdoneis estas dilaciones.

—No me debeis explicación alguna—respondió Octavio gravemente.—Sois dueño de hacer de mi lo que querais. Salvándome de la vergüenza y del deshonor haceis más de lo que merezco.

—Calle Dronot número 9—dijo el príncipe al cochero mientras subía al carruaje.

—¿A dónde me conducís?—preguntó Octavio sorprendido.

—A casa de vuestro amigo el baron de Marán—respondió el príncipe.—Pero subiré yo solo y vos haceis la merced de esperarme unos instantes. Es el último asunto

que me queda por arreglar antes de quedar por completo á vuestras órdenes.

El coche partió.

Delante del número 7 de la calle Dronot se veía una silla de postas tirada por cuatro caballos.

El príncipe bajó del carruaje é hizo una ligera señal al cochero de la silla de postas.

En el primer piso, la puerta del barón de Marán estaba abierta, y un hombre, el secretario del príncipe, parecía guardarla.

—Podeis pasar—dijo á su amo en ruso.

El príncipe le siguió, no tardando en penetrar en la estancia en que ya hemos visto dos veces al barón recibiendo la visita de Carmen.

Los dos cómplices estaban todavía reunidos allí y sentados á los extremos de una mesa, terminaban una comida servida por un mozo de uno de los más aristocráticos restaurants del boulevard.

Al ver al príncipe, el mozo, comprendiendo que su servicio había terminado, se deslizó hasta la puerta y salió.

El príncipe, Cármen y el barón quedaron solos.

El barón se había levantado precipitadamente; pero la actriz, lanzando una alegre carcajada, exclamó:

—Bien venido, querido príncipe. Aunque vuestra aparición no se conforma en todo á las reglas de la etiqueta, siempre nos es grato el veros.

—¿Puedo saber á qué debo el honor de esta visita?—preguntó el barón.

—Vengo á cumplir la promesa que he hecho á esta señora—respondió el ruso señalando á Cármen, cuya risa se paralizó ante la mirada helada y dura del príncipe.—Vos que habeis tomado una parte tan activa en sus actos debeis tambien participar de la recompensa.

—No comprendo el sentido de vuestras palabras—repuso el barón palideciendo de cólera;—pero he de haceros notar que estais en mi casa y que tengo derecho á pe-

diros explicación acerca del modo extraño con que habeis penetrado en ella.

El príncipe se sonrió con soberano desprecio.

—Si me hubiera hecho acompañar de un comisario de policía —dijo—él se encargaría de daros todas las explicaciones posibles. Pero yo acostumbro á ultimar mis asuntos sin intervención de nadie, y cumpliendo mi palabra voy á dar á esta señora el placer de que haga un viaje á Rusia en vez de dejarla en la carcel de San Lázaro. A vos nada os había prometido; pero he resuelto que la acompañeis en vez de volveros á Poysoy, de donde habeis salido.

Un siniestro relámpago iluminó la mirada del barón.

—¡Ah! puesto que me conoceis, es fuerza que veais que no retrocedo ante nada!—exclamó sacando de uno de sus bolsillos un revólver que amartilló.

Cármen quiso levantarse para huir, pero una impresión extraña paralizó sus fuerzas, y como sus fuerzas se negaron á sostenerla, volvió á caer pesadamente en su asiento.

El príncipe Tolstoi se encogió de hombros ante la actitud amenazadora del barón.

—Vuestro revólver ha sido descargado de antemano por orden mia.

El barón no entendió ó no quiso creer lo que oía, apuntó y tiró, pero el disparo no salió.

Con oro todo se compra—dijo el príncipe.—Hubiera podido compraros á ambos, pero prefiero castigaros. Estais en mi poder y nada os salvará. Habeis bebido el sueño, un sueño parecido á la muerte, saboreando los licores que se os acaban de servir. Dentro de algunos segundos dormireis y cuando os desperteis, habreis repasado la frontera rusa y os hallareis en un pais en que soy dueño absoluto. Alli recibireis vuestro castigo.

El barón lanzó un rugido, cogió un cuchillo y se precipitó sobre el príncipe.

Carmen, con la cabeza reclinada sobre el respaldo de

su silla, miraba sin ver á través de sus párpados que hacía inútiles esfuerzos por mantener abiertos.

Poco á poco sentía perder la conciencia de lo que pasaba ante ella sin fuerzas para resistir.

El barón no pudo dar más que un paso Una mano de hierro se apoderó de él y le dejó inmóvil, mientras otra echaba sobre él una especie de capuchón destinado á ahogar todo grito y á paralizar todo movimiento.

—Lleváosle—dijo el príncipe á sus kalmucos. En el camino se apoderará el sueño de él.

—La mujer duerme ya—observó uno de los criados mirando á Cármen.

—Lleváosla también.

El secretario seguía de centinela a la puerta.

Al ver llegar á los dos lacayos cargados con sus fardos y seguidos de su amo, comenzó á bajar la escalera.

Esta estaba desierta, solo abajo se veía al portero á la puerta de su garita. Pero por un sentimiento de discreción fácil de explicar, se apresuró á entrar en su domicilio cuando vió llegar á él el extraño cortejo.

Con oro, como había dicho el príncipe, se puede comprar todo .. hasta los porteros.

Dos segundos bastaron para introducir en la berlina los dos cuerpos inertes del barón y de Carmen.

El secretario subió tras ellos, los lacayos ocuparon sus puestos y el postillón lanzó los caballos al galope.

El príncipe de Tolstoi había ocupado á su vez y sin perder su calma su asiento en el carruaje en que le esperaba Octavío de Moncharmont.

—O me he engañado—dijo Octavio retirando la cabeza que había sacado por la ventanilla—ó me parece haber visto meter en esa berlina que se aleja dos cuerpos envueltos en telas. ¿Qué es eso? ¿Se trata de un crímen? ¿De un rapto?

—De un acto de justicia cuya ejecución empieza—respondió el príncipe.—Todos los que han tomado parte en el crímen deben participar del castigo.

Y como Octavio le mirase con aire interrogador, tratando de averiguar si había en aquellas palabras alguna alusión que le concerniera añadió:

Ahora, Mr. de Moncharmont, estoy á vuestras órdenes y podemos arreglar las condiciones del combate.

Al día siguiente, un diario de teatros de los mejor informados, publicaba garantizando la autenticidad, la siguiente noticia:

«Una nueva víctima de ese amor desenfrenado que los rusos sienten hacia nuestras actrices de segundo orden.

»Anoche, á la luz de las antorchas, ha tenido lugar un duelo entre el general ruso príncipe de Tolstoi y M. Octavio de Moncharmont.

»Al primer disparo una bala atravesó el corazón de Mr. de Moncharmont. La muerte ha sido instantánea.

»Este fatal acontecimiento ha sido el preludio de otro de muy distinta naturaleza, que debía ser el desenlace obligado de la historia ocasional del terrible duelo.

»La espiritual Carmen; una de nuestras cantantes más distinguidas, ha sido, no la víctima, sino la heroina del suceso.

»Después de un duelo que ha desembarazado á la actriz de un espía incómodo y al príncipe de un rival peligroso, ambos han partido, sin perder momento á Rusia, donde la actriz se encontrará dueña de la mano del príncipe y de una fortuna de unas cuantas docenas de millones de rublos.

»No hay como los príncipes rusos para amar de tal suerte, es decir, hasta el matrimonio inclusive.

»Por lo demás, nuestra encantadora compatriota, trasformada súbitamente en princesa rusa, lo merece todo por su gracia, su ingenio, su distinción y sobre todo por la elevación de su corazón.»

Como se vé, el periódico no podia estar mejor informado.

CONCLUSIÓN

Han pasado poco más de dos años de los sucesos que constituyen la historia que acabamos de narrar.

Todos los actores del drama viven aún, y sufren la suerte que les ha correspondido.

El príncipe Tolstoi, después de haber presentado á manos del emperador la dimisión de todos sus cargos y títulos, se retiró á sus dominios de la orilla izquierda del Volga y no ha vuelto á salir de ellos.

Vive con el recuerdo de una gran pasión que no se extinguirá más que con su vida, que ha domado noble y generosamente, pero que no quiere olvidar.

Le hacía falta un amigo con quien pudiera hablar

constantemente de Margarita y ha llevado consigo al pilluelo que le ha ayudado á salvar á la hija del general Moncharmont de los lazos tendidos ante ella.

El Moscardón ha desaparecido de París. Adoptado legalmente por el príncipe cosaco, rodeado desde hace dos años de maestros y profesores de toda especie, es ya para el príncipe un hijo inteligente del que puede estar orgulloso.

Sólo su corazón no ha cambiado. El que le ha dado un nombre, una familia, no tendrá ocasión de arrepentirse de sus beneficios.

Cármen, envejecida por una rábia impotente, está destinada á hacer girar la rueda en que afilan sus instrumentos los afiladores de las minas de Onsgorow, situadas en las estepas del mar Caspio y pertenecientes al príncipe.

Bebe aguardiente y se deja apalear por su digno compañero el ex-barón de Marán y el efectivo de Marangorin.

La madre Luisa hace su negocio como cantinera de las minas, y es la que vende el aguardiente á Cármen y á Marangorin, sin fiarles nunca.

Bernier es mayordomo de una de las propiedades del príncipe, y su hija, que no ha vuelto á ver á Marangorin y que hasta ignora su presencia en Rusia, se ha regenerado por el trabajo. Su vida es la de una jóven digna y honrada.

No es necesario decir que Margarita y Luciano se han casado y son dichosos, ni que el general, que se ha quitado diez años de encima, es el más afortunado de los padres, teniendo por su mejor amigo á Bernardo, su siempre honradísimo y adicto antiguo asistente.

La dicha es imposible de describir.

Si encontrais alguna vez en una plaza pública á un hombre vigoroso y corpulento, cuyo brazo derecho pende inerte y sin movimiento alguno y que con el otro rompe piedras de un puñetazo con gran asombro de niñeras y paletos, no le pregunteis la causa de su mutilación.

Si le haceis tal pregunta vereis sus ojos inyectarse de sangre y tomar su rostro una expresión terrible.

Ese hombre es el antiguo forzado Doble Seis y su brazo derecho roto recuerda la justicia del príncipe cosaco.

FIN

FIN